UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993538 8

TEATRO

TOMO TERCERO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO TERCERO

Cuento de amor.—Operación quirúrgica. Despedida cruel.—La Gata de Angora.—Viaje de instrucción.—Por la herida.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

08325
13 | 3 | 11

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CUENTO DE AMOR

(TWELFTH NIGHT OR WHAT YOU WILL), DE SHAKESPEARE

COMEDIA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS
Y UN PRÓLOGO

Estrenada en el Teatro de la Comedia el día 11 de Marzo de 1899.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA OLIVIA. .	Srta. Cobeña.
ELENA (FLORISEL) . . .	» Blanco.
DOROTEA.	Sra. Suárez.
EL DUQUE LEONARDO.	Sr. Thuiller.
HECTOR.	» Arcila.
JULIO.	» L. Alonso.
TOBÍAS.	» Manso.
MALVOLIO.	» Martí.
EL BUFÓN	» Ponzano.
SEBASTIÁN.	» Altarriba.
LEONCIO	» Agudín.
LAURO.	» Cobeña.

Época y lugar fantásticos.—Jardín.

CUENTO DE AMOR

PRÓLOGO

LA CONDESA OLIVIA

Damas y caballeros: soy el prólogo de un cuento de amor, sucedido donde suceden los cuentos; en la región encantada de los poetas; en donde las pastoras pisan prados floridos con zapatos de seda; en donde los pobres aman y cantan, y los soberanos dictan leyes rimadas en dulces versos, y solo por tristezas de amor se llora.

No es cuento de niños, pero es cuento de enamorados, cuento de juventud, y si algo de juvenil no queda en vosotros ¡pobre cuento mío! Con arte juvenil fué compuesto, y ha de interesaros por candoroso, no por profundo. Todo él pasa en este mismo lugar y aquí han de parecer cuantos en el cuento intervienen, sin justificar su llegada. Si pensáis un instante ¿porqué así? ¿Porqué esto? El encanto será destruído, como el encanto de un sueño á rudo despertar.

Un poeta divino, un semi-Dios, supo contarlo con misteriosa sencillez, y aquel espíritu inmortal que iluminó el mundo todo, penetró en el infierno y tocó al cielo; para el que no hubo espantos ni obscuridades en

cumbres ni en abismos; al contar este cuento, puso más de su alma que en todas sus terribles tragedias. Amparado del poeta divino, temeroso como profanador al presentaros en una redomilla gotas de agua del mar y deciros: este es el Océano, un poeta humilde de estos tiempos pide admiración para Shakespeare en lo admirable, y para sí toda censura.

Salud á todos, damas y caballeros.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

JULIO y HECTOR

JULIO

Es un presente digno del duque de Florencia. Vos admiráis los caballos sobre todo, ¿no es así?

HECTOR

Y vos el raro libro de *Ars Amandi;* es ejemplar único en el mundo. Y el duque Leonardo, ¿hizo aprecio del libro ó de los caballos?

JULIO

Nada le recrea cuando el humor melancólico le domina.

HECTOR

En Florencia me hablaron de su carácter caprichoso; pero nunca pensé que llegara á tal extremo.

JULIO

¡Oh! Y cuando os hablaron de él era caprichoso y fantástico, pero á lo menos variaba de fantasía. Su espíritu era mudable; todo visos y medios colores; un ópalo precioso en verdad; pero de algún tiempo á esta parte no hay mudanza en él; tristeza siempre.

HECTOR

Según afirman, es amor la causa.

JULIO

Es tema de locura.

HECTOR

¿Y hay mujer imposible para señor tan poderoso?

JULIO

Una mujer tan loca y tan extravagante como él: la condesa Olivia.

HECTOR

¿No es de las damas de la corte? ¿No reside aquí con su hermano?

JULIO

Desde muy niña, sin que el duque sintiera por ella inclinación; pero murió su hermano, dió en extremar el sentimiento, entristeció la corte con su duelo, día y noche anda cubierta con un manto sin permitir que nadie vea su rostro, y el duque no necesitó de otros hechizos para enloquecer. Todo es tristeza en nuestra corte, y temo que no ha de seros muy agradable la estancia en ella.

HECTOR

Solo me detendré lo preciso para hacerme cargo de lo que me habéis referido, y llevar nuevas de todo á la corte del duque mi señor. Allí tenemos excelentes satíricos que solo desean asuntos para sus sátiras.

JULIO

A nosotros, en cambio, nos sobran asuntos y nos faltan satíricos. Tenemos en compensación buenos poetas épicos.

HECTOR

Tampoco andarán muy sobrados de asuntos. Vuestras últimas guerras no fueron muy lucidas.

JULIO

No, por cierto. Pero nuestros poetas han tomado un excelente partido: se han dado á cantar las hazañas de los contrarios.

HECTOR

A esa costa nunca os faltarán poetas.

JULIO

¡Oh, amigo! Nunca nos falte la poesía. Aguardad. ¿No oís?

HECTOR

Música. ¿No decíais que todo era tristeza en la corte?

JULIO

Ha cambiado la luna. Retiráos conmigo. El duque llega. Digo, si no queréis saludarle.

HECTOR

No; dejémosle ahora que parece contento. ¡Quién sabe si nuestra presencia le volvería triste! Es más fácil seguir aparentando un sentimiento antiguo que explicar porqué se cambió de sentimiento. *(Vanse.)*

ESCENA II

EL DUQUE, LEONCIO, LAURO y FLORISEL, con cítaras.

DUQUE

No cantéis; música solo quiero. Saturad el aire de armonía, y como aire suave al pasar sobre bancal de

violetas, de ellas desprende el mismo aroma que sobre ellas esparce, así penetre la armonía en mi alma, y del alma desprenda para esparcirlas mis tristezas de amor. *(Pausa.)* Cesad; todo añade tristeza á mi tristeza. Inútil pretender diversión al espíritu enamorado. Música, lecturas, cetrería, conversar de amigos... nada distrae mi pensamiento. ¡Oh! El amor es como el mar: cuanto arrojéis en él, por valioso que sea, desaparece y se anega, sin dejar rastro en su inmensidad. Lauro, Leoncio, ¿no vísteis hoy á ningún servidor de la condesa Olivia?

LAURO

Al bufón solamente.

DUQUE

Es un truhán desvergonzado. Me prometió entregar una carta en propia mano á su señora, y la carta volvió á mí hecha pedazos. ¿No habrá medios de que lea una carta mía, de que oiga á un enviado de mi parte? ¡Florisel! Tú eres un niño; tal vez la inspires más confianza; tu aspecto es de inocencia, y tu voz es una caricia, dulce para rogar. Háblala por mí, di que enloquezco, di que muero... di que me viste llorar por ella.

FLORISEL

Y lloraré por vos, si es preciso.

DUQUE

¿Amaste alguna vez?

FLORISEL

Nunca hasta ahora; pero el haberos visto enamorado me basta para saber de amor. El amor mismo no sería tan persuasivo mensajero como yo lo seré por vos.

DUQUE

En el poco tiempo que llevas á mi servicio lograste conquistar mi cariño, y nunca fuí tan avaro de mi corazón. En cuantos me rodean percibo el resignado asentimiento con que se atiende al desvariar de un loco; solo en ti hallo un reflejo de mi tristeza.

LEONCIO

Señor, todos sentimos que estéis triste.

DUQUE

Todos sentís... por mí; solo Florisel siente conmigo.

FLORISEL

Señor, yo siento que hayáis empleado tan mal vuestro amor. ¿Qué puede enamoraros en esa mujer cruel que así desprecia vuestro amor sin más razones que su orgullo?

DUQUE

No es orgullo, no puede serlo. Es un alma noble, incapaz de bajos sentimientos. Amaba á su hermano con todo el amor de su alma, y su tristeza es sagrada para mí. Siempre fué hermosa, y nunca me lo pareció hasta verla triste. Amo su tristeza, su tristeza inconsolable, y cuando todo ríe en torno suyo, su fidelidad al dolor. Si siente así por un hermano, ¿cómo no sentiría por el amor de un amante dueño absoluto de su vida, de su alma, su amor, en fin, su perfecto amor? No te detengas, Florisel; tendrás el segundo lugar en mi corazón si tu voz me repite una palabra suya, si logras siquiera ver su rostro. No te detengas. *(A los pajes.)* Vosotros quedáis en libertad esta tarde.

LEONCIO

¿Olvidáis al embajador del duque de Florencia?

DUQUE

Todo me cansa. No quiero ver á nadie.

FLORISEL

¿Y si la condesa se negara á escucharme?

DUQUE

Nunca vuelvas entonces.

FLORISEL

(Con decisión.) Me escuchará, señor, me escuchará. *(Salen el duque y los pajes.)*

ESCENA III

FLORISEL, después SEBASTIÁN

FLORISEL

¡Hablaré de amor! ¡Hablaré por otro, cuando pudiera hablar de mí!... Pero no puedo hablar donde quisiera, y en donde puedo... no quisiera hablar. Nunca vuelvas, si no logras que te escuchen... Porque no me escucharan quisiera no volver. ¡Hablaré por otro de amor... y hablaré por mi amor y!... ¡Triste volveré si no me escucha! ¡Más triste aún si me escucharon! *(Viendo á Sebastián que entra.)* ¡Mi buen amigo!

SEBASTIÁN

¿No hay nadie cerca?

FLORISEL

Nadie. Hablad sin cuidado.

SEBASTIÁN

Solo me detengo un instante. Al anochecer nos damos á la mar.

FLORISEL

¿Para Mesina?

SEBASTIÁN

Allí; si lograron salvarse, espero encontrar á los que naufragaron con nosotros.

FLORISEL

¡Oh! ¡Si mi hermano estuviese con ellos!

SEBASTIÁN

Antes de hundirse la goleta, vuestro hermano había logrado ganar una barca, y cerca de nosotros le vimos, cuando un golpe de mar nos separó.

FLORISEL

¡No quiera Dios que para siempre! ¡Desventurado viaje! Murió nuestra madre, y mi hermano y yo, sin familia ni amigos en Mesina, nos embarcamos para reunirnos con nuestro padre, ausente largo tiempo de nuestra casa. ¡Figuráos lo que habré padecido! Y á no ser por vos, tan generoso y tan noble, no hubiera podido sobrellevar tanto infortunio.

SEBASTIÁN

Nada tenéis que agradecerme.

FLORISEL

Gracias á este disfraz he podido librarme de los peligros á que me hubiera expuesto á cada paso. Por vuestra mediación sirvo de paje al duque, y aquí podré esperar sin riesgo noticias de mi hermano.

SEBASTIÁN

Confiad en mí. Sabéis qué gran amigo fuí de vuestro padre, y espero que muy pronto le abrazaréis, junto con vuestro hermano.

FLORISEL

¡Pobre hermano mío!

SEBASTIÁN

Ahora que os miro más despacio con ese traje, no acierto á diferenciaros de él. No ví nunca mellizos tan semejantes.

FLORISEL

En nuestra casa, desde pequeños, mi madre se divertía muchas veces en cambiarnos de traje, y nadie lograba distinguirnos.

SEBASTIÁN

Seréis el doncel más gentil de palacio. Y ¿cómo os halláis con el duque? Dicen por la ciudad que ha cambiado mucho su carácter. La condesa Olivia le trae vuelto el juicio.

FLORISEL

¿Conocéis á la condesa?

SEBASTIÁN

Por la fama de su hermosura.

FLORISEL

¡Funesta hermosura! Figuráos que el duque me ha confiado el encargo de interceder por él.

SEBASTIÁN

Supongo que la disposición de vuestro ánimo no será

la más á propósito para negociar amores, pero fuerza es acomodarse al tiempo. No desmayéis, y hasta mi vuelta, que será feliz para todos.

FLORISEL

Hasta la vuelta, generoso amigo. (*Vase Sebastián.*)

ESCENA IV

FLORISEL, LEONCIO y LAURO

LEONCIO

¡Ah, Florisel! ¿Viste á la condesa? ¿Lograste lo que no pudo lograr el duque mismo?

LAURO

¿Consintió en oirte?

LEONCIO

¿Qué pedirás al duque en albricias?

LAURO

¡Ventura de recién llegado!

FLORISEL

No os burléis de mí. No temáis que pretenda disputaros el afecto del duque.

LAURO

El día es tuyo, pero el duque es un día de Febrero. Si le ves tenaz en su pasión por la condesa, es porque ella sabe llevarle el humor, y que para estos locos no hay como cerrarlos la jaula para que ellos vengan solos á encerrarse.

FLORISEL

Entonces, ¿creéis que los desdenes de la condesa son puro fingimiento?

LAURO

La condesa sabe muy bien que el amor nunca murió de hambre; su peligro mayor es la sobremesa.

FLORISEL

¡Es buena escuela de malicias la corte!

LAURO

Enseña á despreciar las apariencias. ¿Viste á nadie más digno de compasión que el duque? Todo le ofrece venturas en la vida, y su triste imaginación obscurece todo á sus ojos con un velo negro, como el velo con que la condesa obscurece su hermosura.

LEONCIO

Pero la condesa ríe burlona bajo el velo, porque va bien prendido á su cabeza, pero no va prendido á su corazón.

FLORISEL

¿Y no lograré verla?

LEONCIO

A tiempo acude su respetable tío. Disputa con Malvolio, el escudero de la condesa; un fantasmón de Argos, celoso del decoro de su señora.

LAURO

Son dos preciosas muestras de la locura humana. Aquí llegan.

ESCENA V

Los mismos, TOBÍAS y MALVOLIO

TOBÍAS

Ergo, ergo... Trastornas mi cabeza con tus silogismos. Yo probaré la falsedad de tu razonamiento. ¿Dices que yo estaba anoche embriagado? Ya ves como tu razonamiento no puede sostenerse.

MALVOLIO

Cierto, si ha de apoyarse en vos. Y ¿os parece decoroso, cuando vuestra sobrina vive entregada al dolor más profundo, y en su casa reina la mayor austeridad, que vos, con amigotes y mujerzuelas, paséis la noche entera escandalizando con músicas y canciones licenciosas? ¿No sabéis que mi señora os lo tiene prohibido?

TOBÍAS

Ya ves cómo te contradices; aseguras que las canciones eran licenciosas, y dices que cantábamos sin licencia.

MALVOLIO

¡Dejad chocarrerías de juglar! ¡Vergüenza debiera daros á vuestros años.

TOBÍAS

¡Vergüenza debiera darle á mi sobrina andar triste á los suyos! Además, niego tus conclusiones: si la vida es viaje penoso, cuanto más cerca le veamos el término más debemos alegrarnos. ¿Porqué está triste mi sobrina? Porque es joven y hermosa; por motivos contrarios

debo yo sentir lo contrario. ¡Soy viejo y feo... *ergo!...* También yo silogizo, pozo de sabiduría.

MALVOLIO

Pozo de mosto, seréis vos siempre.

LEONCIO

(A Florisel y Lauro.) Cortemos la disputa. *(Saludando.)* ¡Venerable Sr. Tobías! ¡Honrado Malvolio!

TOBÍAS

¿Porqué yo venerable y él honrado? ¿Lo decís con malicia?

LEONCIO

De ningún modo. Por dar elegancia á nuestro lenguaje.

TOBÍAS

Sois muy cortesanos. Bien está; yo venerable y él honrado. Está bien. Un hombre tan fastidioso como Malvolio no puede ser más que honrado; ser honrado disculpa muchos defectos. Sois muy agudos, y me complace vuestra conversación. Hemos de beber juntos para sellar nuestra amistad.

LAURO

Beberemos á vuestra salud.

MALVOLIO

Señor, no desdoréis vuestro respeto con estos mozos. Ved que podíais ser su padre.

TOBÍAS

Nada perderían con ello. Un hijo de Noé cubrió con un manto á su padre embriagado; nadie sabe de él otra

virtud, y es ejemplo eterno de hijos; yo hubiera puesto á los míos en cien ocasiones de serlo.

MALVOLIO

Me obligaréis á decir una vez más á mi señora que afrentáis el decoro de su casa.

TOBÍAS

¡Ved qué injusticia! ¡Es como si dijeran que el sol afrenta el mundo! ¡Cuando soy la luz y la alegría de nuestra casa! Una tumba sería sin mí; creedme, hijos míos.

LAURO

Nuestro compañero Florisel solicita permiso para ofrecer sus respetos á vuestra sobrina.

TOBÍAS

¡Gentil presencia! Un Ganimedes. ¿No eso, Malvolio? ¿No fué Ganimedes el copero de Júpiter? No ando muy seguro.

MALVOLIO

¡Cuándo andaréis vos seguro!

TOBÍAS

Júpiter tuvo un copero... *ergo* Júpiter bebía. Saludaréis á mi sobrina, lindo Ganimedes, y beberemos á su salud.

LAURO

Una vez que os dejamos en tan buena compañía, nos permitiréis asistir al servicio del embajador del duque de Florencia *(A Florisel.)* ¿Viste mayor extravagante?

FLORISEL

El amor y la locura andan desatados por palacio. Nadie escapa de loco ó de enamorado.

LEONCIO

Procura escapar de enamorado.

FLORISEL

Gracias si consigo escapar de loco.

ESCENA VI

FLORISEL, TOBÍAS y MALVOLIO

TOBÍAS

No te separes de mí, flor de juventud. Te presentaré á mi sobrina. En nada se parece á mí.

MALVOLIO

Por dicha suya.

TOBÍAS

Si atiendes á este rígido censor formarás muy mal concepto de mí. Te dirá que bebo más de lo justo, como si el beber fuera en mí inclinación natural; no lo es, te lo aseguro; es mi sistema filosófico. Si fuera inclinación natural no tendría disculpa. Vamos en busca de mi sobrina.

MALVOLIO

Ya sabéis que mi señora no gusta de ser importunada, y que no quiere veros en tal estado.

TOBÍAS

¿En tal estado? ¿Qué supones? ¿No fué Epicuro un

gran filósofo? Soy epicureo. Si oyes que me dan otro nombre es una calumnia. Verás á mi sobrina, á pesar de lo que dice ese jaramago, ese *requiescat*. Ven conmigo, flor de juventud. (*Salen Florisel y Tobías.*)

ESCENA VII

MALVOLIO y EL BUFÓN

EL BUFÓN

¡Oh! ¡El Sr. Tobías! ¿Hacia dónde tuerce sus vacilantes pasos?

MALVOLIO

¿Por dónde anduviste todo el día?

EL BUFÓN

No me hallo en palacio desde que todos han dado en entristecerse. En un día tan hermoso de primavera no me agrada ver rostros de invierno. El jardín es todo risa: ríen las flores, ríen las fuentes, y hasta las estatuas de mármol que le adornan, entre los juegos de agua, y á las caricias del sol y de la sombra trémula del follaje, parecen animadas y sonrientes. Mis cascabeles animan como sonajas de pandereta esta canción de la vida triunfante, y yo corro y salto para que suenen más los cascabeles y brillen al sol, á ese sol, magnífico soberano, que vistió el jardín, como á mí, de colorines y cascabeles de oro; y como yo con mis chanzas y mis canciones alegro la vida, el jardín, bufón de la primavera, canta, ríe y cascabelea, con luces y perfumes y surtidores, y aleteos de pájaros y mariposas.

MALVOLIO

Si no hubieras comenzado por loco pudieras pasar por poeta.

EL BUFÓN

No cambio mi profesión. Más vale loco de ingenio, que ingenio de loco. La razón de cuanto dije es que mi señora quiere oponerse á la Naturaleza, obstinándose en eterno luto, y que ya es harto invierno por un hermano.

MALVOLIO

¿No corre su alegría á cargo tuyo?

EL BUFÓN

Desde que el duque está enamorado de ella como un loco, yo soy un loco de respeto. Donde las gracias del duque no pueden nada, ¿qué podrían las mías? Te aseguro que no habría mujer á quien no hiciera yo gracia, si en lugar de esta caperuza llevara una corona en la cabeza. Pero, en fin, si la condesa Olivia se casara sin amor con el duque, ¿cómo podría asegurar el duque que sus hijos heredaban el trono? ¡Punto muy importante para la seguridad de los Estados!

MALVOLIO

Eres muy atrevido. No sé cómo los señores hallan gusto en vuestras chocarrerías.

EL BUFÓN

Toda nuestra habilidad consiste en decir lo que ellos pensaron. Su pensamiento es el verdadero loco, y cree que si yo repitiera en voz alta lo que leo en los pensamientos, ya me hubieran ahorcado.

ESCENA VIII

Dichos, la CONDESA y DOROTEA

CONDESA

(A Dorotea.) No hay más que hablar. Malvolio me lo dijo, y fío en él como en mí propia. Hasta el amanecer duró la fiesta.

DOROTEA

Vuestro tío fué quien... Yo puedo aseguraros que no canté.

EL BUFÓN

No cantó, podéis creerlo; no se puede cantar y besar á un tiempo.

DOROTEA

¡Desvergonzado! ¡Te he de sacar los ojos!

MALVOLIO

¡Guardad compostura!

DOROTEA

(A Malvolio.) Vos tenéis la culpa, por cuentero y soplón.

CONDESA

Basta. Yo sabré poner orden en ello.

EL BUFÓN

Señora, permitid que os comunique las nuevas que corren por la corte.

CONDESA

Nada me importan.

EL BUFÓN

Son nuevas, gratas para vos. El duque ha dejado de amaros, y trata su casamiento con la hija del duque de Florencia.

CONDESA

Embuste sin gracia.

EL BUFÓN

La que vos le hallárais; pero ya veo que no le hallásteis ninguna.

CONDESA

Por ser embuste.

EL BUFÓN

¿Quién lo duda? El amor del duque es la causa de vuestra tristeza incurable.

CONDESA

Mi tristeza tiene causa más justificada.

EL BUFÓN

Cierto; murió vuestro hermano, y yace condenado en los profundos infiernos.

CONDESA

¿Qué dices, insolente? Mi hermano era un santo, y está seguramente en el cielo.

EL BUFÓN

No lo creí, al veros siempre triste por él. Tener á un hermano en el cielo ¿es causa de tristeza?

CONDESA

Quitad á ese loco de mi presencia.

EL BUFÓN

No, no; yo fundo en buena doctrina mi argumento. Quitad á esa loca de mi vista.

CONDESA

Malvolio, mandad que azoten á ese pícaro.

EL BUFÓN

¡Oh, señora, dejaré para siempre la corte! Cuando estábais alegre todo os caía en gracia, y ahora con nada consigo divertiros; por donde infiero que el oficio de bufón es el más inútil y despreciable del mundo.

ESCENA IX

Dichos, TOBÍAS y FLORISEL

TOBÍAS

Amada sobrina, indigna y amada sobrina... El cariño que me profesas no te permitirá llamarme indigno tío, por eso te llamo indigna sobrina. El concepto es el mismo, pero los lazos familiares no padecen.

CONDESA

Os ruego que respetéis mi tristeza.

EL BUFÓN

Comprendo que dijérais: respetad mi alegría; pero ¡respetad mi tristeza! Es como si os dijera un pobre al ofrecerle una limosna: respetad mi pobreza. ¡Ah, señor Tobías!... ¡Si los locos no pusiéramos orden en el mundo!...

CONDESA

Cesen vuestras impertinencias.

TOBÍAS

(A Florisel.) Ya lo ves, flor de juventud; no tengo crédito con mi sobrina; presentáos vos mismo.

FLORISEL

Señora...

CONDESA

¿Quién os dió licencia para hablarme?

FLORISEL

No os enojéis conmigo. No vengo por mi voluntad.

CONDESA

¿Servís al duque?

FLORISEL

El duque es siervo de su amor, y así á su amor sirvo; y como no tiene amor para el duque otro nombre que el vuestro, á vos vengo á servir, sirviendo al duque y sirviendo á su amor.

TOBÍAS

¡Bravo discurso! Merecía ser brindis.

CONDESA

¿Y es el duque quien os envía?

FLORISEL

Ya dije que amor: el duque, á fuerza de querer, perdió la voluntad.

CONDESA

¿Traéis aprendido vuestro mensaje como recitante de comedias?

FLORISEL

Y no quisiera haber perdido el tiempo que gasté en aprenderlo.

CONDESA

En gracia del recitante escucharemos la comedia.

TOBÍAS

¡Mi sobrina responde afable! Pudiéramos sentarnos; enviad por un jarro de vino.

EL BUFÓN

No se aguará por vos ninguna fiesta.

FLORISEL

Perdonad. La condesa ha de escucharme á solas.

TOBÍAS

Sois muy osado.

MALVOLIO

¡Vaya con el mozo!

CONDESA

(Con severidad.) ¿No lo oísteis? Ha de hablarme á solas.

TOBÍAS

Hay en este joven virtud sobrenatural.

DOROTEA

¿La condesa escucha un mensaje del duque?

EL BUFÓN

¡Oh, flores, fuentes, pájaros! ¡Oh, primavera toda! ¡La condesa escucha un mensaje de amor! *(Vanse Tobías, Dorotea, Malvolio y el Bufón.)*

ESCENA X

La CONDESA y FLORISEL

CONDESA

¿Quedásteis suspenso? ¿Tan mal aprendido traíais el papel? Será una enfadosa relación con viejos artificios de poeta cortesano; conozco bien el estilo del duque: es un deplorable inventor. Si olvidásteis vuestro papel, hablad por cuenta propia.

FLORISEL

No hablaré hasta que os descubráis. No podré sentir lo que diga si antes no me aseguran los ojos que no mintió la fama de vuestra hermosura.

CONDESA

(Descubriéndose.) ¿Mintió?

FLORISEL

Mintió para desdicha mía. Mintió como mujer celosa para rebajar vuestra belleza; pero la mujer más celosa de vos tendrá que proclamaros celestial hermosura. ¿Y negaréis al amor su copia?

CONDESA

Hay hábiles pintores para dejar al mundo traslado más fiel, y si no los hubiera anotaré mis perfecciones en un inventario para que no se olviden. Anotad vos mismo. Nota de la hermosura de la condesa Olivia, á saber: unos ojos como luceros, ¿no es así? Labios como cerezas, cuello de cisne, manos de azucena. ¿Estáis conforme?

FLORISEL

¡Ah! ¡Sois el orgullo mismo!

CONDESA

¡Despacito! Prisa os dais en el inventario; apenas habíamos pasado del rostro, y os entráis atrevidamente por el alma. ¿Orgullo solo notáis en ella?

FLORISEL

¿Y qué importa? Aunque fuérais el diablo mismo, sois hermosa. El duque os ama, y los ángeles de su guarda os amarán por amor suyo, y os amaría la mujer más enamorada del duque. Podéis mostraros orgullosa, cruel, responder al amor con ofensas. Vuestra hermosura es bondad, es entendimiento. ¡Tristes de las almas enamoradas que han de hablar al alma para ser entendidas! ¡Tristes si no pueden mostrarse ni con hermoso aspecto ni con su propio aspecto siquiera!

CONDESA

¡No es posible que trajérais aprendidas tantas cosas! Improvisáis, sin duda.

FLORISEL

A pesar mío; y es que mal puedo ser lo que represento.

CONDESA

Bien se advierte que sois superior á vuestra condición. No permitáis que la fortuna humille vuestro ánimo; elevad el pensamiento. Servid al duque, pero sin servilismo. No os espante demasiado su grandeza; también para él hay algo imposible.

FLORISEL

¿Vuestro amor? Nadie lo cree así.

CONDESA

Ni el duque mismo, ¿no es eso? Todos le hallan tan digno de ser amado, que á todos extraña que yo no pueda amarle, y me juzgan por loca y extravagante. El duque tiene hermosa presencia; es poderoso; su espíritu es noble por naturaleza, y culto por todo género de estudios; el entendimiento no puede hallar una razón para no amarle. Pero ¿qué somos, si contra mil razones del entendimiento basta una sinrazón de la voluntad? Si el entendimiento ordenara en el corazón y por principios fijos se amase, todas las mujeres debieran amar al duque. Y ¿qué sería de los demás hombres entonces? De él mismo habrá alguna mujer enamorada más digna que yo de su amor, y él no sabrá siquiera que existe ni que llora en silencio por él, y lo sabría que le fuera imposible amarla. Para el amor no hay razones, ni compasión, ni piedad. Rara vez por su senda van dos almas felices unidas en un mismo amor; van una á una, solitarias, huyendo de quien las persigue y persiguiendo á las que huyen. Es el eterno cuento de amor.

FLORISEL

¿Nunca amaréis al duque? ¿Qué importa, si el duque solo á vos puede amar? Sed piadosa con él y conmigo. Perderé su favor si no oye de mis labios una palabra vuestra de esperanza.

CONDESA

Volved á verme. En poco tiempo han cambiado mis sentimientos. No me ofenderá que me habléis de su parte.

FLORISEL

¡Si le amárais por fin!

CONDESA

¿Os pesaría?

FLORISEL

¡Es tan digno de amor!

CONDESA

Nunca ví alma tan noble ni servidor tan fiel.

FLORISEL

¡Oh, sí! No le hallaréis en el mundo.

CONDESA

¿Habláis del duque? Yo hablaba de vos.

FLORISEL

¿Qué soy comparado con él?

CONDESA

No os comparéis vos si otros no os comparan. ¿Va vuestra vida en que yo le ame?

FLORISEL

Acaso.

CONDESA

No entiendo de enigmas.

FLORISEL

No podéis entenderme entonces.

CONDESA

¡Bah! No es difícil; sé que amáis; sé que hablásteis por cuenta propia.

FLORISEL

Amo, sí... pero ¿á quién?

CONDESA

No es vuestro aspecto de esfinge ni será de muerte vuestro secreto... ¿A quién amáis? Yo no he de decirlo. Vos mismo lo diréis.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

EL BUFÓN, LAURO y LEONCIO

LAURO

¿Qué haces, loco?

EL BUFÓN

Envejecer.

LEONCIO

¿No sabes la nueva extraordinaria que corre por la corte?

EL BUFÓN

¿Logró interesaros? Supongo qué nueva será. ¿No se usa ya el tafetán tornasolado para forrar jubones, ó enfermó el halcón más diestro del duque ó la Yoconda cambió de tocado?

LEONCIO

La condesa Olivia se ha quitado el luto, y, vestida de gala, pasea por los jardines, sonríe y coge flores.

LAURO

No se habla de otra cosa. ¿Qué razón hay para tan repentina mudanza?

EL BUFÓN

Preguntáis á un loco la razón del capricho de una

mujer. ¿Creéis que hay razones en el mundo para justificar la locura humana? Lo que llamamos razón de nuestros actos, no es la razón; es la disculpa que inventamos para ellos. Ningún filósofo dijo: «Comeréis cuando tengáis hambre y beberéis cuando tengáis sed», porque no era preciso decirlo. Gran filósofo fué el que dijo: «Cortáos las piernas cuando no tengáis zapatos».

LEONCIO

Pero, razonable ó caprichoso, algún motivo habrá para que la condesa olvide su tristeza en un día.

EL BUFÓN

En un día la hubiera olvidado siempre, aunque hubiera tardado muchos años en olvidarla. ¿Motivo? Sí, debe haberlo. Habrá roto todos sus vestidos de luto ó habrá oído que no favorecen á su hermosura, ó al pasar por la tienda de algún mercader llamó su atención algún nuevo adorno.

LEONCIO

¡Cuando el duque lo sepa!

LAURO

Debemos ser los primeros en anunciárselo.

LEONCIO

No pudimos verle antes. El embajador del duque de Florencia despachaba con él asuntos de Estado.

LAURO

Un tratado de alianza contra la República de Venecia.

EL BUFÓN

Primero es la alianza del duque con la condesa. El amor antes que la guerra; necesitamos soldados. No tardéis en llevar al duque la noticia; interrumpid, si es preciso, los tratados políticos. El duque es capaz de arrojarse á la guerra por divertir su tristeza. Los soberanos no deben aburrirse nunca.

LEONCIO

Busquemos á Florisel. Nos dirá qué respondió la condesa á su mensaje.

LAURO

Será desde hoy favorito del duque.

LEONCIO

Tendremos fiestas en la corte.

EL BUFÓN

Y yo descanso. Durante el primer mes de su matrimonio no necesitará de bufón la condesa para estar alegre. Vestiré el lecho nupcial con mi bufonesco traje, cuidando de quitarle los cascabeles. *(Vanse los pajes.)*

ESCENA II

EL BUFÓN, DOROTEA y TOBÍAS

TOBÍAS

¡Invención excelente! ¡Será la burla más cruel y más graciosa del mundo!

DOROTEA

Nos vengaremos de Malvolio.

TOBÍAS

Eso es. La venganza es el placer de los dioses. Seremos dioses.

DOROTEA

El es quien le ha contado todo á la condesa.

TOBÍAS

Es un ser pernicioso. Si mi sobrina no supiera que bebo á deshora, no tendría yo remordimientos.

DOROTEA

El dijo que yo había cantado la canción del rosal florido.

TOBÍAS

Es un monstruo maligno. Una canción que, cantada, no tiene nada de particular; pero si se refiere el asunto, ya se trasluce demasiado la malicia del poeta. La música está aplicada con mucho arte, cuando dice aquello de:

El galán deshojó la rosa,
y beso á beso la deshojó.

Con música conmueve dulcemente; pero así dicho, se ve que hay mucho más en la rosa de lo que parece.

EL BUFÓN

Contad conmigo si tramáis algo contra Malvolio. Le odio por triste. Es de esos hombres que tropezaron una vez y van desde entonces mirando al suelo, queriendo deducir lo que será por lo que ha sido.

TOBÍAS

Es una burla de muerte. La burla más graciosa que puedes figurarte.

DOROTEA

Entre nosotros: ¿No habéis observado que Malvolio ama en secreto á la condesa?

TOBÍAS

Sí, sí; apenas me advertiste de ello me sorprendió no haberlo notado antes. La cosa es clara; ama en secreto á mi sobrina. ¡Pagará caro su atrevimiento!

EL BUFÓN

Muchas veces le he sorprendido acariciando un guante que la condesa dejara olvidado... Así está él de seco y amarillo.

DOROTEA

Pues bien, para que la encuentre á su paso, he dejado caer una carta que ha de trastornarle el juicio. Copié la letra de mi señora, y aunque va sin firma, el majadero la tendrá por suya.

TOBÍAS

Tentado estoy de ofrecerte mi corazón y mi mano por tan preciosa carta.

EL BUFÓN

No te fíes, Dorotea. El señor Tobías podrá alegar, para descasarse, que no se hallaba en su cabal juicio.

TOBÍAS

¡Chist! Aquí llega el malvado.

DOROTEA

Lee la carta. Observémosle ocultos.

TOBÍAS

No podré contenerme. Le volveremos loco, y será para morirnos de risa. *(Se ocultan.)*

ESCENA III

MALVOLIO leyendo la carta. TOBÍAS, DOROTEA y EL BUFÓN, ocultos.

MALVOLIO

Si eres discreto observa, pero no mires al suelo; alza los ojos y verás resplandecer tu fortuna tan alta como las estrellas. Naciste humilde, pero todos los linajes tuvieron principio; en unos empiezan y en otros acaban. Sé respetuoso conmigo, pero osado con cuantos me rodean; y sobre todo, que yo te vea sonreir; la sonrisa en tu semblante triste, lucirá como un rayo de sol entre cerrazón de tormenta. Bastante te dije; presume lo demás; no violente tu retraimiento la mesura á que mi condición me fuerza. La dichosa desdichada. *(Hablado.)* ¡Oh! ¡El cielo desciende sobre mí! Es suya, sí; es su letra. ¡Leyó en mi corazón lo que yo mismo no me atreví á escribir en él!... Aprenderé de cuanto ignoro; cursaré ciencias, poesía; cuidaré mi atavío, seré osado con todos... No es sueño, no; soy yo. Malvolio triste, Malvolio sin amor y sin fortuna; despreciado del mundo y olvidado del cielo... Y ahora me parece imposible que sea yo mismo. ¡Sí, eres tú, Malvolio! ¡Malvolio! ¡Esta felicidad no es de otro; es tuya, tuya, como tu nombre, como tu alma, como tu amor, triste Malvolio!

ESCENA IV

MALVOLIO y LA CONDESA

MALVOLIO

¡Mi señora! ¡Ella!

CONDESA

Malvolio... ¿Conoces á un paje del duque llamado Florisel?

MALVOLIO

¡Señora!...

CONDESA

Responde... ¿Porqué ríes?

MALVOLIO

Florisel, paje del duque... ¡Ah!...

CONDESA

¿Le conoces? te pregunto.

MALVOLIO

Sí, un barbilindo, ni carne ni pescado, que vino á importunarnos de parte del duque.

CONDESA

¡Creeré que has perdido el juicio! ¿Porqué ríes?

MALVOLIO

Sonrío nada más, sonrío. Miré á lo alto, y ví mi fortuna más alta que las estrellas...

CONDESA

Desvaría. Corre, busca á ese mozo, á ese Florisel, y entrégale de mi parte este anillo que antes me dejó. Di que lo guarde en recuerdo mío, porque yo no he de aceptarlo.

MALVOLIO

¿Un anillo del duque? ¡Pobre duque! ¡Si él sospechara!

CONDESA

¿Sospechara qué?

MALVOLIO

Todos los linajes tuvieron principio... Si él sospechara que alguien de humilde condición...

CONDESA

¿Qué dices? Tú no sabes, tú no puedes saber...

MALVOLIO

Nada temáis. Seré osado con todos... con vos, siempre respetuoso. *(Vase.)*

ESCENA V

LA CONDESA, TOBÍAS, DOROTEA y EL BUFÓN

CONDESA

No es posible que este infeliz sepa lo que ni yo misma quiero saber de mí todavía. Pero nunca le ví tan descomedido... Juraría que mi buen tío no es ajeno á la causa; sin duda bebieron más de lo justo. *(A los tres que han salido antes, procurando contener la risa.)* ¿Podéis decirme qué le ocurre á Malvolio? Habla sin sentido y ríe de un modo estrafalario.

TOBÍAS

¿Qué le sucede? Está loco de remate.

CONDESA

No tendréis poca parte en su locura.

TOBÍAS

Tus juicios son siempre temerarios. Mejor fuera para Malvolio estar un tanto embriagado, como supones, que no haber perdido la razón con la más desesperada locura. No, no me cambiaría por él, te lo aseguro.

CONDESA

Me asustáis.

EL BUFÓN

Nuestro tío habla con razón por esta vez.

TOBÍAS

Imagina que Malvolio se ha enamorado de ti.

CONDESA

¿De mí? ¡Bah! ¡Desatino!

DOROTEA

No, señora... no se recata para manifestarlo... Os ama con locura, sueña con vos á voces.

EL BUFÓN

Besa vuestros guantes.

TOBÍAS

Y me trata de igual á igual sin consideración alguna.

CONDESA

Digo que no es posible. Malvolio fué siempre respetuoso, y hasta ahora nunca tuve porqué reprenderle.

DOROTEA

Baladronea con el mismo duque.

TOBÍAS

Se permite decir que yo ando á deshora de francachela.

EL BUFÓN

Como si para vos no fuera lo mismo cualquier hora.

CONDESA

Tanto me diréis... Lo cierto es que antes me dijo mil desatinos... y algo que me puso en cuidado... Sí... ahora entiendo... me miraba de un modo... con una sonrisa tan impertinente...

TOBÍAS

Está loco de remate. Loco y enamorado. No puedes consentirlo.

CONDESA

Callad. Aquí vuelve.

DOROTEA

(A Tobías.) Temo que nos hayamos propasado en la burla.

TOBÍAS

Sacaremos historias de ella; historias y canciones.

ESCENA VI

Dichos y MALVOLIO

MALVOLIO

Señora, el paje dice que nada sabe de este anillo; que ni él os lo dejó ni sabe que el duque os lo enviara.

CONDESA

El mozo no sabe lo que habla. Vuelve á llevárselo como te dije.

MALVOLIO

Señora, este anillo no es del duque.

CONDESA

¿Qué te importa? Nunca te ví tan descomedido.

TOBÍAS

¿En razones con tu señora? Verás si...

MALVOLIO

Señor Tobías, reportáos conmigo.

DOROTEA

¿Oís, señora?

TOBÍAS

¿Hay igual insolencia?

MALVOLIO

Seré osado con todos, y con vos el primero, viejo Sileno.

TOBÍAS

¿A mí me hablas de ese modo? ¡Por vida!...

CONDESA

¿Qué es esto? Ni una palabra más. Entrad en casa y guardad más respeto. Tú, loco, cuida de esos dos hombres.

EL BUFÓN

Ya lo oís. El loco responde de vuestro juicio. *(Salen Tobías, Malvolio y el Bufón.)*

CONDESA

Y tú, Dorotea, dí á Florisel que he de hablarle aquí mismo. *(Vase Dorotea.)*

ESCENA VII

LA CONDESA

CONDESA

Mal puede ofenderme la locura de ese hombre si es cierto que me ama. Si digo que está loco, ¿qué diré de mí misma? El puso muy alto el pensamiento. ¡Noble aspiración! ¡Yo, en cambio, le puse tan bajo que, si le sigo, temo despeñarme! ¡Oh! ¡Mi altivez desdeñosa de amores soberanos! ¡Mi corazón sin piedad, que podía burlarse de un duque, como castillo inexpugnable que responde al asedio de terco sitiador con algazara de fiestas, sin sobresalto! ¡Fortaleza coronada de orgullo, ni siquiera aguardaste al asedio para rendirte! ¡El amor derribó tus puertas y vistió de flores tus arcos, para que llegues á mí como glorioso triunfador! ¡Oh adorado enemigo!

ESCENA VIII

LA CONDESA y FLORISEL

FLORISEL

Señora...

CONDESA

¿No pensábais volver á verme? Al amor servís, y tan bien hablásteis por él, que ya no hay luto en mi traje ni en mi corazón. ¡Las rosas de Abril florecieron! ¡Nunca tan hermosas! ¡Oh! ¡Se marchitarán cuantas ahora florecen! Cortad una. Aquella carmesí, erguida, como reina, entre todas. Esta vivirá mientras yo viva, ¡flor de mi recuerdo!, entre las hojas de un libro que cante amores ó suspire rezos.

FLORISEL

¿Porqué devolvíais al duque el anillo que os envió?

CONDESA

No me habléis del duque.

FLORISEL

Y ¿quién, sino el duque, es digno de vuestro amor?

CONDESA

Sí, es el esposo que todos me destinan. Le odiaré por fin. No habléis por él... si no queréis participar de la aversión que por él siento... ahora más que nunca, porque ahora más que nunca la razón me lleva hacia él.

FLORISEL

No os rebeléis contra ella por orgullo. Si le viérais indigno de vuestro amor, si todos dijeran que no debíais amarle... os conozco bien... le amaríais contra todos.

CONDESA

Me ofendéis. No es orgullo. Si lo fuera, por defenderme de mí misma aceptaría su amor sin vacilar. ¿Orgullo? ¿Tú lo dices? Y el amor habla, á pesar mío, en mis palabras, y si quiero callar... hablará por mis ojos... ya lo ves; con lágrimas. Y si ves orgullo en este llanto, llora de amor toda la vida como me ves llorar.

FLORISEL

¡Oh, señora! Atormentáis mi corazón... ¡Triste de mí! ¡Si yo pudiera daros mi alma para que amárais al duque como yo os amaría... si os pudiese amar!...

CONDESA

¿Si pudieras amarme?

FLORISEL

Entre ricos y pródigos de amor, mendigo amor en vano.

CONDESA

Es tuyo mi tesoro.

FLORISEL

El tesoro de vuestro amor, codiciado de príncipes y reyes, no aliviaría mi pobreza. ¡Oh! Creedme. El amor se burla cruelmente de vos; os muestra apariencias mentirosas... amáis lo imposible. ¡Cómo no he de compadeceros, si un imposible amo también!

CONDESA

¡Un imposible!... Y ¿no es á mí? ¡Oh! No es el amor, eres tú quien se burla de mí. Tarde se subleva mi orgullo. ¿Oiste mis palabras? ¿Viste mi llanto? ¡Burla y mentira todo! De ti es de quien se burló el amor y esta mujer. Ve á tu señor, di que mi amor es suyo, que seré su esposa, suya, ¿lo entiendes? Cómo puede dudarlo?

FLORISEL

¡No, si no le amáis!... ¡Si leo en vuestra alma como en la mía! ¡Es vuestro orgullo el que habla! ¡No le amáis, os digo! ¡No le amáis!

CONDESA

¿Quieres enloquecerme? Si nada te importa de mi amor, ¿porqué me dices no le amáis de ese modo?

FLORISEL

¡Tenéis razón! ¡No puedo decirlo! Amadle, sí, amadle con todo vuestro amor. ¡El será tan feliz! ¡Yo quiero que lo sea! Le diré...

CONDESA

Espera, no. ¡Qué locura!

FLORISEL

Le amáis, sí... Tengo vuestra palabra... ¡Que no se arrepienta vuestro corazón... ni el mío!

ESCENA IX

LA CONDESA

CONDESA

¡Florisel! ¡No me oye! ¡No me atiende! ¡Rebosa de amor su corazón, pero ese amor no es mío! ¡Ay! ¡Vano poder de mi hermosura! ¡Porque pude ser cruel fuí atrevida! ¡Hablé, hablé sin reparo alguno, faltando á mi respeto!... ¡Y ahora... ahora el amor y el orgullo sienten la humillación! Pero ¿qué puede ya mi orgullo? Sí puede, sí; le necesito para vencer ese corazón rebelde. ¡Y venceré! ¡El orgullo se lo jura al amor! *(Vase.)*

ESCENA X

EL DUQUE, HECTOR, JULIO y después FLORISEL

HECTOR

Nuestras tropas mercenarias son las más aguerridas y disciplinadas del mundo; por tierra somos invencibles... Vos no contáis sino...

DUQUE

Bien, sí; no dispongo de tanta gente de guerra; pero mis súbditos no son tan avaros de sus arcas como los mercaderes de Florencia. Aquí se baten todos los días mis caballeros por la hermosura de una dama ó el mérito de un soneto. Julio... ¿no viste á Florisel? La impaciencia me mata.

JULIO

Envié á buscarle.

HECTOR

Perdonad... pero antes de acordar en definitiva quisiera mostraros...

DUQUE

(¡No acaban nunca!) Proseguid; os escucho... decíais...

HECTOR

En Florencia hay nobles dispuestos siempre...

DUQUE

Sí, no lo dudo. Estimo en mucho á los nobles florentinos. *(Viendo á Florisel.)* ¡Ah, Florisel! Di que se acerque.

HECTOR

Señor, quisiera volver á Florencia mañana mismo, y antes, si quisiérais enteraros...

DUQUE

¿Ahora? Bien; dejad ahí esos papeles...

HECTOR

Permitid... He de explicaros...

DUQUE

Mejor me entero por mí mismo.

HECTOR

Ved que está en cifra. Son instrucciones reservadas del duque, mi señor.

DUQUE

Que escoge embajadores muy minuciosos.

HECTOR

(Ofendido.) El buen gobierno de un estado bien merece atención que solo á espíritus ligeros puede parecer minuciosidad.

DUQUE

Dos horas hace que os soporto... ¿Tengo razón de estar fatigado?

HECTOR

Pesad vuestras palabras.

DUQUE

No podría hacerse con las vuestras.

HECTOR

Ofendéis en mí al duque de Florencia.

DUQUE

Al diablo vos, y el duque y Florencia toda.

HECTOR

¿Qué habéis dicho? Soy embajador y no he de consentir...

DUQUE

Guardáos vuestras instrucciones y vuestros tratados...

Nada quiero de los florentinos, si todos son de impertinentes y pesados como vos.

HECTOR

¡Tal ofensa!

JULIO

Excusad... El duque está preocupado...

HECTOR

Es *casus belli.* Mi señor tendrá noticias de todo. Aprestáos á la guerra.

JULIO

(Al duque.) ¡Señor, ved lo que hicísteis!

HECTOR

No se trata con tal desprecio á un embajador. *(Vase.)*

DUQUE

¡Podéis escribir al duque lo que os parezca, Florisel!

JULIO

¡Señor! ¡Es la guerra, es la ruina de vuestros estados!

DUQUE

¡No más! ¡Nada me importa! ¡Mi amor es primero! ¡Florisel! ¿Qué te dijo? ¿Qué respondió? ¿Consintió en verte?

FLORISEL

Alegráos... Os desdeñó por juego... por afianzar vuestro corazón... Ya no viste de luto, sonríe cuando la hablo de amor y espera que vos mismo le habléis del vuestro.

DUQUE

¿No mientes? ¿No sueñas? ¿Fué ella á quien viste? ¿No se burló de tí? ¡Ven á mis brazos!

FLORISEL

¡Oh! ¡No, señor!

DUQUE

¿Dices que me espera? ¿Que consiente en oirme? ¡Oh! ¡Este día será feliz para todos en mis estados!

JULIO

¿Olvidáis al embajador?

DUQUE

¡Oh! No excusaré satisfacción que pueda desagraviarle. ¿Qué le dije? Es un noble caballero y perdonará mis palabras y la razón de ellas. ¿No se ama en Florencia como aquí? Llamadle, Julio. Es discretísimo y no dará importancia á mi ligereza... Florisel, habla. Dime cuanto pasó. ¿Cómo la viste? ¿Qué te dijo? Recordarás todas sus palabras.

FLORISEL

¡Ay de mí!

DUQUE

¡Florisel! ¿Palideces? ¡Estás yerto!

FLORISEL

¡Soltad! ¡Oh, soltad!

ESCENA XI

Dichos y LA CONDESA

DUQUE

¡Ah! ¿Vos aquí? ¿Fué verdad cuanto dijo? ¿Vuestro amor?... ¿Mi esperanza?...

CONDESA

Mintió si dijo que mi amor es vuestro... Mi amor es suyo, y él me ama también.

FLORISEL

¡Oh! ¡Está loca! ¡No la escuchéis!

DUQUE

¿Qué dice?

CONDESA

(A Florisel.) Nada temas. Mi amor te iguala á él. En vano procuraste ocultar tus sentimientos. No niegues en su presencia lo que dijiste ahora... hace un instante; llegaste á mí embozado, te llamé y temblabas al acercarte; pero al fin respondiste á mis palabras con palabras de amor inmenso.

FLORISEL

No hay duda. Perdísteis la razón.

DUQUE

¡Florisel!

FLORISEL

¿Cuándo me acerqué á vos de esa manera?

CONDESA

¿Dudáis de mis palabras? ¡Me juró amor eterno!

DUQUE

¡Ah, traidor! ¡Su vida!

CONDESA

¡Es mía!

FLORISEL

¡Juro, por cuanto amo, que mintió esa mujer!

CONDESA

¡Cobarde! ¡Temes á otro hombre cuando yo te amo! Pues bien... si él no me ama, yo le adoro, y por él solo desprecio vuestro amor... ¡Mi amor por su vida!

FLORISEL

(Al duque.) ¡Tomadla! Es vuestra!

DUQUE

¡Condesa Olivia! ¡No juguéis con el amor desesperado! ¡Morirá por vos!

CONDESA

¡Sí, que muera! Si no vive para mí... ¿qué me importa su vida?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

LAURO, LEONCIO y después SEBASTIÁN

LAURO

¡Pobre Florisel! Nadie espera que el duque le perdone.

LEONCIO

Los amados de los dioses mueren pronto. Florisel fué amado de soberanos en la tierra, favorito de un duque, y amor de una divina hermosura. Los poetas podrán grabar un dulce epitafio en su sepultura.

LEONCIO

¡Pobre Florisel! *(Entra Sebastián.)*

SEBASTIÁN

Nobles caballeros, ¿podéis darme razón de Florisel, como vosotros, al servicio del duque?

LEONCIO

¿Sois extranjero?

SEBASTIÁN

Y recién llegado. Me interesa hablar con vuestro compañero.

LEONCIO

¿Es de vuestra familia, ó de vuestros amigos?

SEBASTIÁN

Me une gran amistad con su padre, y á él le quiero como á un hijo.

LAURO

Llegáis en bien triste ocasión. Ha caído en desgracia con el duque.

SEBASTIÁN

¿Qué decís?

LEONCIO

Su sentencia es de muerte.

SEBASTIÁN

¡Oh, no es posible; he de verle, he de hablar con el duque!

LAURO

A nadie está permitida la entrada en palacio. El duque se ha encerrado en su aposento y Florisel espera su última hora en un subterráneo de palacio.

SEBASTIÁN

¡Extraños sucesos! Pero antes que entenderlos me importa remediarlos. Yo hablaré con el duque, aunque cielo y tierra se opongan. *(Vase.)*

LAURO

¿Quién podrá ser este extranjero?

LEONCIO

Hay algo de misterioso en Florisel. No me sorprendería que la historia de sus amores fuera maravillosa como un cuento de hadas y príncipes. ¿Será él mismo algún hijo de reyes disfrazado por amor á la condesa Olivia?

LAURO

No desatines. Su historia será... lo que sería la nuestra si una mujer de condición superior nos amase, y un soberano poderoso fuera nuestro rival... Un día de amor, y la muerte, y al fin, como tú dices, un epitafio de poeta sobre nuestra tumba, si el rival poderoso lo permitía.

ESCENA II

Dichos y EL BUFÓN

EL BUFÓN

(Cantando.) ¡La, la, la!...

LAURO

No cantes.

EL BUFÓN

Decid al sol que se obscurezca. Él alumbra; yo canto. Los hombres no tienen imperio sobre nosotros.

LEONCIO

Florisel está condenado á muerte.

EL BUFÓN

Una buena muerte puede impedir un mal matrimonio... ¡La, la, la!...

LAURO

No cantes, decimos.

EL BUFÓN

¿No me llamáis loco de ordinario? ¿Qué interés tenéis entonces en que yo sienta como vosotros, que os tenéis por cuerdos? Yo respeto vuestra cordura y os dejo tristes... Dejadme alegre y llamadme loco... ¡La, la, la!... Vosotros tenéis razón para entristeceros porque servís al duque, y de aquella parte todo es tristeza; pero yo veo á mi señora, y mi señora no está triste.

LAURO

¿Es posible? ¡Cuando ella ha sido la causa de todo!...

EL BUFÓN

¡Oh! ¡Si yo hablara!...

LEONCIO

Florisel está condenado á muerte.

EL BUFÓN

Podrá ser, pero ha elegido muy amable verdugo. La cuerda que ha de ahorcarle son unos brazos que estrechan muy dulcemente.

LAURO

¿Qué dices, loco? *(Se oye reir dentro.)*

EL BUFÓN

¿Oís?

LEONCIO

¿Quién tiene corazón para reir en este instante?

EL BUFÓN

La condesa Olivia. Ya lo veis. Cuando ella ríe, ¿por qué no he de cantar? ¡La, la!...

ESCENA III

Dichos, LA CONDESA y DOROTEA. LA CONDESA con muchas flores y muy alegres.

CONDESA

Invitaré al duque á mi boda; los músicos y juglares de la corte alegrarán la fiesta; todas las flores de esta primavera caerán deshojadas á nuestro paso; los poetas cantarán el triunfo del amor. Loco, imagina burlas y donaires y farsas de todo género. Búrlate de todo, menos de mi amor.

LEONCIO

Esta mujer es un monstruo.

LAURO

Señora, perdonad nuestro atrevimiento, pero vuestra alegría es cruel. Por vos ha de morir muy pronto un desdichado.

CONDESA

¿Os lo dijo el duque? Gasta buen humor. Veo que ha tomado el caso á risa, y es lo mejor que pudo hacer. El papel de amante desairado, y sobre desairado triste, es risible de suyo. ¡Morir mi Florisel!

LEONCIO

Hoy mismo quizá. Vos no sabéis cómo os amaba el duque.

CONDESA

Habladme con franqueza. ¿Qué piensa de mis amores con Florisel?

LEONCIO

¡Oh, señora! Ved que ha decretado su muerte.

CONDESA

¿Escuchas, Dorotea? ¿No ríes conmigo?

DOROTEA

¡Es gracioso! ¡Muy gracioso! *(Ríen las dos.)*

CONDESA

¿Y sabe Florisel la nueva de su muerte?

LAURO

¡Mujeres sin alma!

CONDESA

Comprendo que el duque se mostrará ofendido; yo sabré desenojarle. Llevadle estas flores de parte mía; decidle que si antes me era odioso, ahora mi corazón agradece el amor grande que sintió por mí. Un solo amor llena mi alma; pero por ese amor el mundo entero me parece amable. Cuando el amor resplandece en el alma, resplandece como el sol sobre el mundo: para todos. Llevadle flores de mi parte, y tomad vosotros también un recuerdo mío; así pudiera daros á todos felicidad, como mi corazón os la desea. Quiero que todo sonría y florezca á mi alrededor. Las flores de este Abril me trajeron amor y venturas, y sus flores reparto entre todos, como repartiría amor y felicidad. *(Vase seguida de Dorotea.)*

ESCENA IV

LAURO, LEONCIO, EL BUFÓN y después EL DUQUE

LAURO

Habla, loco. Tú solo puedes explicar lo que hemos visto.

LEONCIO

Siempre me fué odiosa esa mujer; pero ahora su maldad excede lo imaginable.

EL BUFÓN

El duque llega. Él os dirá si la condesa tiene razón para estar alegre. Yo os dejo; este sol no es el mío; presagia tormenta. *(Vase. Entra el duque muy pensativo.)*

DUQUE

¿No estaba el bufón de la condesa con vosotros? ¿Qué os dijo de su señora? ¿Sabe la suerte que aguarda á Florisel?

LAURO

Debe saberla.

DUQUE

¡Y esa mujer le ama y no acude á implorar su perdón! ¿Qué mujer es esa?

LAURO

Un monstruo abominable, señor.

LEONCIO

Si vos supiérais...

DUQUE

Nada quiero saber. Todo el amor que sentía por ella trocóse en compasión por ese niño, juguete destrozado por manos caprichosas. No halló esa mujer mayor crueldad para herirme que llegar en mi corazón; no adonde pudieran brotar celos y ofensas teñidos de sangre, sino donde mi corazón acariciaba como dulce consuelo un cariño inefable, sin color y sin nombre. ¿Celos? ¿Odio? ¿Por quién? Si era mujer, como deidad maligna, pide venganzas y odios... no gozará en su triunfo. El llanto

con que ella debiera implorarme por su amante, soy yo quien lo vierte; mi corazón es el que implora, y compadece, y perdona. Decid á Julio que traiga á Florisel á mi presencia. He de hablarle. Quiero ser generoso con él; quiero que viva; pero quiero que odie á esa mujer; un odio á lo menos contra ella. ¡En mí todo es amor! *(Vanse Lauro y Leoncio.)*

ESCENA V

EL DUQUE y MALVOLIO

DUQUE

¡Al fin! ¿Te envía la condesa? ¿Cedió su orgullo?

MALVOLIO

No vengo de su parte, señor. Vengo por mí, y acudo á vuestra gracia para que me permitáis vengarme por mi mano de una ofensa mortal.

DUQUE

¿Qué pides?

MALVOLIO

La vida de ese mozo atrevido. Concededme que, en singular combate, pueda yo castigar la osadía de haber enamorado á la condesa.

DUQUE

¿Tú? ¿En qué puede haberte ofendido? ¿Un duelo con él, en que saldría vencedor? ¿Eso es cuanto ha discurrido la condesa para salvarle, sin que su orgullo padezca al implorar de mí perdón?

MALVOLIO

La condesa nada sabe. La ofensa es mía. Ese doncel presuntuoso, porque la condesa desdeñó vuestro amor por sujeto más humilde, pensó que también él podía osar á tanto. ¡He de matarle! Sabedlo: á quien ama la condesa es á mí... Ved esta carta de su letra.

DUQUE

Sí, capaz es de haberse burlado de ti, como de todos. ¡Aborrecible mujer!

MALVOLIO

Concededme lugar para un duelo.

DUQUE

Malvolio infeliz, deja locuras. La que ofendió con burla cruel mi grandeza, bien pudo trastornarte el juicio por pasatiempo. ¡Odiosa mujer!

ESCENA VI

Dichos, FLORISEL y JULIO

JULIO

Aquí está Florisel.

FLORISEL

(Cayendo de rodillas.) ¡Señor!

DUQUE

¡Levanta!

MALVOLIO

He de matarle.

DUQUE

Silencio. Vuelve á tu señora; dile que ha de venir á

suplicarme por la vida de Florisel; que solo su humillación me hará olvidar la ofensa. Si no viene á suplicarme de rodillas, por el amor que la tuve, que morirá su amor. *(Vase Malvolio.)* Déjanos, Julio. ¿Partió el embajador de Florencia?

JULIO

Despachó un mensajero á su corte. No hay modo de calmarle.

DUQUE

¡Caiga la destrucción sobre mis estados! *(Vase Julio.)*

ESCENA VII

EL DUQUE y FLORISEL

DUQUE

Ya lo oiste. Tu vida depende de quien amas.

FLORISEL

Depende de vos, señor. Nunca me salve la vida esa mujer, si vos queréis que muera.

DUQUE

Y si tú no la amaste, ¿cómo pudo ella forjar tanta mentira? ¿Qué espíritu infernal anima en esa mujer?

FLORISEL

El amor desesperado.

DUQUE

Amor desesperado es el mío; y puedo atormentar y me atormentan; puedo matar y muero.

FLORISEL

Vos sabéis amar.

DUQUE

Y tú también, si por otro amor despreciaste el de esa mujer.

FLORISEL

Aunque á nadie amara, señor, vos la amábais.

DUQUE

¡Oh, sí! Creo en tu leal corazón. Por sus engaños solo dejé de creer en ella; por el tuyo hubiera dejado de creer en todo!... Ya ves cómo te ama; la hice saber que estabas condenado á muerte, y ni el amor, ni la compasión siquiera, la traen á suplicarme. ¡Y es ella, la misma que al llorar la muerte de su hermano, me hizo tantas veces desear la muerte!... ¡Renombre inmortal por hazañas ó virtudes, estatuas y monumentos que perpetuaran mi memoria; la gloria del cielo... ¡todo me parecía menos que un solo día en su recuerdo!

FLORISEL

¡Triste amor el que nace de nuestra propia imaginación! ¡Si solo de nuestra alma ha de vivir, viva á lo menos en silencio!

DUQUE

¿Sabes de algún amor que nunca hablara?

FLORISEL

Y es una triste historia para mí. Tuve una hermana; los dos nacimos en una misma hora, y la vida partió una sola alma entre los dos. No diré que era hermosa... tanto se parecía á mí. Mi hermana amó; amó á un hombre de condición superior á la suya; á un hombre que

nunca sabrá cómo fué amado. ¿Porqué le amó? Hay seres que han de arrancarse el corazón para mostrar que aman y obtener, en mezquino pago, una limosna de amor; otros, felices, van por el mundo, pasan sonrientes, y con pasar y sonreir les basta para ser amados. Aquel hombre era de éstos. Mi triste hermana, como estatua de monumento funerario, callaba siempre en la muda actitud del dolor... Yo solo supe que amaba... porque... ya os lo dije; era una misma nuestra alma; pero ella nunca habló.

DUQUE

Y ¿vive?

FLORISEL

Eramos un hermano y una hermana, y me veis solo.

DUQUE

¡Murió! Y el hombre que así fué amado, ¿no lo supo nunca? ¡No hay poder en las almas para comunicarse por modo misterioso!

FLORISEL

Si aun cerca y con palabra no se entienden, ¿cómo queréis que se entiendan de lejos y en silencio? *(Se oye música dentro.)*

DUQUE

¡Triste amor, Florisel! ¡Oh, esa música! ¡En el palacio de la condesa Olivia! ¡Y yo amé á esa mujer! ¡Sígueme! ¡Ni el amor ni el odio saben callar en mí! *(Vanse.)*

ESCENA VIII

TOBÍAS, DOROTEA y EL BUFÓN

TOBÍAS

Hoy, os lo juro, no acepté invitación alguna para sa-

borear ese documento con mis sentidos cabales. ¿Dónde hallaste ese precioso tesoro, diosa de la sabiduría?

DOROTEA

En el aposento de Malvolio. Toda la noche empleó en escribirle.

EL BUFÓN

Y ¿es de su letra?

TOBÍAS

Y de su espíritu. Lee Sibila.

DOROTEA

(Leyendo.) «Cuando yo sea conde. Ordenanzas y preceptos para el mejor gobierno de mi casa.»

EL BUFÓN

¿Qué dices? ¿Estás loca?

DOROTEA

No estoy loca; leo locuras. *(Lee.)* «Los gastos de mi casa guardarán proporción con mis rentas.»

TOBÍAS

Eso no es nada. Sigue, Pitonisa.

DOROTEA

«Despediré á todos los servidores inútiles, y particularmente á los muchos truhanes y parásitos que viven á costa de los grandes.»

TOBÍAS

Hoy no probaré gota. Ya estoy alegre para todo el día. Esto es néctar, puro néctar.

DOROTEA

«A nuestro tío el señor Tobías...»

TOBÍAS

¿Nuestro? Yo le haré tragar ese nuestro.

DOROTEA

«Le obligaré á que deje de embriagarse.»

TOBÍAS

¿Eh? ¿Qué dice ese hereje?

DOROTEA

«Y solo beberá á las comidas.»

TOBÍAS

¡Buen remedio! ¡Quiere hacerme glotón!

DOROTEA

«A Dorotea la obligaré...»

TOBÍAS

Sigue, sigue.

DOROTEA

He de matarle. Dice que soy muy libre y desenvuelta.

TOBÍAS

¡Calumnia! ¡Calumnia! Eres alegre como yo, solo que no tienes la nariz encarnada.

EL BUFÓN

¡Oh! La alegría de Dorotea no sale á la nariz como la vuestra, pero puede que al fin salga con narices.

DOROTEA

También dice algo para ti.

EL BUFÓN

No quiero oirlo. Sé yo mejor en qué he de reformarme que todos los reformadores del mundo. Si hacer fuera lo mismo que decir: quiero hacer, las chozas serían palacios y las ermitas catedrales. Angeles seríamos todos si siguiéramos nuestras propias instrucciones.

TOBÍAS

Lo cierto es que Malvolio está loco, y que podemos estar satisfechos de nuestra venganza. Hay que decírselo á todo el mundo, para que ría con nosotros.

DOROTEA

Bien, sí; pero no mostraremos este papel. No quedamos muy bien parados, y las gentes podrían creer que es verdad lo que dice.

TOBÍAS

Tiene razón; habría quien creyese en tu desenvoltura.

DOROTEA

Y en vuestra borrachera.

TOBÍAS

Dice embriaguez. Atengámonos á lo escrito; yo no he dado otro nombre á tu desenvoltura.

ESCENA IX

Dichos y LA CONDESA

CONDESA

Por favor, socorred á Malvolio; perdió la razón. Dice

que yo le amo y pretende matar á Florisel; di orden de que lo encerraran, y costó trabajo reducirle.

TOBÍAS

No podía parar en otra cosa. ¡Un hombre siempre triste! ¡Y habrá quien me censure porque procuro alegrarme por todos los medios!

CONDESA

A mal tiempo me entristece la desgracia de ese infeliz. Sabed que todo está dispuesto para celebrar mi boda con Florisel.

DOROTEA

¿No teméis la venganza del duque?

CONDESA

Y ¿qué podría, si Florisel ya es igual á mí? Ridículas amenazas. Florisel está seguro en mi palacio.

TOBÍAS

Sobrina, comprenderás que ese matrimonio deslustra la nobleza de nuestra casa algo más que mi amable filosofía, pero nada te digo; considera solo que cada cual se alegra como puede, y respeta de hoy más mi sistema.

CONDESA

Bien está; acudid á Malvolio y ved si halláis remedio para él.

EL BUFÓN

El duque llega. No trae cara de apadrinar vuestra boda.

CONDESA

¡Bah! Justo es que ceda en su porfía. Perseguir el amor es caer en la locura, como el pobre Malvolio.

EL BUFÓN

A riesgo os pusísteis entonces de enloquecer.

CONDESA

¡Oh! Segura estaba yo de que Florisel me amaba con toda el alma. Solo el temor al duque le obligaba á fingir desvío. Pero si nunca mujer alguna amó como le amo, nunca amor fué correspondido como el mío.

TOBÍAS

¡Oh! ¡Qué días de fiesta se preparan! ¡Arderán en luminarias estos jardines y la ciudad toda!

EL BUFÓN

Y vuestra nariz. *(Vanse Tobías y el Bufón.)*

ESCENA X

LA CONDESA, DOROTEA, EL DUQUE y JULIO

DUQUE

Condesa Olivia, ¡no tenéis corazón!

CONDESA

¡Ja, ja, ja! No mostréis un enojo indigno de vuestra grandeza. ¿Hubiérais preferido que sin amaros fuese vuestra esposa, por vanidad ó por compasión? Solo con mi lealtad podía corresponderos, y mi corazón fué leal.

DUQUE

Si nada exijo de vos. Pero la vida del que amáis está en mis manos y nada os importa que muera. Para mostrarme que el más humilde súbdito merecía vuestro

amor más que yo, pudísteis ser, á lo menos, compasiva con él. Envié á deciros que de vos dependía su suerte, y os esperé en vano. Ahora mismo, ¿sabéis siquiera si vive?

CONDESA

¡Oh! Vive, vive para mi amor. Si le dejé ha un instante; si á mi lado estuvo todo el día. Ya veis si estoy segura de su vida, de su amor y de vuestra generosidad.

DUQUE

Condesa, vuestra burla excede los límites de la prudencia; Florisel no os ama, ni hoy le vísteis, ni su vida está segura todavía.

CONDESA

(Riendo.) ¿Queréis asustarme? Dorotea, ¿no viste á Florisel en mi estancia? ¿No le serviste de comer tú misma?

DOROTEA

Cierto, señora.

DUQUE

Vuestra burla es muy necia. Julio, ¿salió un momento Florisel de su prisión hasta que le trajísteis á mi presencia?

JULIO

Señor, yo mismo guardé la puerta, y os juro que no salió hasta que vos lo mandásteis.

DUQUE

Y después no se separó de mí hasta ahora.

CONDESA

Si no lográis asustarme. ¿Queréis que os pida perdón

para él? Nada me cuesta. Perdonadle, por el amor que me tuvísteis, pero dejad ya esa burla.

DUQUE

¡Me haréis dudar de mi razón! Julio, ve si Florisel está en palacio y tráele contigo. *(Vase Julio.)*

CONDESA

(A Dorotea.) Llego á dudar. No es posible que el duque insista de ese modo... Dorotea, corre, ve si Florisel está en mi estancia. *(Vase Dorotea.)*

DUQUE

¡Por mi alma, condesa, que si me habéis vuelto loco y queréis burlaros de mí, ha de costaros cara la burla!

CONDESA

(Con miedo.) ¡Oh, señor, no sé qué pensar!... Ya temo si... ¡Pero no! ¡Qué locura! ¡Si yo ví á Florisel, si me ama! ¡Oh! Quisísteis atormentarme y lo conseguiréis. *(Vuelve Dorotea.)* ¡Ah! Dorotea, habla.

DOROTEA

Señora, duerme tranquilo como un niño.

CONDESA

¡Ah! ¿Lo veis? ¿Lo veis? ¿Qué decís ahora? ¡Ya estamos pagados.! ¡Buen susto me hicísteis pasar!

ESCENA XI

Dichos, FLORISEL y JULIO

DUQUE

¡Ah! ¡Florisel!

CONDESA

¡Florisel! ¿Qué es esto? ¡No es posible!

DOROTEA

¡El mismo Florisel!

DUQUE

¿Qué decís ahora? ¿Qué merecía vuestra burla?

CONDESA

No, no puedo creer lo que ven mis ojos... Sí, es Florisel.

DUQUE

El mismo; el que pasó el día junto á vos; el que dormía tranquilo, como un niño, en vuestra estancia ahora mismo; el que estaba seguro en vuestros brazos... Aquí está; ya lo veis.

CONDESA

Y ¿no es verdad cuanto dije? Responde, Florisel.

FLORISEL

Señora, no entiendo lo que pretendéis al atormentarnos.

CONDESA

¿Queréis decirme que estoy loca ó influída por mágicos hechiceros? ¡Oh, no! De acuerdo con vos ese villano, trazásteis esta burla para humillarme, y no pudísteis hallar venganza más ruín... ¡Os la ofrezco cumplida! ¡Burlad y reid ante mi muerte! (*Arrebatando el puñal á Florisel.*)

DUQUE

¡Oh! Soltad.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, SEBASTIÁN, TOBÍAS y EL BUFÓN

TOBÍAS

(*Señalando á Florisel.*) Allí tenéis al mozo.

SEBASTIÁN

¡Te hallo al fin!

FLORISEL

¡Ah! ¡Vos!

SEBASTÍAN

Perdonad, señores, si llegué tan de improviso. Oí que peligraba su vida. Tu hermano llegó conmigo.

FLORISEL

¿Mi hermano? Y ¿dónde está?

SEBASTIÁN

Llegamos ayer á la ciudad, y cuando nos dirigíamos á verte le dejé un instante á la puerta de estos jardines.

FLORISEL

Y ¿no le hallásteis después? ¡Ah, condesa, señores todos!... Sí, Florisel os ama; Florisel no se separó de vos en todo el día; y yo, tan semejante á él como podéis juzgarlo, estoy aquí á vestras plantas pidiendo perdón por haberos mentido.

CONDESA

¿Que hay otro Florisel?

FLORISEL

Un solo Florisel, porque mi nombre es Elena. Qué su-

cesos me trajeron á cambiar de traje y de condición, pronto los sabréis y han de maravillaros.

EL BUFÓN

Dos gotas de agua son los dos hermanos.

TOBÍAS

¿Dos gotas de agua? No me agrada la comparación.

CONDESA

Y ¿cómo vuestro hermano, cuando le ví por vez primera, me habló como si fuérais vos mismo?

FLORISEL

Cualquiera puede proseguir una conversación de amor empezada por otro, sin que la conversación pierda su sentido. Mi hermano es digno de vuestro amor. ¡Feliz vos, que hallásteis, en la forma que amábais, el alma que puede corresponder á vuestro amor!

CONDESA

Y ¡feliz el duque, si ahora comprende el enigma que mi amor no logró descifrar!

DUQUE

¡Oh, Florisel! La triste historia de tu hermana no será la tuya. Habló tu amor con mentida forma, y el amor te dió por suerte la forma de tu alma. Mi amor es tuyo, Elena.

FLORISEL

¡Oh, señor! ¡Yo hubiese muerto por vos; nunca hubiérais sabido cómo os amaba!

EL BUFÓN

¡Si no hubiera pasado á nuestra vista tendríamos esta historia por un cuento maravilloso!

CONDESA

Y nosotros mismos no sabemos si lo fué. La burda trama de la vida va tejida con los hilos la luz de nuestros sueños, y el corazón, eterno niño, aprende extasiado los cuentos de nuestra imaginación. La reina Mab, nodriza de las hadas, con su carro fantástico, al que sirven de corceles, de guiadores y de arreos gusanos de luz, hilos de araña, rayos de luna, pasa por nuestra imaginación dejando en ella memoria de viva realidad; y con sus príncipes encantados, sus princesas de cabelleras de oro, sus jardines y sus palacios de diamantes, zafiros y rubíes, cuenta á las almas la historia verdadera del mundo, porque en la vida, como en los cuentos, es una la esencia y uno el encanto... ¡Amor!

FIN DE LA COMEDIA

OPERACIÓN QUIRÚRGICA

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro de Lara el 4 de Mayo de 1889.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA.	Sra. Rodríguez.
HIPÓLITO.	Sr. Morano.
LEONCIO.	» Ramírez.

OPERACIÓN QUIRURGICA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

CLARA y después HIPÓLITO

HIPÓLITO

(Desde la puerta.) ¿Se puede?

CLARA

(Sin mirar.) Adelante. *(Sorprendida.)* ¡Ah! Hipólito...

HIPÓLITO

Ese ¡ah! no necesita acotación. Ha sido un ¡ah! con extrañeza. Dijiste «adelante» sin verme. Esperabas á otra persona. Cuando me anuncio nunca estás en casa.

CLARA

Casualidad, puedes creerlo.

HIPÓLITO

Casualidad, eso pensé yo; y como no soy hombre de quien se burle más de tres veces esa diosa juguetona que tiene nombre de mujer y suele ir precedida, al nombrarse, del adjetivo pícara, combiné mi visita de

manera que la casualidad por esta vez, pícara y todo, perdiera sus derechos. ¿Qué tal la entradita? Como corresponde á un embajador con cartas acreditadas. *(Entregándole una carta.)* Lea su majestad. ¡Su majestad la mujer!

CLARA

(Sin tomar la carta.) ¡Una carta!... ¿De Luís?... Es inútil. ¿Ves porqué no quería yo verte?

HIPÓLITO

¿Qué título invocaré para obligarte á leerla? El de hermano es el que menos estimas en mí, por venir de quien viene; pero el de amigo tuyo leal, que siempre y en cualquier circunstancia estuvo de tu parte, debe significar algo para ti. Por favor te pido que leas la carta.

CLARA

Por favor... á ti. *(Abre la carta.)*

HIPÓLITO

Quiero oirla... lee alto... Quiero asegurarme de que la lees sin conmoverte.

CLARA

(Entregándole un papel que acompaña á la carta.) Esto es para ti.

HIPÓLITO

Sí, cuatro letras. *(Lee.)* «Querido hermano: Por la memoria de nuestra madre, haz que Clara lea la carta que para ella te envío.»

CLARA

(Con ironía.) ¡Qué tono solemne! Hoy es alta tragedia.

HIPÓLITO

Lee.

CLARA

(Leyendo.) «Clara, esposa mía; bien sé que si nada queda en tu corazón del cariño que me tuviste, nada valdrá, para que vuelva á mí tu cariño, la consideración de cuanto he sufrido. ¡Nada quieres saber de mí! ¿Te dice el corazón que si supieras cuál es mi vida tendrías lástima de mí, y por lástima habrías de quererme? Yo sé cuánto vale tu corazón, y sé que no podría sentir de otro modo al oirme. Convaleciente de una enfermedad gravísima, te escribo, casi resucitado.» *(Interroga á Hipólito con la vista.)*

HIPÓLITO

Vine dos ó tres veces á decírtelo; pero nada querías saber de él. El estuvo á punto de morirse... Sigue.

CLARA

(Lee.) «No ha querido Dios que seas viuda; no quiero pensar si hubiera sido tu dicha. Dios ha guardado mi vida para que tú dispongas de ella, para que digas tú si vale la pena de guardarla. Tuya es, regenerada, esposa mía, regenerada por muchos años de remordimientos y de triste experiencia. Pregunta cuál ha sido mi vida en tanto tiempo; cualquiera te dirá si ha sido triste; solo Dios y yo sabemos cuánto lo ha sido. Clara mía, bien sé que mis súplicas no valdrían nada si al leerlas no sintieras dentro de ti, con voz inefable, otras voces queridas que bajan del cielo y por mí te suplican: las de nuestros padres, la del ángel que voló al cielo porque nos vió separados en la tierra y quiso pedirle á Dios más cerca por nosotros... Perdóname, Cla-

ra mía, para que seamos muy felices y podamos ser muy buenos y volvamos á ver al ángel nuestro.» (*Queda pensativa.*)

HIPÓLITO

No te habrá convencido, pero te ha conmovido. Pues bien; yo no pretendo ganar tu corazón con artificios retóricos... La carta, al fin, está escrita con el alma; estoy seguro... Pero supón que no lo estuviera... La memoria de los padres, el angelito que está en el cielo... Muy bonito... Pero no, yo traigo las cosas á su terreno, al terreno *terrenal*, y en él, sin retóricas, una vez más te repito que no puedes mantenerte en una situación equívoca para tu decoro. No diré si llevaste la ofensa de tu dignidad al extremo cuando te separaste de mi hermado... Pero ha pasado mucho tiempo, y la gente, interesada por ti desde un principio, aguarda impaciente un desenlace... Si no perdonas á tu marido y acabas la comedia á gusto de todos, supondrán que tienes un amante y acabará de modo muy triste para ti y para cuantos de verdad te queremos.

CLARA

La vida, por desgracia, no es una comedia, y si lo es, no somos nosotros los autores de ella, y mal podemos trazar su desenlace á gusto nuestro. La mía le tuvo hace mucho tiempo. El que tú me propones sí que sería un desenlace de comedia, un arrepentimiento, un perdón de tercer acto, para que el público salga satisfecho, celebrando la moralidad de la comedia... Yo no sé hacerlas; quiero y odio con toda el alma... por eso es para siempre.

HIPÓLITO

Estábamos en que habías olvidado. El olvido es quietud: no lo quiero. Ahora dices que odias: eso va-

mos ganando. El odio está más lejos del amor, pero en línea recta... y es inquieto, andará el camino.

CLARA

Es un odio olvidado el mío, un perdón casi, pero como desde otra vida, con una losa en medio. Cuando el corazón dice que perdona una ofensa es que ha dicho antes: ya no me importa.

HIPÓLITO

¡Ya no te importa! Estado de ánimo excelente para discurrir en calma...

CLARA

No, Hipólito. No puede ser.

HIPÓLITO

¿Tendré que hablarte con severidad?

CLARA

(Con ironía.) ¿En nombre de Luís?

HIPÓLITO

(Severo.) En el suyo, si quieres. La falta de Luís fué la más natural en su caso. De las que todos los maridos cometen á escondidas, y todas las mujeres perdonan á sabiendas.

CLARA

A los tres meses de matrimonio, cuando la certidumbre de su cariño era sagrada para mí, ¡afrentarme en mi propia casa! Mostrarme de ese modo brutal lo que yo significaba para él, recibir el insulto de verme sustituída en las caricias de mi esposo por otra mujer cualquiera...

HIPÓLITO

¿Y si yo te dijese que estás en camino de justificar con tu conducta la de tu esposo, y en ese caso sería tarde para perdonarle, porque á tu vez necesitaras de perdón?...

CLARA

¿De perdón, yo? ¿Qué quieres decirme?

HIPÓLITO

Lo que murmura todo el mundo. Que de algún tiempo á esta parte saliste de tu retraimiento; que has vuelto á frecuentar la sociedad; que buscas alivio y distracción á tus penas, y que mi amigo Leoncio, joven de buena presencia, de amenísimo trato, con aficiones artísticas y mucho fuego en el alma, con todo, en fin, lo que seduce en un hombre, te enamora con asiduidad de todos notada; figúrate si de mí lo habrá sido, de mí, que no he dejado de vigilarte, porque te quiero y sabía muy bien lo que sucedería tarde ó temprano. Tu viudez ha sido larga; los hombres, en semejante caso, rompen la tregua brutalmente, como Luís, con menos disculpa en apariencia, porque luchan menos y á los dos pasos echan por el camino real; pero el de lo ideal, ¿sabes adónde lleva? Al mismo punto. No vale la pena de andarle.

CLARA

No discuto si me han calumniado. Supón que es verdad todo, que quiero á otro hombre. Cumpliré con mi deber. Pero ¿quién puede impedirme que al cumplir con mi deber no me sacrifique? El deber es el único privilegio de esposa que he disfrutado; si por él sacrifico mi felicidad, ¿qué más puede exigirme?

HIPÓLITO

¡Tu felicidad! ¿Lo sería para ti un amor ilegítimo, culpable?

CLARA

Cumpliré con mi deber, ya lo dije... cueste lo que me cueste.

HIPÓLITO

¿Con el deber de esposa? Pues ninguno primero que el de volver á serlo, perdonando al esposo arrepentido.

CLARA

¿Arrepentido?

HIPÓLITO

No lo dudes... si es que no tienes interés en dudarlo. Si yo creyese que Luís fuera capaz de renovar la ofensa, no pretendería reuniros. Luís es otro hombre, ha padecido mucho. No le conocerás cuando le veas.

CLARA

¿Verle? ¡No!

HIPÓLITO

Pues hoy debe llegar... Espero un telegrama. Luís sabe que estás en peligro, que Leoncio te enamora...

CLARA

¡Oh!

HIPÓLITO

¡Ya lo ves!

CLARA

(Con resolución.) ¡Sea su castigo!... ¡Ah, no! Lo sería si me quisiera como yo le quise. Pero él sentirá la ofensa del amor propio, la dignidad de esposo, lo que dira la gente; él preferiría que fuese cierta mi culpa, con tal

que nadie lo supiese... y yo, yo solo en pensarlo á solas me he destrozado el corazón. Mientras me vió triste y retirada no se acordó de mí. Acaso mi tristeza halagaba su vanidad. Sabe que vuelvo al mundo, y se preocupa por mí; cree que quiero á otro hombre, y vuelve á mí... no apasionado á matarme, si es que ofendo su amor, sino muy razonable, para advertirme que mi situación es equívoca, que la gente murmura, que llevo su nombre y debo respetar su decoro... ¡Ah, si yo supiera que la dignidad herida duele como la herida del corazón!

HIPÓLITO

No encones la tuya. Tienes un médico tan amable, el médico de las damas, Leoncio, el amante ideal que adormece la imaginación con bálsamo de poesía, el adorador platónico que sacrifica el amor entre nubes de incienso y, como diestro ratero de iglesia, muestra cruzadas, en actitud de fervoroso rezo, unas manos de cera, y con las suyas, de carne y hueso, limpia entretanto lindamente los bolsillos de las devotas.

CLARA

¿Te burlas de mí?

HIPÓLITO

¿De ti? ¡Dios me libre! Me burlo del amor respetuoso, del deber que piensa sobreponerse al amor. ¡Ay, pobre Clara! ¡Lo que en sí es el amor, su fin único, el lazo que nos tiende con él la Naturaleza, nos parece tan irracional, tan instintivo por sí solo, que con ser lo único que la Naturaleza exige de nosotros, lo esencial del amor, hemos decidido considerarlo como incidente, un tropiezo, un descuido, lo que menos importa en el amor. Como en vestir y en comer, ¿no hemos de ser en

amar superiores á los animales? Tenemos sastres y modistas, comemos pavo trufado y ensalada rusa, y ¿en amor no hemos de tener también nuestros adornos á la moda y nuestras ensaladas?... Es preciso vestirle, aderezarle... Y la naturaleza se burla de nosotros, ¡pobres ilusos de lo ideal! Pero ese amor *amor*, es siempre culpable... El matrimonio no es santo porque es amor, sino porque del amor crea deberes que le santifican. Ellos son lo único ideal, lo único superior al instinto que puede haber en el amor.

CLARA

No rehuí el cumplimiento del mío. Como esposa y como madre fuí ofendida. Dios no quiso que fuera madre la que, perdido amor y respeto al esposo, no podía ser buena esposa. Dios pronunció el divorcio: cumpliré la ley de Dios siendo honrada; que no invoque mi esposo leyes humanas para obligarme á serlo.

HIPÓLITO

Mi hermano suplica. En ningún caso acudirá á la ley para obligarte á volver á su lado. Clara, escudriña tu conciencia, pon la mano sobre el corazón. ¿Es que juraste fidelidad á un amor imposible que halaga tu imaginación? Recreas el alma en lo ideal, fuego peligroso, porque el alma no puede desnudarse del cuerpo, como el cuerpo de los vestidos, para nadar en lo ideal y... guardar la ropa.

CLARA

Y si vuelvo á la realidad, ¿qué me espera? El cariño probado de mi esposo...

HIPÓLITO

Que vale, por lo menos, tanto como el de Leoncio, puesto á prueba.

CLARA

¿De qué modo?

HIPÓLITO

Proponle que huya contigo, exige algún sacrificio á su pasión inmensa; que arriesgue su porvenir, su tranquilidad siquiera, que te demuestre que no eres para él...

CLARA

¿Qué?

HIPÓLITO

Nada... Lo que un médico, amigo mío, llama «la economía de los solteros».

CLARA

¡Hipólito!

HIPÓLITO

Perdón. Yo no lo dije. Los médicos tienen nombres muy rudos para cosas en apariencia muy poéticas...

CLARA

Pero tú no eres médico, aunque hoy lo pareces.

HIPÓLITO

No. Yo soy cirujano... y si me permites...

CLARA

¿Qué?

HIPÓLITO

Nada... Te dejo.

CLARA

¿No tienes más que decirme?

HIPÓLITO

Volveré. Espero noticias de mi hermano; estoy intranquilo. Además, son las dos y media; dentro de un instante vendrá Leoncio...

CLARA

¿Quién te ha dicho?...

HIPÓLITO

Todo el mundo lo sabe y lo comenta con mucha malicia. Adiós, Clara... Quiera Dios inspirarnos á todos. *(Sale.)*

ESCENA II

CLARA

CLARA

Las tres... las tres... ¿Habrá venido, y al saber que Hipólito estaba aquí no habrá entrado?... No... Pendiente estuve de oir la campanilla, y no ha sonado... Vendrá... ¿Qué me dijo Hipólito al despedirse?... Ni sé lo que me dijo... Él hablaba, hablaba, tratando de convencerme con razonamiento implacable, y el corazón... como chicuelo travieso que, sujeto al estudio por castigo, transforma con la imaginación las letras odiosas en muñequillos juguetones... ¡La carta! Llega tarde... No puedo creer en el arrepentimiento... ¿No puedo? ¿Será, como dice Hipólito, porque tengo interés en no creerlo?... No, no... Es que nada dice á mi corazón. El re-

cuerdo del cariño que le tuve, si vuèlve acaso para atormentarme, me parece como espectro de algo que murió... y muerto está... Es el fantasma suyo lo que me atormenta; yo le ahuyentaré mirándole cara á cara. ¡Bastante padecí! La parte de dicha que Dios debe de guardar para todos en este mundo... no ha llegado á mí todavía... Tengo derecho á ello... ¿Mi parte de dicha ha de ser un pecado?

ESCENA III

CLARA y LEONCIO

LEONCIO

¡Clara! ¿No me esperaba usted?

CLARA

Sí, le esperaba á usted. Hoy más que nunca.

LEONCIO

No haga usted que por egoísmo bendiga su tristeza, si es causa de que se acuerde usted de mí. Diga usted que me espera usted siempre, que piensa usted en mí algunas veces... como yo en usted...

CLARA

¡Feliz usted, que puede pensar solo en lo que ama y vivir solo para el amor! Yo, aunque así lo quisiera... por fuerza he de recordar, y hay sombras en mis recuerdos para nublar todas las alegrías.

LEONCIO

¡Recuerdos! ¡Si yo pudiera borrarlos todos!

CLARA

¡Ay! ¡Si pudiera ser! Antes los hubiera yo borrado; no le atormentaría á usted con ellos; me vería usted siempre dichosa.

LEONCIO

¡Y siempre la veo á usted triste! ¡Yo, que no concibo tristeza que al lado de usted no pueda olvidarse!

CLARA

Pues olvide usted las mías y, al verle dichoso, acaso yo también las olvide.

LEONCIO

¡Clara!

CLARA

Sí, yo quiero olvidarlo todo; pero ¡para siempre!

LEONCIO

¡Para siempre á mi lado!

CLARA

¡Para siempre! Piénselo usted, Leoncio. Siempre no es hoy ni mañana; son días y días, tristes y alegres, de lucha y de sacrificio; es toda la vida.

LEONCIO

Pues ¡para usted toda mi vida!

CLARA

¡Cueste lo que cueste?

LEONCIO

Por usted, ¿qué no sacrificaría yo?

CLARA

¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA IV

Los mismos. HIPÓLITO

HIPÓLITO

¿Se puede?

CLARA

Sí. ¿Qué ocurre?

HIPÓLITO

He recibido un telegrama. Tengo que hablarte...

CLARA

Puedes hablar.

LEONCIO

Dejo á ustedes... Mi presencia...

HIPÓLITO

Es necesaria... Espérame aquí... Pronto vuelvo. Ven conmigo, Clara. *(Salen.)*

ESCENA V

LEONCIO

LEONCIO

¿Qué ocurrirá? Hipólito parecía sobresaltado. ¡Un te-

legrama! ¡Bah!... Asuntos de familia... No hay porqué preocuparme... Sin embargo, Hipólito, estos días pasados me hablaba con cierto recelo... Sin duda se ha enterado... pero es hombre de mundo y no vendrá á pedirme cuenta del honor de su cuñada... Y si eso fuera, ¡la daré cumplida!... ¿Qué?... Llanto... ¡Clara llorando!... ¡Clara!

ESCENA VI

LEONCIO, HIPÓLITO

HIPÓLITO

No pases... Deja que llore... ¡Mi hermano ha muerto!

LEONCIO

¡Su esposo!

HIPÓLITO

Sí. Ya es viuda. *(Pausa.)* Por eso dije que tenía que hablarte.

LEONCIO

Habla... Pero si no estás hoy para ello... iré mañana á tu casa...

HIPÓLITO

No. La resolución del asunto que he de tratar contigo se refiere á la memoria de mi hermano tanto como á nosotros, y procuraré satisfacerla al satisfacernos á todos.

LEONCIO

Tú dirás.

HIPÓLITO

No es ocasión de rodeos ni de pretender disfrazar efectos. Leoncio, amas á Clara, ¿no es verdad? Clara te

ama, estoy seguro; pero Clara es honrada, y la lucha de su corazón ha sido tremenda. Dios ha querido que pueda ser dichosa con tu amor sin dejar de ser honrada. Mi pobre hermano ha muerto cuando procuraba á toda costa obtener el perdón de Clara y á fuerza de cariño redimirse de lo pasado... Clara no creía en su arrepentimiento, no podía creer; amaba á otro, y juzgaba con honrada conciencia que era engaño conceder al esposo un perdón sin amor. No juzgaré yo si fué rigurosa en no perdonarle antes. Mi hermano la ofendió, no le disculpo; su triste vida ha sido amarga expiación; con alma y vida hubiera él reparado la culpa; alma y vida hubiera dado él por ver feliz á Clara. Si yo procuro que lo sea es que así creo satisfacer la memoria de mi hermano... Clara es libre; vuestro amor puede ser honrado. No es indicarte lo que debes hacer. No deber de conciencia, grata ilusión de tu corazón, habrá sido siempre hacer á Clara esposa tuya, y si á pesar de que fué imposible hasta ahora, la amaste... es que el amor no va donde uno quiere, él nos lleva sin reparar en impedimentos ni en obstáculos, y cuando los vemos ante nosotros es ya tarde para retroceder, y no hay sino salvarlos ó morir ante ellos rendido. Ninguno hay ya para vuestro amor. Clara será tu esposa.

LEONCIO

¡Hipólito, por Dios!... No me parece oportuno; acaba de morir tu hermano...

HIPÓLITO

Por lo visto le respetas muerto más que le respetaste vivo...

LEONCIO

¡Es natural!

HIPÓLITO

Ya lo creo.

LEONCIO

¡No es ocasión de chanzas!

HIPÓLITO

Pero ¿quién le hubiera dicho á mi pobre hermano?...

LEONCIO

¿Qué?

HIPÓLITO

Que tú ibas á sentir su muerte más que nadie.

LEONCIO

Me voy, Hipólito. Ya hablaremos. La ocasión...

HIPÓLITO

Pero ¿no me agradeces el interés que me tomo por tu felicidad? Clara es una verdadera hermana para mí; no extrañes si, al procurar verla dichosa, creo rendir el mejor tributo á la memoria de mi hermano.

LEONCIO

Pues no te sorprenda que extrañe tu intervención en este asunto. Será escrúpulo mío; pero apenas muerto tu hermano tratar la boda de su esposa...

HIPÓLITO

De su viuda... Y ¿qué? ¿No había de tratarse dentro de unos días? Tu asistencia á esta casa, tu asiduidad en presentarte donde Clara asistía, ha dado bastante que murmurar. Clara ha comprometido por ti su reputación.

LEONCIO

¡Bah, bah! Si no hubiera sido por mí, hubiera sido por otro.

HIPÓLITO

¡Esas tenemos!

LEONCIO

La mujer casada que admite galanteos de un hombre no puede llamarse á engaño, á menos que no tenga asegurada la muerte de su esposo á plazo fijo.

HIPÓLITO

Cierto. Si el hombre hablara al enamorarla como hablas ahora. Pero al acecho de mujeres indefensas de amor y de experiencia, fingiendo adoración respetuosa, con aleteos de palomo ladrón de palomas, vas estrechando el cerco, y al enamorarla así, con más aleteos que arrullos, ella te sigue, porque creyó que se trataba de volar... pero voló muy lejos. Engaño hubo, porque la paloma solo vió que tenía alas y el cielo ante ella; palomar por palomar, bien estaba en el suyo.

LEONCIO

Creí que eras hombre práctico, y veo que estás fuera de la realidad.

HIPÓLITO

No, amigo mío. Estoy en ella y en lo firme. Vaya el *ultimatum*. ¿Estás dispuesto á casarte con Clara?

LEONCIO

¿Es curiosidad ó amenaza?

HIPÓLITO

Dije *ultimatum;* seamos diplomáticos.

LEONCIO

Pues permite que no te conteste.

HIPÓLITO

Creo que tengo derecho á preguntar. Se trata de la honra de mi hermana.

LEONCIO

No discuto tu derecho; preguntas, y me callo.

HIPÓLITO

No creo haberte ofendido con mi pregunta, y me ofendes con tu silencio. Piénsalo bien. ¿Te casarás con mi hermana?

LEONCIO

Cuando ella lo pregunte podré contestar.

HIPÓLITO

¿Y si hubiera sido ella quien me hubiese encargado de preguntarlo?

LEONCIO

Estás impertinente.

HIPÓLITO

Y tú, destemplado...

LEONCIO

No sé á qué viene la pregunta.

HIPÓLITO

No sé qué significa el esquivarla. Antes de ahora debiste tener resuelta la duda por si el caso llegaba. ¿Amas á Clara? ¿Cómo la amas?

LEONCIO

La amo, sí. Pero bien puedes comprender que mi amor no había previsto el caso de que pudiera ser mi esposa. No se toma resolución de tanta transcendencia sin reflexionar, sin...

HIPÓLITO

¿Cuántos días reflexionaste antes de enamorarla, sabiendo que era casada, antes de proponerla que faltase á su deber de esposa?

LEONCIO

La pasión no reflexiona.

HIPÓLITO

Cuando se trata de faltar al deber; pero sí cuando se trata de cumplirle.

LEONCIO

Pero, Clara...

HIPÓLITO

Clara, por ti hubiese faltado á él. Por eso exige que cumplas el tuyo.

LEONCIO

Pues... querido Hipólito...

HIPÓLITO

¿No te casas?

LEONCIO

Yo te explicaré más despacio; tú te harás cargo.

HIPÓLITO

De todo. Yo soy muy razonable. Mira, entre nosotros,

ya me lo figuraba... Pero, Clara... las mujeres. ¡Pobres ilusas! Sueñan con el amor... Yo bien sé lo que un hombre como tú busca en estas aventuras...

LEONCIO

Hazte cargo... El casarse es muy delicado...

HIPÓLITO

No; mira, si en el fondo yo bien veía... ¡Qué demonio! ¡Haces bien en no casarte! Y lo que tú dices: en las circunstancias de Clara, si no hubieras sido tú hubiera sido otro.

LEONCIO

Desde luego. ¿Cuándo nos vemos?

HIPÓLITO

Cuando quieras.

LEONCIO

Iré por tu casa. Adiós, Hipólito.

HIPÓLITO

Yo te despediré de Clara. Pierde cuidado. Estos días, ya ves, con el duelo, las visitas... Pretextas un viajecito, cualquier cosa... Puedes quedar bien con poco trabajo.

LEONCIO

Gracias, muchas gracias *(Sale.)*

ESCENA ÚLTIMA

HIPÓLITO y CLARA

HIPÓLITO

¿Qué tal?

CLARA

¡Oh!

HIPÓLITO

¡El amor ideal! Estás salvada, y Luís me espera para traerle á tu casa.

CLARA

¡Luís! ¿Vive?...

HIPÓLITO

Vive. He sido Caín por un momento. No eres viuda Te engañé para que no me descubrieras hasta salir adelante con mi propósito... y para ver también si había lágrimas en tu corazón para el primer amor de tu vida. Ya lo viste, Clara, hermana mía. El marido peor aventaja al mejor amante; y si tu amante en ciernes no era muy bueno, tu marido no es de los peores.

CLARA

¡Ay, Hipólito! ¡La vida es triste!

HIPÓLITO

Y el amor también. Por eso no hay que pedirle lo que no puede dar, ni darle todo lo que suele pedir.

FIN

DESPEDIDA CRUEL

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro de Lara en la primera sesión del *Teatro Artístico* el día 7 de Diciembre de 1899 y representada después en el Teatro Romea el día 30 de Enero de 1900.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
	En Lara.	*En Romea.*
CASILDA.	SRTA. BLANCO.	SRTA. LORETO PRADO.
PEPE.	SR. BENAVENTE.	SR. CHICOTE.
MANUEL.	» M. SIERRA.	» NART.

DESPEDIDA CRUEL

ACTO ÚNICO

Un gabinete sin muebles. Puerta al foro y á la izquierda. Balcón á la derecha. Dos baules mundos y una silla.

ESCENA ÚNICA

MANUEL y después PEPE y CASILDA

MANUEL

(Concluyendo de cerrar y atar uno de los baules: después se dirige á la puerta de la izquierda.) ¡Señorito! ¡Señorito! ¿Mando traer la comida?

PEPE

(Dentro.) ¿Qué hora es?

MANUEL

Las seis y media *(Casilda y Pepe salen.)*

CASILDA

¿Tan tarde?

PEPE

Sí, tráela tú mismo. Ya sabes lo que te dijimos. Y que suban por el equipaje.

CASILDA

¡Dos horas nada más!

PEPE

¡Dos horas!

CASILDA

Parece un mal sueño. Dentro de dos horas separados. ¡Quién sabe si para siempre! No, para siempre no, Pepe de mi vida; dime que no, júrame que no.

PEPE

¡Para siempre! ¡Qué cosas dices! Sería preciso que nos muriéramos los dos. Con uno bastaba, pero ¿quién piensa en eso?

CASILDA

Hay que pensar en todo. Hace un año, cuando nos conocimos; hace un mes, cuando todavía éramos tan felices, tampoco pensábamos en que habíamos de separarnos tan pronto.

PEPE

Pues mira, debimos pensarlo. Verdad es que entonces no hubiéramos sido tan felices. Los pocos billetes de mil pesetas que yo había salvado de los usureros, no podían dar cuerda por más tiempo á nuestra felicidad. Eso sí, hemos vivido dichosos, sin pensar en nada que no fuera nuestro cariño.

CASILDA

Hemos sido unos locos. Gastábamos sin tino... Yo he sido muy caprichosa, lo confieso, pero tú debiste hacerme comprender...

PEPE

Yo, sí. Con la autoridad que dan cuarenta mil duros derrochados en tres años.

CASILDA

No dan autoridad, pero dan experiencia.

PEPE

¡La experiencia! Demasiado pronto llega, y menos triste porque llega para los dos... Pero antes... si yo hubiera desencantado con mi experiencia tu loca imprevisión... No te pese, hemos sido felices.

CASILDA

¡Hemos sido!

PEPE

Hay recuerdos de un solo día dichoso que valen por toda la vida. El recuerdo es mucho más dulce que la esperanza, sobre todo más positivo. La esperanza es siempre una interrogación. ¿Qué será? ¿Será? Y el recuerdo no. Fué, ha sido, es nuestro, vive en nosotros, es siempre el mismo... ¿Porqué me miras tan seria?

CASILDA

¿Sabes que no me gusta ese entusiasmo por los recuerdos? Si yo supiera que solo iba á ser un recuerdo para ti en esta ausencia...

PEPE

¡Mi esperanza, mi única esperanza!... ¿Dudas de mi cariño?

CASILDA

No sé... pero me parece que no sientes como yo nues-

tra separación... Reflexionas mucho... tratas de consolarme, te molesta que yo me aflija demasiado. . Si me quisieras como yo á ti, te alegrarías al verme muerta de pena.

PEPE

¡Qué atrocidad! Porque te quiero no quiero verte triste. Yo no entiendo el cariño de ese modo. Por no verte sufrir, mira tú, sería capaz de preferir que no me quisieras, que no te importase separarte de mí.

CASILDA

Eso no es querer. Hay dos maneras de no querer: una no querer y otra querer así, como tú dices, razonablemente.

PEPE

¿Ahora vas á dudar de mi cariño?

CASILDA

Sí, sí dudo... porque no sientes como yo. No has llorado, como yo, al ver salir uno á uno los muebles de nuestra casita, al ver estas paredes frías...

PEPE

Ya te dije que debíamos habernos ido á una fonda y pasar allí estas últimas horas.

CASILDA

¿Lo ves, lo ves? No sientes como yo; yo no quería salir de aquí hasta el último instante... y volveré mañana... y volveré todos los días.

PEPE

Hasta que se alquile el cuarto.

CASILDA

Y siempre que esté desalquilado subiré á verlo.

PEPE

Tu cariño está aquí, dentro de mi alma, y nada queda entre las paredes de este cuarto alquilado, y nada se fué con los muebles, alquilados también. Querías que, como á ti, el llevarse cada silla me costara un mar de lágrimas y un soponcio el sofá.

CASILDA

No te burles, respeta mis sentimientos.

PEPE

Pero ¿tú crees que yo no siento? ¡Ah! Si pudieras penetrar en mi corazón; pero debo parecer más fuerte que tú. ¡Qué hacer si nuestra separación es inevitable! ¿Había otro remedio?

CASILDA

¡Quién sabe si hubiera sido mejor lo que pensamos en el primer momento! ¡Morir juntos!

PEPE

Sí, es verdad, nos hubiésemos evitado estos días horribles.

CASILDA

Ocho noches llevo sin pegar los ojos. Pensando siempre en lo mismo...

PEPE

Y yo procurando distraerte y más triste que tú.

CASILDA

Sí, ¡pobrecito mío, me quieres mucho, mucho, no me

olvidarás un solo momento, me escribirás todos los días unas cartas muy largas, y en cuanto puedas haces una escapada.

PEPE

¡Oh! En cuanto pueda.

CASILDA

Muy pronto, ¿verdad?

PEPE

¡Mujer! Ya sabes que mi tío es muy severo, que tiene muy mala opinión de mí, y que si me lleva á su lado de secretario particular, es porque me cree capaz de regenerarme. En cuanto se anda mal de dinero, ya se sabe, á regenerarse. Ahora todos nos regeneramos.

CASILDA

Todo eso está muy bien... y yo tampoco pido que faltes á tu obligación... Es preciso que hagas méritos con tu tío... Es la única persona que puede protegerte. Ahora va de gobernador y te lleva de secretario... si te portas bien. . mañana le hacen ministro, y entonces... te coloca en Madrid y volvemos á ser felices, porque Madrid es muy grande, y lo que estaría muy mal mirado en una provincia, aquí... ni se ve siquiera... Aquí... estoy segura de que hasta tu tío, tan severo, tiene sus trapisondas. Por fuerza... un viudo en buena edad todavía.

PEPE

¿Mi tío?... Mi tío, aquí y en la provincia de su mando... Nunca se separa de su esposa morganática.

CASILDA

¡Ah! Con que tú no puedes tenerme allí á tu lado... y tu tío...

PEPE

Ya lo creo, como que tú no eres mi cocinera...

CASILDA

¡Ah! ¡Vaya con el tío! Y luego viene á predicarte moralidad.

PEPE

No, lo que predica es formalidad, que no es lo mismo.

CASILDA

Corriente. Por cada mes de formalidad puedes permitirte una escapatoria de una semana... Sobre todo, para lo que tendrás que hacer en la secretaría de tu tío...

PEPE

Sí, es una provincia muy tranquila... no hay Capitanía general, no hay Universidad... ni siquiera se juega... de modo que no pueden amotinarse porque les suprimen nada.

CASILDA

Qué vida más aburrida debe ser aquella... y si vieras cómo temo á tu aburrimiento... Cuando me conociste estabas también muy aburrido... hasta pensabas en casarte... sí, me lo dijiste... Como que si yo hubiera sido otra... Pero fuí tan franca contigo... La franqueza es la única virtud que se puede tener cuando no se tiene otra. Comprende que me hubiera sido muy fácil engañarte... En primer lugar, eres muy vanidoso... y los vanidosos creen tan fácilmente que son en todo los primeros...

PEPE

Yo nunca tuve esa vanidad. La prueba es que me resigné á ser el último...

CASILDA

Eso sí, el último...

PEPE

Y hasta eso me parece también vanidad.

CASILDA

Esa puedes tenerla.

PEPE

Es mi consuelo. Todas las mujeres que me han querido, poco ó mucho, me han asegurado lo mismo. «No eres el primero, pero serás el último». Será esa mi gracia, como la de los décimos de la lotería... *(Entra Manuel con una bandeja y en ella servicio de platos, cubiertos, etc.)*

MANUEL

El mozo subirá en seguida.

CASILDA

¿Qué hora es?

MANUEL

Las siete.

CASILDA

¡Una hora nada más!

PEPE

¡Una hora! *(Casilda rompe á llorar. Manuel llora también.)* ¡Casilda! ¡Tú también!

MANUEL

¡Ay, señorito! Cuando uno da con amos tan buenos como ustedes...

CASILDA

¡Pobre Manuel!

MANUEL

A lo mejor cae uno en unas casas... Yo, gracias á Dios, casi siempre he servido á señores solos ó á personas como ustedes... Solo dos veces serví en casas de matrimonios ó de familias y, créanme ustedes, es un belén.

CASILDA

De modo que sientes dejarnos...

MANUEL

¡Vaya si lo siento!... Por usted tanto como por el señorito... Comprendo que esté usted tan afectada... Ya ve usted cómo estoy y no era tanto mío. ¿Comen ustedes aquí?

PEPE

¡Comer!... Sí, aquí.

MANUEL

Traeré la mesa de la cocina. Es la única que ha quedado.

PEPE

¿No hay más sillas que esta?...

MANUEL

Nada más.

PEPE

También pudieron esperar un poco.

MANUEL

Dijeron que se hacía de noche y que no era cosa de hacer otro viaje mañana.

PEPE

Bueno, bueno. *(Sale Manuel y á poco entra con una mesa.)* Para la comida que vamos á hacer...

CASILDA

¡La última!

PEPE

¡La última, no! Mujer, tú tienes la manía de que todo sea lo último.

CASILDA

Siéntate... Aunque sea sin ganas debes tomar algo... Son muchas horas de viaje, y las fondas de estación son horribles. Me acuerdo en el último viaje... ¿Te ríes porque digo también el último?

PEPE

No; me río porque el último viaje, como tú dices, lo hicimos juntos... y me acuerdo de aquel túnel tan largo...

CASILDA

Y de aquella señora gruesa que venía con nosotros... y se llevó un beso en cada moflete... Gracias á que la hicimos creer que éramos recién casados...

PEPE

Pero ¿no te sientas?... Cabemos los dos... Toma un poco de jamón... está muy bueno.

CASILDA

Veo que no has perdido el apetito.

PEPE

¡Apetito! Nervioso, hija mía... Te estaba oyendo y comía distraído, sin saber lo que hacía...

CASILDA

No, si yo me alegro... Y allí á ver si te cuidas... y no trasnochas... ya sabes que te hace mucho daño...

PEPE

Me acostaré tempranito y leeré...

CASILDA

Eso, lees. A ti que te gusta tanto leer acostado... Puedes acabar la novela que empezaste cuando nos conocimos.

PEPE

Ya, ya. Pero, ¿ves esto? ¿Pues no estoy comiendo como un bruto? Bien dicen: el cuerpo es un animal. Es hambre nerviosa, no hay duda... Lo mismo me pasó una vez que tuve un desafío. En mi vida he comido tanto.

CASILDA

¿Antes del desafío?

PEPE

No, después; pero todavía estaba emocionado.

CASILDA

¿Quieres que traigan otra cosa? ¡Manuel!

PEPE

No, no. Me haría daño. ¡Si tengo un nudo aquí!

CASILDA

Pues no es el de la corbata, porque le llevas sin hacer. Ven acá.

PEPE

Pero ¿no le hiciste tú misma antes?

CASILDA

Sí, pero luego se deshizo.

PEPE

¡Ah, sí!

CASILDA

(Haciendo el lazo.) ¡Ay! Iba á decir el último, pero vas á burlarte.

MANUEL

Señorito, el mozo, que viene por el equipaje.

CASILDA

¿Qué hora es?

MANUEL

La hora.

CASILDA

¡La hora! ¡Ay, Pepe de mi alma! *(Llora.)*

PEPE

No llores así. ¿Quieres que renuncie á todo... que no me vaya? Sería una locura... Pero, ¿qué importa una locura más? Si tú quieres me quedo... me quedo. Manuel, despide al mozo.

CASILDA

No, Pepe... Ya estoy tranquila... Yo sé sacrificarme... ¡Me he sacrificado tantas veces!

PEPE

Vamos, no llores. *(A Manuel, que llora.)* ¿Quieres callarte, estúpido? Cualquiera diría que estás más emocionado que yo.

CASILDA

Voy á ponerme el sombrero... Haré el último esfuerzo.

PEPE

Si te empeñas... Pero no debías venir á la estación.

CASILDA

Deja... déjame. Hasta lo último. *(Sale.)*

MANUEL

¡Pobre señorita! Le cuesta una enfermedad.

PEPE

Eres muy sensible, Manuel. Toma, antes de que salga la señorita. Cuando se haya marchado el tren, le das esta carta de mi parte.

MANUEL

¡Válgame Dios! ¡Lo que es el querer! La misma idea que la señorita... Me encargó que no se la diera á usted hasta que fuera á salir el tren.

PEPE

¡Una carta de la señorita! Trae.

MANUEL

No diga usted nada. Será para que se consuele usted por el camino.

PEPE

Trae... ¿Qué es esto?

CASILDA

(Sale.) ¿Qué lees? ¡Mi carta!

PEPE

Sí.

CASILDA

¡Manuel!

MANUEL

Señorita, no se enfade usted.

CASILDA

No.

PEPE

Tiene otra para ti. Puedes leerla... Hemos coincidido .. Por fuerza... No se vive en intimidad tanto tiempo sin llegar á pensar lo mismo. Mira, mira... casi las mismas frases... «Es preciso tener juicio... Ya es hora de que acaben las locuras. Nunca olvidaré... Recordaré toda la vida... Mi porvenir... Mi conveniencia...» Es gracioso.

CASILDA

¡Ah! Tú crees que yo no había conocido antes que no te importaba separarte de mí...

PEPE

Eso te prueba que yo al menos no fingía. Pero tú te

podías haber ahorrado tantas lágrimas, podíamos haber pasado estos días alegremente... nos hubiéramos separado como dos buenos amigos... Y no haber dado este aparato de despedida cruel á nuestra separación... cuando, por suerte de los dos, el cariño del uno no ha sobrevivido una hora al del otro...

CASILDA

¿Y no te parece ahora mucho más cruel nuestra despedida?

PEPE

Tanto, que ahora es sincero mi sentimiento al despedirme de ti. Será mi vanidad la que padezca... pero ahora voy más triste. Siempre quiere uno más de lo que se figura...

CASILDA

Y siempre le quieren á uno menos... Por eso el temor de ser engañados nos anticipa á engañar... Te lo juro: me ha costado siempre más lágrimas engañar que ser engañada... Pero hay que ser listos ante todo... y por darla de listos...

PEPE

Sí; renunciamos al sublime papel del que nunca se engaña de puro engañado... del que ama... porque ama; sin saber... sin querer saber nunca si es correspondido.

FIN

LA GATA DE ANGORA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Comedia el día 31 de Marzo de 1900.

(Dedicatoria.)

A.....

5 Febrero 900.

Jacinto.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SILVIA.	Sra. Pino.
JOSEFINA.	Srta. Blanco.
LA CONDESA DE SANTA CLARA.	Sra. Álvarez.
LOLA.	» Suárez.
AURELIO.	Sr. Thuiller.
PEPE.	» Rubio.
ISIDORO.	» Echaide.
RAFAEL.	» Porredón.
RÍOS.	» Ponzano.
MONCADA.	» González.
UN CRIADO.	» Climent.
UN MOZO.	

En Madrid.

LA GATA DE ANGORA

ACTO PRIMERO

Un estudio modesto de pintor.

ESCENA PRIMERA

AURELIO y JOSEFINA

AURELIO, *sentado, lee.* JOSEFINA *arregla unas flores.*

Ya está... No creí que quedaría tan bien con tan pocas flores. ¡Son tan caras las flores en este tiempo! ¡Y qué bonitas! Mira una cosa que me gustaría á mí tener: tienda de flores; para no venderlas, porque ¡me daría una pena cuando se las llevaran! Lo mismo que á ti, cuando te has pasado días y días pintando un cuadro, para venderlo, es natural, y cuando lo has vendido y se lo llevan, ¡te quedas tan triste!

AURELIO

¿Yo?

JOSEFINA

¿No es verdad? Puede que tú mismo no te des cuenta. ¡Hay tantas cosas de que uno no se dá cuenta y los que nos quieren sí!

AURELIO

Y como tú me quieres mucho...

JOSEFINA

Adivino todos tus pensamientos, los alegres, los tristes y los que tú mismo no sabes si son alegres ó son tristes.

AURELIO

Por eso yo quisiera que todos fueran alegres; por lo menos que todos lo parecieran, para no verte triste cuando supones que yo lo estoy.

JOSEFINA

Ahora no lo estás, no debes estarlo. Pasaron aquellos días negros, trabaja que trabaja; las tablitas vendidas por los cafés y por las calles, los cuadros ofrecidos de tienda en tienda... Y en casa, todos contra ti.

AURELIO

Con razón.

JOSEFINA

Sí, á su modo de ver, con razón; pero tú, nosotros, también teníamos razón.

AURELIO

Por eso era más horrible la lucha: porque luchaba la razón contra la razón.

JOSEFINA

Tú hubieras desmayado muchas veces, no digas. ¡Yo sí que creía en ti! Y ya ves tú, yo qué entiendo de arte ni de nada; pero creía, creía... No era ceguedad del cariño; ya ves, nuestro pobre padre también pintaba, con

el mismo entusiasmo que tú, y yo, Dios me perdone, nunca pude admirar sus pinturas.

AURELIO

¡Pobre padre! Vivió siempre en un medio. ¿Qué arte era posible en aquel rincón? Si en las luchas del arte, como en las de la guerra, hubiera gloria para los muertos..., pero sólo hay gloria para los vencedores.

JOSEFINA

¡Como tú!

AURELIO

No cantemos victoria tan pronto.

JOSEFINA

No lo digo yo, lo dicen todos. Eres el pintor de moda, el pintor de las mujeres bonitas y aristocráticas; todas las señoras distinguidas querrán que las retrates.

AURELIO

¡El pintor de moda! ¿Cuánto dura una moda?

JOSEFINA

¡Bah! ¿Qué tienes hoy? Otras veces no hablas así. Ayer mismo te entusiasmabas ante este retrato casi concluído; decías que no habías pintado nada mejor.

AURELIO

Sí, creía haber acertado, haber sorprendido el alma del modelo.

JOSEFINA

¡Ganas de atormentarte! Bastante la importará á esta señora que la sorprendan el alma. Lo que la importará es verse muy guapa, como ella es, y un poco más, gracias á ti.

AURELIO

No, no... Este retrato me desespera... No es esto, no. No es ella. Anoche mismo, en su casa, en su verdadero centro, la observaba yo y comprendía que la mujer que yo he retratado no es aquella... Este traje mismo es elegante, pero no es el traje de esta mujer... Anoche, sí, vestida de blanco: todas las blancuras en su traje, seda, encajes, plumas, terciopelo. Un vestido así es obra de arte. El traje blanco de la primera comunión, el traje blanco de la desposada, parecían unidos en aquel traje de sociedad... ¿cómo te diré yo?, como blancuras marchitas, un otoño de blancuras que fueron pureza y ya solo son elegancia... ¡Elegancia! La única blancura de las almas pervertidas; la blancura de sociedad.

JOSEFINA

¿Te asusta esa sociedad elegante?

AURELIO

Me asusta, porque me seduce. La miseria, la tristeza, deprimen mi espíritu; no comprendo cómo hay artistas que se inspiran en ellas... En cambio, cualquier detalle de aristocrática elegancia exalta mi espíritu hasta la inspiración. Quisiera fijar lo fugitivo, lo impalpable; que mis pinceles fueran nerviecillos capaces de transmitir al lienzo las vibraciones de mis nervios.

JOSEFINA

Tampoco yo comprendo cómo hay pintores que solo pintan cosas tristes y feas... Añadir tristezas y fealdades al mundo. ¡Buena gana! Lo bonito, lo alegre, sí; todo es poco. Y tú, que ahora frecuentas esa sociedad y verás de cerca todo eso, ¡qué cuadros más bonitos

pintarás siempre! ¿Había señoras muy elegantes en el baile de anoche? ¿Cómo se viste ahora? ¿Llevan mucho esos trajes que me gustan tanto, esos que dices tú que parecen bizantinos, de tules bordados en oro ó lentejuelas de color de pedrería; esos trajes que recuerdan cuentos de hadas y de princesas?...

AURELIO

Sí.

JOSEFINA

¿Y es verdad que ahora no llevan guantes las señoras y la moda es llevar muchas, muchas sortijas?

AURELIO

Sí.

JOSEFINA

Y... ¿qué más quería yo preguntarte? ¡Te preguntaría tantas cosas! ¡Ah! No era pregunta, era una petición..

AURELIO

¿Otra?

JOSEFINA

¿Otra? ¿Cuánto tiempo hace que no pido nada?

AURELIO

Lo decía por eso. ¡Pedir tú! ¡Pobrecita!

JOSEFINA

¡Ah! Creí... Pues tengo que pedirte que me lleves al teatro Real una noche, al paraíso. Quiero ver trajes y señoras elegantes y que me digas quién son, ahora que conoces á tanta gente.

AURELIO

Sí, vas la noche que quieras con doña Ramona y sus hijas.

JOSEFINA

¿Y tú?

AURELIO

Yo estoy convidado todas las noches al palco de la Marquesa y á otros palcos.

JOSEFINA

¿Te han convidado? Entonces, claro, cómo vas á venir al paraíso conmigo... ¡Si te vieran! Tu hermana no está presentable; te veré de lejos, con tu frac. Eso sí, un saludo... Si te preguntan puedes decir: es una modelito, una pobre muchacha.

AURELIO

Eso es. ¡Qué disparates se te ocurren!

JOSEFINA

Soy tu modelo muchas veces. Y á mí no me favoreces nada. Ya se sabe mi especialidad: cursilitas, costureras...

AURELIO

Como nunca he pintado ángeles... Y para eso sí que no buscaría otro modelo.

JOSEFINA

¿Sin favorecerme nada?

AURELIO

Llaman. ¿Ha salido Tony?

JOSEFINA

Le mandé á un recado. Yo abriré: será Pepe.

AURELIO

Sí, á estas horas... *(Sale Josefina y vuelve á poco seguida de Pepe.)*

ESCENA II

Dichos y PEPE

AURELIO

Hoy te has retrasado.

PEPE

Suponía que te levantarías tarde. Como ahora haces vida de sociedad... Ya he leído en el periódico la noticia del baile de anoche. Y tu nombre con un adjetivo... ¿Cómo era? ¡Ah, sí! El exquisito pintor; exquisito: da ganas de comerte. Se conoce que el revistero es golosín. A una señorita la llama dulce y suave; habla de un traje, y dice: era de seda crema con encajes de Chantilly... Crema y Chantilly; hay que pedir una cucharilla...

JOSEFINA

Todo eso lo inventa.

PEPE

Y tú, ¿cómo estuviste en tu papel de artista domesticado? Artista célebre, presentado en sociedad... Porque no es otro el papel que hacemos los artistas entre esa gente. La señora de la casa anuncia á sus amigos: «Voy á presentarles á ustedes al célebre autor de... lo que sea.

¿No le conocen ustedes? Es un artista muy bien educado.» Como si dijera: no muerde; es modesto; quiere decir: habla de las mismas tonterías que nosotros; decora muy bien un salón, y el pobrecillo agradece tanto que le demos alternativa. En cambio se compromete á no escribir ó pintar nada que pueda molestarnos; le tendremos á nuestra devoción... ¡Oh! La primogenitura del arte, vendida... por menos que unas lentejas, por el brillo de unas lentejuelas. Y ¡viva el arte exquisito, aristocrático y... domesticado!

JOSEFINA

¡Qué manía!

AURELIO

¿De modo que el artista no debe vivir en sociedad?

PEPE

En sociedad, sí; en una sociedad, no. Juzga por ti; cuando veías de lejos, entreveías apenas á esas mujeres elegantes, las pintabas mejor. Ahora te amaneras, adulas sin darte cuenta, has dejado de ver artísticamente. Es natural, buscas ante todo el aplauso más directo, el más cercano, el del círculo que te rodea; sacrificas tu sentimiento sincero del arte á ese resultado más inmediato, más fácil...

AURELIO

¡Ah! ¿Con que ahora, que conozco mejor lo que pinto, lo pinto peor? ¡Graciosa teoría!

PEPE

¿Lo conoces mejor? Porque estás más cerca. El artista debe mirar siempre desde muy alto, desde un mundo superior; y tú... tú quieres pintar batallas y pelear en ellas al mismo tiempo.

AURELIO

¿Batallas? No entiendo...

PEPE

(Señalando al retrato.) Aquí está una: ¿Austerlitz ó Waterlóo?

AURELIO

¡Calla!

JOSEFINA

¿Qué dice?

AURELIO

Nada, bromas, mujer. ¿Quién te ha dicho?...

PEPE

¡Bah, bah!

AURELIO

Josefina, prepara el té; ya debe ser hora.

JOSEFINA

Sí.

AURELIO

(A Pepe.) Esas son conversaciones de tu círculo. ¿Qué dicen? A ver. ¿Qué dicen?

PEPE

¡De mi círculo! Cómo nos desprecias. Hace poco era también tuyo. Desde allí volaste. ¿Decir? Dicen la verdad.

AURELIO

No es verdad.

PEPE

Puede que lo creas. Ahí tienes mi razón. Desde lejos

se vé más claro. Yo he visto hace mucho tiempo lo que te sucede.

AURELIO

¡Chist! Mi hermana.

JOSEFINA

Hoy es mucho mejor el té. Lo he comprado yo misma. Cuatro pesetas este botecito. Ya puede ser bueno.

AURELIO

¿Sí? ¿Tú sabes cuánto cuesta el verdadero té?

PEPE

Sí, el té que toma la Marquesa en su casa... Bueno, no nos asustes. Sobre todo, esa señora no vendrá aquí á tomar té.

JOSEFINA

Se prepara y nunca lo toma.

PEPE

Pero no está de más la galantería... Y estas flores... y este perfume. Vaya, veo que trae muchos gastos ser retratista de damas aristocráticas.

JOSEFINA

¡Qué más quisieras tú!

PEPE

No, prefiero mis modelos. Árboles, riscos, peñas, y el cielo por eterno fondo...

AURELIO

Cualquiera que te oyese creería que eres un adorador de la Naturaleza.

JOSEFINA

Y todos sus paisajes los pinta aquí encerrado. Y de qué manera. El otro día no me dejó una rama en los tiestos para pintar una selva... supongo que tropical; y ayer, para pintar un mar embravecido, me hizo llenar un barreño de espuma de jabón y agitar el oleaje...

PEPE

No hagas caso... ¡Qué bromitas!

AURELIO

¡El gran arte! ¡El arte independiente!

PEPE

No; mi arte, mi pobre arte, un arte muy chiquitín. Ya lo sé. Pero aquí, aquí dentro, vive el ideal no profanado, y como nunca pretendí siquiera darle forma, no he tenido que empequeñecerle ni que afearle para conseguirlo. Es mi sistema; gracias á él mi alma es el santuario de todos los ideales. ¿Se sueña con algo, algo que sólo tiene realidad en nuestra alma? Pues allí siempre, muy adentro, vida del alma, vida nuestra que nada exterior pueda turbar ni obscurecer. Nuestro arte, nuestra fé, nuestro amor; nuestros siempre, muy nuestros... En la vida del espíritu sí que no debe gastarse más que la renta... ¡Qué la renta! Para alternar con la gente que anda por el mundo, con unos cuartos sueltos hay bastante.

AURELIO

No es preciso que teorices; por lo menos, de tu capital artístico eres bastante avaro.

PEPE

No puedo ser artista como yo quisiera; he de trabajar como artesano, pues; artesano, pero á conciencia. Yo no doy culto á ídolos falsos porque no pueda gozar de la presencia de Dios. No falsifico el arte... como otros.

AURELIO

¿Como yo? Dilo...

JOSEFINA

Su especialidad es decir cosas desagradables.

PEPE

No llevo más suelto.

JOSEFINA

Quisiera yo saber porqué te queremos y porqué te toleramos.

PEPE

¿Toleramos? Aurelio, bien... Pero tú, ¿cuándo te he dicho nada desagradable?

JOSEFINA

Es verdad. ¡Pobre Pepe! A mí, nunca.

PEPE

Ni agradable tampoco. ¿Eh? Conste.

JOSEFINA

Sí, sí... Ya lo habíamos advertido, señor avaro...

AURELIO

Sin querer ibas á gastar del capital... afectivo... Desengáñate, el cariño no se falsifica como el arte.

PEPE

¿Qué quieres decir?

AURELIO

Nada; que á pesar tuyo nos quieres mucho y por eso se te perdona todo. *(Entra un criado.)*

CRIADO

La señora Marquesa sube en este momento.

JOSEFINA

Vamos, Pepe, á trabajar.

PEPE

Aquí el artista, allí el artesano. Despeje la plebe. A pintar á nuestro camaranchón. Hasta luego.

JOSEFINA

¿Hoy qué va á ser? ¿Selva tropical ó mar proceloso? *(Vanse Josefina y Pepe. Aurelio queda solo un momento.)*

ESCENA III

AURELIO y SILVIA

SILVIA

¿Puntual?

AURELIO

Siempre.

SILVIA

Y hoy puede usted agradecerlo. Por no hacerle esperar he perdido ¡qué sé yo! La tierra y el cielo. He dejado la visita á los pobres, he dejado de ir á casa de la modista.

AURELIO

Váyase lo uno por lo otro. En paz tierra y cielo.

SILVIA

Pero ¿cómo dejaba de venir hoy, más puntual que nunca? Anoche se fué usted tan...

AURELIO

Triste...

SILVIA

Iba á decir incomodado...

AURELIO

Usted quiere que hable.

SILVIA

Quiero que no se atormente usted. Ayer estaba casi concluído el retrato; hoy ha borrado usted... y con rabia... Se nota. Por algo me apresuraba yo á venir; si tardo un poco me borra usted del todo... del lienzo; ¿y del corazón también... Aurelio? *(Aurelio la besa.)* ¡Aurelio!

AURELIO

Sí, beso tu boca al pronunciar mi nombre, porque recuerdo la primera vez que me llamaste así, Aurelio... Era en un salón, estabas rodeada de gente, de los tuyos; yo muy cerca de ti, pero te veía muy lejos... Hablabas, reías; nadie fijaba la atención en mí; creí que tú tampoco. De pronto llegó á mí tu voz: «¿No es verdad, Aurelio?» Y al oir mi nombre pronunciado así, distraidamente, como por costumbre, pensé que antes lo habías pronunciado á solas; que aquel nombre no era nuevo en tu pensamiento, y todo aquel día repetí la

pregunta: «¿No es verdad, Aurelio?» Era tu primera caricia; era sentirte muy cerca de mí, cuando yo te creía lejos.

SILVIA

Fué así, llamarte por tu nombre; no me acordaba.

AURELIO

Yo recuerdo todas tus palabras, día por día...

SILVIA

Sobre todo las que te mortifican. Ya lo he observado... Como anoche...

AURELIO

Perdón. Poco antes, aquí, te había visto como te quiero, como te siento mía, como creo que eres, con tu dulce tristeza... Y después, en tu casa, tan distinta; alegre, risueña, entre los mismos de que poco antes me hablabas con desprecio; en tus palabras, ironía cruel para los mismos sentimientos que poco antes te conmovían... ¿Cuando eras sincera? ¿Cuando eras tú?

SILVIA

¿Dónde debo fingir? Contigo, sin duda. Aquí, donde solo me trae el corazón; donde el cariño no se impone por consideraciones sociales, al contrario; donde he de olvidar que en otro lado se llama deber y aquí solo un nombre, cariño... ¿Es aquí donde miento? ¿Es aquí donde no soy la que tú quieres?

AURELIO

Sí, aquí eres tú, aquí eres mía. Miente allí... cuanto debas, pero no me obligues á escucharte. ¡Sufro tanto! Las palabras indiferentes que cambiamos, pesadas, me-

didas, hielan mi corazón; me parece que ya no son posibles otras, que nuestro cariño ha concluído y, por respetos sociales, seguimos viéndonos y hablándonos así, ante la gente.

SILVIA

Yo no pienso así; ni tus palabras, por indiferentes que sean, me lo parecen. El cariño tiene apoyaturas, como la música. Yo puedo decirte delante de cien personas, lo mismo que á todas ellas, frases vulgares. ¿Qué se cuenta? ¿Qué tiempo hace? ¿Estuvo usted en el estreno? Y tú debes traducirlas por las palabras cariñosas de nuestra intimidad. Para eso te dejo la lección bien aprendida y el tema bien dictado. Traducir luego, es cuestión de diccionario.

AURELIO

Tus palabras, sí; pero cuanto allí te rodea, todo me habla de algo que no me pertenece, de una vida tuya que no puede ser nuestra.

SILVIA

Y así es la vida siempre, á medias nuestra, nada más... ¡Y si las dos mitades estuvieran al menos bien partidas, si al vivir una pudiéramos olvidar la otra! Ahora, sin ir más lejos, quisiera olvidar...

AURELIO

¿Qué?

SILVIA

Un disgusto que voy á darte.

AURELIO

¿Un disgusto?

SILVIA

No te asustes; grave, no; un disgustillo, una molestia de esa otra media vida que no debía mezclarse con esta.

AURELIO

Y ¿qué es? Dime.

SILVIA

Lola y Mercedes Santa Clara quieren ver mi retrato; les dije que estaba casi concluído y me enviaron recado esta mañana de que hoy vendrían al estudio con unos amigos. ¿No te molesta?

AURELIO

Porque estaremos solos menos tiempo.

SILVIA

No es culpa mía... Mejor dicho, sí... No sé nunca cómo hablarte de ciertas cosas, pero un pintor como tú debe vivir en sociedad. Lola y Mercedes te encargarán su retrato seguramente, y después otras amigas... Yo me hago cargo de la realidad; mi cariño no debe aislarte del mundo; al contrario, quiero que todo el mundo te admire... ¡Si mi cariño no ha de servirte de nada!...

AURELIO

Calla...

SILVIA

No hablemos más de esto, perdona. ¿Te ofende que me preocupe por tus intereses? Me preocupo por tu vida entera. No quiero ser un lujo para ti como para todos... ¡Nunca he significado nada en la vida de nadie! He sido siempre la muñeca de lujo... ¡Oh! Es un recuerdo de mi niñez. Era una muñeca que me habían regalado, una

preciosa muñeca, un objeto de arte; vestida á la última, se le daba cuerda, y al són de una caja de música movía la cabeza, pestañeaba, se abanicaba, olía un *bouquet*... Era un precioso juguete, pero un juguete triste... Siempre sobre una consola, ni á mí ni á mis hermanas nos permitían que nos acercáramos á él; le admirábamos desde lejos... Y yo he pensado después muchas veces que, si aquella muñeca hubiera tenido un alma de mujer, cómo se hubiera cambiado por nuestras otras muñecas, las vulgares, las de nuestros juegos, sucias, destrozadas en nuestras manos; pero las de nuestras comiditas, las de nuestros cuidados, las de nuestras caricias de madre.

AURELIO

¡Oh! Mi triste muñeca de lujo, el juguete precioso, pero triste, que nunca sintió besos ni lágrimas sobre su carita fría...

SILVIA

Nunca, nunca he significado nada en la vida de nadie. He vivido siempre entre gentes dichosas y fuertes. Nunca he secado lágrimas, nunca he consolado tristezas... ¡Qué inútil vida de mujer! Y tú también quieres que nada serio de tu vida me preocupe, que solo las tristezas de tu cariño lleguen hasta mí, cuando yo sé cuál ha sido tu vida, cuánto has sufrido, cuánto has luchado... No, ahora debemos luchar juntos.

AURELIO

¡Sí, gloria mía!

SILVIA

Eso, tu gloria y tu amor: tus dos amores juntos... Trabaja, Aurelio mío, trabaja.

AURELIO

Sí; hoy vuelve á contentarme tu retrato. Hoy eres tú, tu expresión, tu dulce tristeza...

SILVIA

Pero me debes el otro retrato, en penitencia; el de tus odios, como me viste anoche.

AURELIO

Toda de blanco. Cuando sentiste frío y te abrigaste con un cuello de pluma, parecías una linda gata de Angora, blanca, blanca... Y tu actitud y tu expresión, todo era felino en aquel instante... Hubiera sido una impresión muy agradable para un artista indiferente... Para mí fué penósa.

SILVIA

¡Bah! Una sensación de color... El espíritu, ese espíritu felino de gatita traicionera. ¿No es eso? Ya fué impresión del señor artista, que anoche estaba muy nervioso y muy impresionable. *(Se oyen voces dentro.)*

AURELIO

Has abierto... Tus amigas... Pronto han venido.

SILVIA

Pronto.

ESCENA IV

Dichos, La CONDESA, LOLA, ISIDORO y RAFAEL

AURELIO

¡Señores! Tanto honor...

CONDESA

Tanto gusto...

SILVIA

¡Queridas! Venís muy tarde. Ya no os esperaba.

LOLA

La culpa la tienen estos señores. Nos han tenido una hora á la puerta del Congreso.

RAFAEL

Ustedes antes nos habían tenido á la puerta de la modista.

CONDESA

Lola, mira el retrato... ¡Admirable!

SILVIA

Ahora es mala la lúz.

LOLA

¡Una maravilla! Ya me lo habían dicho.

ISIDORO

Yo no entiendo... Pero el parecido...

RAFAEL

Yo tampoco entiendo. Pero es usted, es usted. No cabe duda.

CONDESA

Eres tú, hija, eres tú.

LOLA

El traje resulta elegantísimo. Yo sí que no sé cómo retratarme; porque yo no me quedo sin que usted me retrate; hay que dar el timo á la posteridad. Yo me retrataría escotada, pero hasta que no pase una tempora-

da en el campo no estaré presentable. He pasado un invierno tan malo... ¡Tantos disgustos!

RAFAEL

Tiene usted un estudio precioso. Y muchas curiosidades. Mire usted, Isidoro.

CONDESA

Yo me retrato también si se compromete usted á favorecerme como á la de Palarea.

LOLA

Ya, ya... Así tiene el retrato en el salón, en un marco de talla y con dos reverberos eléctricos. ¿Sabe usted cómo le han puesto? ¡Nuestra Señora del Milagro!

CONDESA

Ya le costará á usted trabajo, porque pintar lo pintado...

ISIDORO

Amigo, dichoso usted. Las damas se le disputan.

RAFAEL

¡El pintor de moda!

LOLA

¿No pinta usted ahora ningún otro retrato?

AURELIO

Ahora, no; preparo un cuadro para la Exposición.

RAFAEL

¿Muy grande? ¿Para primera medalla?

SILVIA

¿Venís de casa de Amalia? Yo no he podido ir.

LOLA

Pues no cuentes con el vestido. Te dejará plantada.

CONDESA

Cada día tiene menos formalidad, ¡con los trajes de boda de Conchita Aguado!

LOLA

¡Hija, qué trajes! Siete: tres del novio, dos de la madre y dos de su tía. No dejes de verlos.

CONDESA

Hay un cuerpo de baile, ¡ideal! Sin mangas... No es posible comprender cómo se sostiene.

RAFAEL

Por la presión atmosférica.

LOLA

Ahora vamos á su casa á ver los regalos de boda. ¿Porqué no vienes?

CONDESA

¿Tienes que *poser* todavía?

LOLA

Si es casi de noche. Y el retrato está concluído. ¿Qué falta?

AURELIO

Detalles...

CONDESA

Sí, ya se ve. *(A Lola.)* ¡Qué cosas tienes! ¿No comprendes que este retrato es el de nunca acabar?

SILVIA

(A Aurelio.) ¿Dá permiso el pintor á la modelo? ¿Irá usted al Real esta noche?

CONDESA

De modo que vamos á casa de las de Aguado.

RAFAEL

¿Pero no hemos terminado la peregrinación?

LOLA

¿Pero no es usted el que ha inventado ir á ver los regalos de boda de Conchita?

RAFAEL

Sí; es verdad. Por no separarme de usted, ¿qué no inventaría yo?

LOLA

El matrimonio se inventó hace mucho tiempo, antes que la pólvora.

RAFAEL

¿Y cree usted que es el medio mejor para no separarse?

LOLA

A mí solo pudo separarme de mi marido la muerte.

RAFAEL

Suposiciones; se murió á los dos años de matrimonio. La Providencia al quite.

ISIDORO

(A Silvia.) Fernando hablaba en el Congreso cuando entramos.

RAFAEL

De asuntos serios. Su marido de usted es demasiado serio... *Una lata,* querida amiga.

CONDESA

Más vale que las den en el Congreso que no en casa. ¡Ay! Pues si no hubiera colegios para los chicos y Congreso para los maridos, ¿quién vivía en las casas?

LOLA

(A Aurelio.) Amigo mío, todo lo que pudiéramos decirle á usted de su obra...

RAFAEL

Cuente usted con una trompa más de su fama.

ISIDORO

Mi enhorabuena.

SILVIA

Aurelio, hasta luego. Me dijo usted que iría al Real.

AURELIO

Sí, hasta luego. *(Salen todos, menos Aurelio.)*

ESCENA V

AURELIO, JOSEFINA y PEPE

JOSEFINA

(*Asomándose.*) Ya no hay nadie.

PEPE

Hoy ha sido invasión. ¡Qué cháchara!

AURELIO

Amigas de la Marquesa. ¿Has pintado mucho?

PEPE

(*Presentando un cuadrito.*) Mira, 15 pesetas. Me las dará Esteban á toca teja.

AURELIO

¿No te da vergüenza? ¿No has de pintar algo serio? ¿Has de vivir así siempre?

PEPE

Y que no falte.

AURELIO

No, para esta Exposición has de pintar algo serio. Te obligaré; hemos de trabajar mucho. Sí, Pepe; ya verás cómo trabajamos. (*Canta.*)

JOSEFINA

¿Estás contento? El retrato...

AURELIO

Sí, está muy bien... Estoy muy contento. Josefina, ¿quieres ir al Real esta noche?

JOSEFINA

¿Esta noche?

AURELIO

Sí, tienes tiempo. ¿No quieres ir? Pues esta noche. Mira, vas á casa de doña Ramona, comes allí... Yo ahora me visto y te acompaño.

JOSEFINA

Y tú, ¿vas á comer solo?

AURELIO

No, con Pepe, de fonda; te convido.

PEPE

Corriente. Perdono un cocido á la patrona.

AURELIO

Anda, prepárame el frac, una camisa... ¡Ah! Toma dinero para los billetes y para ti.

PEPE

El arte da para todo.

JOSEFINA

¡Cuánto dinero!

AURELIO

A la vuelta tomáis chocolate. ¿Estás contenta?

JOSEFINA

Con verte contento.

AURELIO

Dame un beso... (*Vase Josefina.*) (*A Pepe.*) Dame un abrazo. Soy muy feliz, Pepe.

PEPE

¡Ay!...

AURELIO

¿Qué vas á decirme?

PEPE

Nada. Hay dos cosas sagradas: el sueño de un niño y los sueños de un enamorado. Hoy estás muy alegre... Llena el corazón de alegría... por si acaso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

(Gabinete elegante.)

ESCENA PRIMERA

SILVIA, LA CONDESA, LOLA, AURELIO, ISIDORO y RAFAEL

Al levantar el telón toman té y discuten acaloradamente, hablando todos á un tiempo.

SILVIA

(Imponiendo silencio.) Por favor, callen ustedes. Si no han de pensar nunca lo mismo. *(A Aurelio.)* Usted juzga como artista. *(A Isidoro.)* Usted como hombre práctico.

LOLA

En este caso Aurelio tiene razón.

CONDESA

Pero Isidoro dice muy bien.

AURELIO

La Marquesa dice mejor. Es inútil discutir. Nunca estaremos de acuerdo.

ISIDORO

Sí, es inútil... y peligroso.

AURELIO

Peligroso....

ISIDORO

Sí; peligroso he dicho.

AURELIO

Y yo pregunto: ¿Porqué es peligroso?

SILVIA

(Con autoridad.) ¡Señores! No se hable más.

ISIDORO

Ahí tiene usted el peligro: disgustar á nuestras amigas. *(Silencio.)*

CONDESA

(A Rafael.) Un emparedado.

LOLA

(Bajo á la Condesa.) ¿Has visto?

CONDESA

Sí. Esto no acaba bien.

LOLA

Isidoro no se resigna á quedar de reserva.

CONDESA

Y el otro, todavía está menos por la reserva. *(Silencio.)*

SILVIA

Y por fin, se casa Conchita Aguado, ¿ó es verdad lo que dicen?

LOLA

Ya no hay boda.

RAFAEL

Se han devuelto los regalos.

SILVIA

Y ¿cómo han dado esa campanada?

CONDESA

A última hora se averiguó que Aguado no tiene una peseta.

SILVIA

¿Es posible?

CONDESA

¡Quién se lo figuraba! ¡Con los destinos que ha tenido!

SILVIA

¿De modo que era un hombre honrado?

RAFAEL

¡Qué chasco para Luisito!

SILVIA

Pero la pobre Conchita queda muy desairada.

LOLA

Y ya le será muy difícil colocarse.

RAFAEL

Como no vuelvan á colocar al papá y aproveche la lección.

AURELIO

Lección moral. *(A Isidoro.)* ¿Tampoco en esto estaremos de acuerdo?

ISIDORO

Tampoco.

SILVIA

(Bajo á Aurelio.) No discutas.

LOLA

(Bajo á la Condesa.) Hija mía, en los dúos todavía puede una llevar el acompañamiento, pero en los tercetos...

CONDESA

Ya, ya. Todos desafinamos.

AURELIO

Es muy tarde. Me retiro, señores.

LOLA

Ya me he encargado el traje para retratarme. Le gustará á usted.

RAFAEL

Demasiado atrevido.

LOLA

¿Porqué le encuentra usted atrevido? ¿Qué entiende usted de eso?

AURELIO

Desde luego supongo que será de muy buen gusto... Señores... *(Vase.)*

ESCENA II

Dichos, menos AURELIO

ISIDORO

¡Estos artistas! Se creen seres privilegiados; de una raza aparte. ¡Tratan con un desprecio al resto de la humanidad!...

LOLA

¡También usted le ha dicho cosas!...

ISIDORO

Le he dicho sencillamente, que mejor podría vivirse sin arte y sin artistas que sin otras muchas cosas que él desprecia en nombre del arte.

LOLA

Lo cierto es que se ha ido disgustado. ¿No es verdad, Silvia?

SILVIA

No creo.

ISIDORO

Sí, es posible. ¿Cómo ha de tolerar que se le contradiga delante de ustedes que le admiran tanto?

CONDESA

No lo dirá usted por mí. Los artistas no son santos de mi devoción. En casa recibimos á dos ó tres académicos, pero artistas no verá usted nunca. Opino como usted. Quieren sobresalir siempre; y luego, como la mayor parte procede de gente ordinaria, por mucho que se afinen...

ISIDORO

Y no digamos cómo interpretan cualquier distinción por parte de una de ustedes. La dama aristocrática enamorada del artista; es la novela que todos llevan en la cabeza. Y desdichada la que figure como heroína en esa novela. Para ellos todo es reclamo. ¿Recuerdan ustedes la maja de Goya? La aspiración de todo artista; legar desnuda su amante á la posteridad.

LOLA

¡Si después de oirle á usted volvemos á dirigir la palabra á un artista! Pero, amigo mío, predica usted en *pure perte*. No supondrá usted que ninguna de nosotras aspire á la inmortalidad en traje tan ligero. No valdría la pena de gastarse un dineral en trapos.

SILVIA

Cualquiera que le oyese pensaría que mi casa era el último refugio de la *bohemia*, y que yo no sé á quién trato ni á quién recibo.

ISIDORO

Perdone usted.

SILVIA

Hoy está el día de perdonar.

LOLA

Hay días empecatados.

CONDESA

(*Levantándose.*) Te dejo...

SILVIA

¿Tan pronto?

CONDESA

Me habrán mandado los chicos á casa; hoy salen del colegio por extraordinario. Tenemos fiesta de familia. Aniversario de mi boda. ¡Quince años de matrimonio!

SILVIA

Ya es fecha.

RAFAEL

¡Quince años! Ya queda menos.

CONDESA

Yo hubiera tenido mucho gusto en que nos acompañaran á comer algunos amigos íntimos, como ustedes; pero con los chicos en la mesa no me atrevo; los pequeños son tan revoltosos... y los chicos para sus padres.

RAFAEL

(Bajo á Lola.) Entonces ha podido ampliar las invitaciones.

LOLA

No me hacen gracia las atrocidades.

CONDESA

Si queréis venir esta noche... Los mayorcitos han ensayado una comedia, y las niñas tocarán el piano. Estaremos puramente en familia.

SILVIA

Iremos, Lola. Me encantan esas fiestas íntimas. ¡Yo he vivido tan poco en familia!

CONDESA

Cuento con vosotras.

LOLA

Iremos juntas. Hasta luego.

CONDESA

Hasta luego.

ESCENA III

Dichos, menos la CONDESA

LOLA

Yo también voy á dejarte.

SILVIA

No te vayas. ¡Estoy tan nerviosa! Temo quedarme sola. ¿Qué prisa tienes? Hoy no hemos podido hablar. *(A Isidoro y á Rafael.)* Fernando está en casa, si quieren ustedes saludarle...

ISIDORO

¿En casa á estas horas?

SILVIA

Sí, trabaja en su despacho con los escribientes... No sé qué habrá inventado ahora para molestarse; es el *sport* de mi marido.

ISIDORO

Verdad que Fernando no tenía necesidad de darse malos ratos ni de ocuparse en nada serio. Usted, por lo visto, lo preferiría, ó que sus ocupaciones fueran más brillantes, más artísticas.

SILVIA

(Bajo á Isidoro.) ¡Impertinente!

RAFAEL

¡Oh! Su marido de usted es uno de nuestros primeros *ministrables*, como se dice ahora. Necesitamos hombres prácticos, gobernantes serios...

LOLA

¿Los quieren ustedes más serios? Si estamos en pleno gobierno de testamentaría.

RAFAEL

Es usted de oposición.

LOLA

Rabiosa. Figúrense ustedes que con este sistema de hacer economías de nuestro Gobierno, que consiste en que las hagamos todos para no tener que hacerlas ellos, he tenido que suprimir el coche. Mi cochero también será ministerial. ¡Me ha dado un pellizco á la renta y otro pellizco á la viudedad!...

ISIDORO

A la viudedad debe usted darle el pellizco definitivo.

RAFAEL

Eso digo yo; para lo que queda...

SILVIA

(*A Lola.*) La constancia de Rafael lo merece.

ISIDORO

Y ya es mucho *flirteo* el de ustedes...

LOLA

Todo el mundo sabe que es inocente.

RAFAEL

Por eso estoy más en ridículo.

LOLA

No echemos á perder una buena amistad.

ISIDORO

Pero, ¿van ustedes á pasarse así la vida?

LOLA

Diremos como un buen señor que llevaba diez años de relaciones con una señorita, ya madura, y cuando los amigos le preguntaban: «Pero ¿porqué no se casa usted, D. Fulano?» El contestaba: «Sí, yo me casaría; pero entonces, ¿dónde paso yo las noches. Y si yo me casara con Rafaelito, ¿quién me acompañaba á todas partes?»

RAFAEL

(A Silvia.) Protéjame usted, trabaje mi candidatura.

ISIDORO

¿Vienes á saludar á Fernando?

RAFAEL

Cuando quieras.

ESCENA IV

SILVIA y LOLA

SILVIA

Gracias á Dios que nos han dejado solas. Comprenderás qué rato he pasado.

LOLA

Isidoro está celoso.

SILVIA

Está impertinente. Figúrate que no sabe hablar á mi marido más que de mí y llamarle la atención sobre Aurelio.

LOLA

Creerá cumplir un deber de amistad. ¡Se quieren tanto! Piensan lo mismo, hablan lo mismo, hasta visten lo mismo. ¡Qué habilidad tienen los hombres para ponerse en ridículo!

SILVIA

Hay situaciones ridículas por sí mismas... Esa amistad íntima entre dos hombres que no debieron conocerse sin odiarse, esta comunicación frecuente, casi familiar, en nuestra casa, necesariamente ha de ocasionar un continuo ridículo... Y cuando se ve con claridad como yo lo veo... Se quisiera huir de cuanto nos rodea, respirar en otra atmósfera que no ahogue, y se huye por fin, y cuando se huye, ¿quién repara en dónde se refugia?

LOLA

Hay peligro en esa huída tan alocada... Por Isidoro, no; es un hombre de mundo y, aunque ahora siente la mortificación de los celos, en su vanidad, más que en su corazón, se hará muy pronto cargo del nuevo papel que le corresponde y lo aceptará resignado. Pero el otro... el otro no quiere así, bien se conoce. Sus celos no se contendrán por consideraciones de corrección social. Para un artista lo pasional, lo trágico, no desentonan, les parece en la vida como en su arte, hermoso, sublime, y las sublimidades en la vida... son temibles. Compren-

do que estés preocupada. Es para estarlo. Y aunque Isidoro no signifique ya nada para ti, para un celoso significa demasiado. Y como no es posible que rompas en absoluto tus relaciones con él. ¿Cómo explicar á tu marido? Y á todo el mundo, que ya ni siquiera murmura, porque la constancia impone respeto, en lo bueno como en lo malo.

SILVIA

Sí, lo pasado no se borra en un día. Hoy siento que me quieren como no me han querido nunca, con verdadero cariño. ¡La verdadera vida! Pero no es una vida que empieza, es la vida que sigue, con sus días eslabonados, de nuestras tristezas, de nuestras culpas, larga, inrompible cadena, que pesará siempre en nuestra vida entera. Ese cariño pedirá cuenta, con razón, de estos desengaños... Si al fin he de perderle por mentir, antes debí alejarle con la verdad.

LOLA

¿Alejarle? Sé franca. Eso temiste.

SILVIA

Más por él que por mí, te lo juro. No es que pretenda disculparme. Me casé por mi voluntad y no diré que no me comprendieron; acaso fuí yo la que no comprendí... Mi marido no me ha hecho desgraciada.

LOLA

Nunca se ocupó de ti...

SILVIA

Por eso quizá no me ha hecho desgraciada. Sé que significo muy poco en su vida; que cualquier extraño, cualquiera, que al pasar por la calle le mire un mo-

mento, le conoce tanto como yo; y no es desvío de su parte; me quiere todo lo que él puede querer; si me quejara sería quejarme de que no es más rico de lo que es... y no me quejo. Él tampoco exige de mí más cariño del que me ofrece; tal vez le molestaría.

LOLA

Tal vez. Los hombres aprecian nuestro corazón por el suyo; se contentan con ser queridos como ellos quieren, y cuando han cobrado su parte de cariño creen que ya no queda más en casa, y se van tan tranquilos, sin miedo á que les roben, y mucho menos á que una socorra á sus pobres con el sobrante.

SILVIA

Los hombres son así. Suelen advertir la falta, nunca el exceso de nuestro cariño, que es muchas veces causa de la falta. *(Entra un criado.)*

CRIADO

Con permiso. *(Entrega una carta.)*

SILVIA

¿Espera contestación?

CRIADO

No, señora Marquesa. *(Sale.)*

SILVIA

(Después de abrir la carta.) ¡Oh!

LOLA

¿Es?...

SILVIA

Sí. No ha tardado mucho. ¡Oh! ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¡Pobre de mí! Lo mismo de que yo me acusaba, lo que yo misma pienso de mí. ¡Qué cruel me parece pensado por él, escrito aquí por su mano! ¡Cómo me insulta! ¡Cómo me quiere! No, no hay en sus palabras ironía ni disfraz alguno del sentimiento. Es descortés, brutal; es la carta de un hombre cualquiera á una mujer cualquiera... Es el verdadero cariño, nunca más grande que cuando quiere parecer aborrecimiento.

LOLA

¿Y no te asusta el sentirle amenazador de esta vida tuya, que no será la vida, como dices, pero que es nuestra vida? Reflexiona un momento y dime si por ese cariño serías capaz de sacrificar tu posición, tu decoro... Mi consejo: aún estás á tiempo de retroceder.

SILVIA

Temo que no.

LOLA

¿Por ti?

SILVIA

Por mí, no. Sin reflexionar, al contrario, por instinto, instinto de raza tal vez, comprendo que no sería capaz de grandes sacrificios, y mucho menos de arrostrar el escándalo. Este inmenso cariño es solo para soñado en esta vida nuestra, como tú dices, en esta vida que nos pertenece muy poco, desmenuzada en migajas de afectos, de deberes, de respetos sociales; pequeños, muy pequeños todos, pero ligados unos á otros para llenar la vida, como algo grande. *(Pausa.)* ¡He soñado! Nada más... Una carta, es lo mejor. La verdad, y que me odie ó que me olvide.

LOLA

O que acepte la situación. ¡Quién sabe!

SILVIA

¡Si no me quisiera tanto! ¡Quién sabe cuándo es mayor el cariño: cuando nada perdona ó cuando lo perdona todo!

LOLA

Va en cariños. Pero en éste es mi opinión: cree mejor si no perdona.

SILVIA

¿Porqué?

LOLA

Porque su conveniencia está en perdonar. En tu casa se ha dado á conocer; por ti es el pintor de moda.

SILVIA

No quieras tranquilizar mi conciencia haciéndome pensar de ese modo.

LOLA

De ese modo ó de otro, tu conciencia quedará muy pronto tranquila, en cuanto tú lo estés; la conciencia se duerme como los niños, con cualquier canción sin sentido. Escribe esa carta por lo pronto.

SILVIA

(*Se mete á escribir.*) No sé... Dime, ¿cómo contesto?

LOLA

¿No ibas á decirle la verdad?

SILVIA

Sí; pero ¿de qué modo?

LOLA

¡Qué pregunta! De modo que no la crea, que es como se dicen esas verdades.

ESCENA V

Dichas y AURELIO

SILVIA

¡Aurelio!

AURELIO

¿Le sorprende á usted?

SILVIA

No...

AURELIO

Por no escribir á usted... quedó usted en ir mañana al estudio, y al salir me acordé de que mañana me es imposible... Pero al entrar yo escribía usted; que no interrumpa.

SILVIA

No, escribía á usted justamente. También yo me excusaba de no poder ir mañana al estudio... *(A Lola, que se levanta.)* No me dejes.

LOLA

(Bajo.) No se irá... Es mejor que le oigas cuanto antes... *(A Aurelio, despidiéndose).* Ya salía cuando usted llegó. *(A Silvia.)* ¿De modo que vendrás á buscarme para ir á casa de Mercedes? ¿Cómo piensas vestirte?

SILVIA

Así como estoy... Dice que es de toda confianza.

LOLA

Pero ya sabes las confianzas de Mercedes. Nada más que los íntimos, y luego te encuentras allí á todo Madrid. *(Bajo.)* No estés asustada; no irá á cometer ninguna imprudencia. *(Sale.)*

ESCENA VI

SILVIA y AURELIO

SILVIA

¡Aurelio! ¡Aurelio! ¿Ha pensado usted lo que hace?

AURELIO

Sí; es una incorrección, una falta de tacto, ¿no es eso? ¿No dicen ustedes así? Ya ves cómo aprendo tu lenguaje; ya verás cómo aprendo á mentir como tú.

SILVIA

¡Chist! Por favor. No se contenta usted con enviarme esta carta, que no merece otra contestación. *(La rompe.)* Lo que usted debió hacer antes de enviarla, si hubiera usted pensado á quién la dirigía, y vuelve usted de esta manera, á la media hora de haber salido de aquí, cuando mis amigos no se han ido todavía, cuando hasta los criados han de comentar que vuelva usted de este modo. ¿No ha pensado usted que estas locuras no pueden hacerse, que no hay nada que las justifique?

AURELIO

Es verdad... Nada, si no eres tú la primera en justificarlas. Salí de tu casa pensando en no volver á verte.

SILVIA

¿Porqué, Aurelio? ¿Porqué hoy habías de pensar así?

AURELIO

No; mentiras no. Si no es hoy, antes, siempre, sentía el engaño á mi alrededor... No podía, no quería; su certidumbre y mi corazón era tu mejor cómplice... Antes que tú, hallaba él explicaciones á todas mis dudas, quizá mejor que tú, porque á ti, ya lo veo, te importaba muy poco que yo las creyese, pero á mí me importaba mucho creerlas...

SILVIA

Inventas las culpas, justo es que inventes las explicaciones... ¡Imaginación de artista!

AURELIO

Deja ironías, deja esa frialdad burlona que en vuestra sociedad aterciopela todas las crueldades y atenúa por igual lo bueno y lo malo y por igual lo avalora en vuestras palabras, como por igual está avalorado en vuestra conciencia... Ahora estamos solos; yo, con mi cariño inmenso, que podrá no merecer tu cariño, pero merece la verdad, la mereció antes. Si no podías quererme, ¿porqué mentir cariño?

SILVIA

¿Mentir? ¿Qué interés el mío en mentir? Cuando dije que te quería era verdad.

AURELIO

¡Cuando lo dijiste! Sí, en aquel momento, mientras lo decías. Tu vida es así, toda verdad, pero una verdad cada hora, que es una mentira de toda la vida.

SILVIA

Que mi vida no es solo mía lo sabías al conocerme. Así me quisiste.

AURELIO

No, así no; porque hay otro cariño en tu vida, y nada me dijiste.

SILVIA

Dije la verdad. Hoy no existe para mí más cariño que el tuyo.

AURELIO

¡Hoy! Siempre un plazo, un poco de tiempo... Existía y existe. Cuando un hombre como ese, sin motivo alguno de antipatía personal conmigo, delante de ti, delante de vuestros amigos procura por todos los medios provocar un lance..., ¿qué debe creerse?

SILVIA

¿Que está celoso? Razón de más para comprender que no cuenta con mi cariño... Si contó alguna vez, qué pronto lo creiste.

AURELIO

Entonces... ¿porqué hoy... hoy, cuando procuraba mortificarme con impertinencias, tú, como distraída, escribiste con lápiz, en el margen de un periódico, unas palabras... que él leyó después como distraído también?...

SILVIA

¡Qué cosas! ¡Qué sueños! Si yo escribí ó dibujé en el papel, que ni me acuerdo; si después, por casualidad, lo cogieron, ¿á quién se le ocurre ver una combinación telegráfica?... Sin ganas, acabará usted por hacerme reir.

AURELIO

No te reirás.

SILVIA

Mire usted lo que hace, ya que no piensa lo que dice ¿De qué me pide usted cuenta? Lo que no le pertenece á usted de mi vida, tampoco me pertenece. Así era cuando usted, al quererme, así lo aceptaba, sin duda. Pero cuando me ve usted aquí, donde debo guardar tantos respetos, piensa usted que mi cariño no existe, porque se oculta... Es que se defiende de los extraños; es que defender una verdad cuesta muchas mentiras. Yo no le pido á usted cuenta de su vida de artista, y con mayor razón pudiera pedirla.

AURELIO

¡Mi vida de artista! Mi vida entera es una. Como el creyente fervoroso para Dios, así vivo yo para ti. Pudieras seguir todos mis pasos, pudieras leer todos mis pensamientos. Tú, siempre tú: mi vida, mi arte, mi Dios.

SILVIA

Sí, yo no puedo dudar. Así me quieres, así puedes quererme. Eres dueño de tu vida. Eres más dichoso que yo... Y, como todos los dichosos, quieres hacer un mérito de serlo... Porque nada tienes que perdonarte, no sabes perdonar.

AURELIO

Perdonaría la verdad confesada por ti, fuera lo que fuera; al fin era algo de tu alma que te acercaba á mí... Pero una sola mentira entre los dos es algo de tu vida que me falta, que me aleja de mí... La verdad, la verdad, y no dudes de que te perdono... Bien puede saber como eres quien te ha de querer siempre, seas como seas...

SILVIA

Sí, la verdad, pero silencio ahora. Fernando y sus amigos vienen. Te vieron salir antes; si te ven ahora...

AURELIO

Yo explicaré...

SILVIA

Sí, bien sabes disimular... Es mejor que no te vean. Espera aquí. *(Señalando á una puerta contigua.)* Se irán pronto. *(Aurelio entra en la habitación. Silvia va hacia el foro, y en el gabinete del fondo habla un momento con Isidoro, Rafael y Fernando; se despide de ellos y vuelve á entrar en escena.)* Ya salieron... Deja el escondite. ¡Escondite! ¿Comprendes ahora?... Lo peligroso es lo de menos, lo ridículo de todo esto... Si al venir á mi casa llegas siempre receloso, ni pides seguridad á la desconfianza y en todo ves traiciones y engaños, y tus celos imaginarios necesitan una explicación á cada paso; si esto ha de suceder otra vez, es mejor que no volvamos á vernos.

AURELIO

Sí, es mejor que no vuelva aquí nunca. Hice mal en volver ahora. ¿Para qué? ¿Para saber de ti la verdad? ¿La sabes tú misma? ¿Tienes conciencia de ti propia? Aceptaste mi cariño porque era el único lujo que faltaba en tu vida. Sí, bien sé lo que significo en ella. Un día, en el estudio, dejaste olvidado tu tarjetero; allí estaba anotada tu vida, la de aquel día, la de todos: el rezo, la modista, los pobres, el teatro, y estaba yo; de cuatro á cinco, decía. Necesitabas anotarlo... Y así era; una hora de aburrimiento que había en tu vida. ¿Cómo

distraerla? Con mi vida entera, que es mi cariño para ti... ¡De cuatro á cinco! Así pensabas en mí, y mientras en mi corazón, en mi pensamiento, con sangre, con lágrimas, fundido tu nombre... Tú... tú, por toda la vida.

SILVIA

Eres injusto, eres cruel.

AURELIO

Yo sabré la verdad que me niegas. Yo sabré arrancarla con otra vida odiosa.

SILVIA

¡Aurelio! ¿Qué locura es la tuya? ¿Tú crees que puedo comprometer así mi decoro? ¿Que yo he de consentirlo?

AURELIO

Tampoco lo impedirás.

SILVIA

Crea usted de mí lo que le parece más creible; que mi cariño es mentira, que solo es compasión. Ya tiene usted que agradecerme... Antes de amenazar piense usted que el cariño puede convertirse en odio, pero no el agradecimiento...

AURELIO

Gracias... Tienes razón; me recuerdas lo que no debí olvidar. Soy el artista protegido, pagado.

SILVIA

¡Oh!...

AURELIO

Te debo renombre, te debo ser considerado entre tus amigos... Perdona, perdona; es que tu cariño llena mi corazón de tal modo, que no deja lugar á otro sentimiento ni á la gratitud que te debo, eterna gratitud... Hay algo eterno entre nosotros.

SILVIA

¿Porqué hablas así? ¿Qué ofensa hallaste en mis palabras? Estás loco, Aurelio; no sé cómo hablarte.

AURELIO

Así, como ahora. Con palabras que sujeten á la razón.

SILVIA

¡Aurelio!

AURELIO

¡Basta! Hay palabras irreparables; no las que se dicen sin pensar, por duras que sean; las que revelan que se han pensado antes muchas veces y muy despacio, las que muestran, por lo razonables, que no son lo primero que se encuentra para herir ó para defenderse, sino un arma segura, guardada mucho tiempo para vengar rencores.

SILVIA

¿Qué piensas de mí?

AURELIO

Pienso... que nunca debiste implorar de mi gratitud, pudiendo exigir de mi cariño.

SILVIA

¡Aurelio!

AURELIO

Mira qué pronto he vuelto á la razón; mira cómo ya he olvidado á qué vine; mis celos, mis amenazas, todo, todo menos tus palabras razonables... No las olvidaré nunca... Gracias, gracias... ¡Adiós para siempre! *(Sale.)*

SILVIA

¡Aurelio! ¡Aurelio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA y PEPE

JOSEFINA

(Leyendo. Pepe entra muy agitado.)

PEPE

¿Y Aurelio? ¿No está? ¿No ha vuelto todavía?

JOSEFINA

No. Pero ¿qué te pasa? ¡Qué trajín de idas y venidas desde esta mañana!

PEPE

Ya se acabó. Ya puedo descansar. *(Sentándose.)* ¡Ay! Bien me lo he ganado. Pero ese Aurelio que andará por ahí buscándome.

JOSEFINA

Todo será alguna trapisonda tuya. Aurelio tampoco ha hecho más que entrar y salir en todo el día.

PEPE

Y menos mal que se ha arreglado todo. ¡Ay! No puedo más.

JOSEFINA

¡Con esa vida! ¡Si te vieras la cara! Pareces un vejestorio. ¡A tu edad! ¿Qué edad tienes? Treinta y tantos; representas cincuenta. ¡No te da vergüenza!

PEPE

Pero, ¿es que la has tomado conmigo?

JOSEFINA

Y tú no lo agradeces. ¿Verdad?

PEPE

Sí. Si lo agradezco, chiquilla. Pero ahora no me hables así. Me hace daño, ahora no lo merezco.

JOSEFINA

¿Qué tienes, Pepe? Estás conmovido... ¿Qué te ocurre?

PEPE

Nada, nada. Estoy más alegre que nunca, contento de mí mismo, lo que me sucede muy pocas veces, y llego aquí, y cuando debías abrazarme...

JOSEFINA

¿Yo? ¿Porqué?

PEPE

Es verdad. Tampoco sé lo que me digo. ¿Porqué has de abrazarme?

JOSEFINA

Pues sí te abrazo. ¡Cuando tú dices que debo abrazarte!... Va sobre tu conciencia.

PEPE

¡Ay! *(Queda pensativo. Pausa.)*

JOSEFINA

¿En qué piensas?

PEPE

Pienso... que la vida es muy sencilla y nosotros nos empeñamos en complicarla. Embrollamos el sentimiento más natural, más espontáneo, con artificiosas combinaciones. La divina melodía se pierde al armonizarla en este *wagnerismo* que nos aqueja á todos.

JOSEFINA

¡Qué sublimidades! ¿Quieres decirme sin complicaciones, sin tanta música, lo que significa todo eso?

PEPE

Que nos empeñamos en no ver claro en nosotros mismos; que no nos basta con hacer comedias para los demás y las hacemos para nosotros mismos. Sí, Josefina; hace mucho tiempo sentí en mi corazón un cariño... el más natural y sencillo del mundo, un cariño que no había para qué ocultar á nadie y menos á mí mismo. Pues no señor, me dí á pensar y á pensar que por las condiciones de mi vida, por mi carácter, no era posible que ninguna mujer fuera feliz á mi lado, que la prueba mayor de mi cariño era sacrificarle... y callar. Y decidí sacrificarme y me sentía héroe, orgulloso del sacrificio en aquella comedia de bondad. Hubiera llegado á enca-

riñarme con mi papel más que con mi cariño, si no hubiera comprendido á tiempo...

JOSEFINA

¿Qué?

PEPE

Que ni mi corazón ni el tuyo agradecen este sacrificio ridículo. ¿No es verdad? Contesta sin pensarlo... Ya he pensado yo por los dos.

JOSEFINA

Sin pensarlo. ¡De más buena gana te hubiera dado un bofetón muchas veces! Por tonto, por cobarde.

PEPE

Eso sí; muy cobarde.

JOSEFINA

Y tan valiente de pronto. ¿Cómo has sentido ese valor?

PEPE

De miedo. Influída por tu hermano, el ambiente de su arte era el de tu vida; lo suntuoso, lo aristocrático.

JOSEFINA

Lo dices porque estos días me pasaba las horas muertas con estos libros y estos periódicos que tienen grabados de muebles, de mil preciosidades. Como Aurelio quiere poner el estudio de nuevo, un estudio magnífico...

PEPE

Sí...

JOSEFINA

Y no hablaba de otra cosa.

PEPE

Sí.

JOSEFINA

Ya tiene encargados muebles y tapices. Ayer se llevaron el que había aquí para ponerle una franja de terciopelo antiguo. Quedará muy bien, y todo el estudio. ¿No te lo ha dicho Aurelio?

PEPE

¡Qué mal hace tu hermano!

JOSEFINA

¿En qué? ¿En gastar así el dinero? Es necesario; la gente, y más la gente que le hace encargos, se paga de eso... Ganará mucho más.

PEPE

Hace mal en no decirte la verdad. ¿Sabes lo que le pasa á tu hermano? ¿Sabes lo que indica ese tapiz que falta y otras muchas cosas? Que tu hermano no puede vivir así, que no trabaja hace tiempo, tú lo sabes, que ha hecho muchas locuras y que hoy debe lo que no puede pagar.

JOSEFINA

¡Dios mío! Cuando tú lo dices... Y él... ¡Qué crueldad! Conmigo siempre alegre. ¿Qué culpa tengo yo de no haber comprendido?

PEPE

No. ¡Pobrecilla!

JOSEFINA

Y me animaba á gastar siempre. Ayer mismo, por él, compré tela para un vestido que no me hacía falta. ¿Y qué le ocurre? ¡Dios mío! Por eso hoy él y tú...

PEPE

Sí. Hoy vencía una letra. He logrado renovarla.

JOSEFINA

Yo no pude pensar... Hace poco le pagaron un retrato.

PEPE

Ya te dije que Aurelio ha hecho muchas locuras.

JOSEFINA

¿Y dónde está? ¿Porqué no viene?

PEPE

No te apures. Te lo he dicho todo porque era una crueldad obligarle á fingir alegría y satisfacción. Pero que no te vea así, le afligirías más; que tu cariño le dé nueva fuerza para el trabajo. Quiérele más si es posible.

JOSEFINA

¡No le he de querer!

ESCENA II

Dichos y AURELIO

AURELIO

¿Qué es eso? ¿Porqué lloras? ¿Sabe?... ¿Porqué has dicho?...

PEPE

Porque debe saberlo; porque el cariño se debe por igual, las alegrías y las tristezas.

JOSEFINA

Porque tú debiste decírmelo.

AURELIO

Bien está. ¡Tu pena me faltaba!

JOSEFINA

Mi pena es la tuya; por mí, no.

AURELIO

(*A Pepe.*) Has hecho mal.

JOSEFINA

Ha hecho bien. Me quiere más que tú.

PEPE

(*Bajo á Josefina.*) No se lo digas, que va á creer que no necesitas su cariño... y por eso vive.

AURELIO

Que yo no te vea llorar, que yo no te vea sufrir, ó mi vida es inútil. Déjanos; ahora tengo que hablar con Pepe.

JOSEFINA

Me ha dicho que todo está arreglado. ¿No es verdad?

PEPE

Sí, es verdad.

AURELIO

Ya lo ves. Todo está arreglado. Para todo hay remedio... Ahora trabajaré, mi vida será otra, lo olvidaré todo.... Pero que te vea yo alegre como antes.

JOSEFINA

Sí, sí; ya no lloro. Todo está arreglado, ¿verdad? Tú no me engañas. Me quiere más que tú. *(Vase.)*

ESCENA III

AURELIO y PEPE

AURELIO

¿Has conseguido algo?

PEPE

Sí, renovar la letra.

AURELIO

¿Y los intereses?

PEPE

Están pagados con lo que contábamos, y el resto he conseguido que Esteban me lo anticipe generosamente al 10 por 100 mensual. En fin, no tengamos el mal gusto de renegar de los usureros. Los infelices no buscan á nadie.

AURELIO

Gracias, Pepe.

PEPE

¡Si vieras cómo estaba el buen *Sylock*, afilando el cuchillo para cortar carne de cristiano! Quería su dinero á todo trance. Le han dicho, con la mejor intención, que andas delicado de salud, que no podrás pintar en mucho tiempo; el hombre desconfía. Con que ya lo sabes, á trabajar y á librarse cuanto antes de ese vampiro. Y el hombre amarra de veras.

AURELIO

Yo no podía ofrecerle garantías. Mi trabajo, yo... Me obligó á firmar un documento.

PEPE

Que convierte el préstamo en depósito. De modo que te descuidas, y prisión por deudas... ¡Y los legisladores se quedan tan tranquilos cuando humanizan los códigos!

AURELIO

¡Qué horrible vida! ¡Si supieras lo que me pesa! Como carga insoportable la recojo al despertar cada día... y vivo; ya lo ves. La vida sabe como encadenarnos al dolor. Se van los que eran necesarios á nuestra vida, nos deja á los que necesita de nosotros... y debemos vivir.

PEPE

¡Vivir! Pero tú no vives. No eres artista de la raza fuerte. En un alma de artista, al golpear el dolor no debe ser martillo que golpea, sino cincel que esculpe.

AURELIO

No, yo no puedo pintar mi dolor, ni siquiera expresarlo con frases; no soy de esa raza fuerte, como tú dices. Mi arte no era fuerza; mi arte es amor y mis obras eran mi alma, que no pedía admiración, sino cariño. Un profeta lo dijo: la gloria es amor disfrazado, y si no es amor, si es lucha con el odio y con la envidia... no la quiero.

PEPE

Alma de enamorado más que de artista, eso eres. Tu arte era todo dulzura, caricias; un arte femenino, algo así como la coquetería. Era inevitable, la gloria necesi-

taba llegar á ti en forma de mujer. Y creiste hallarla, y no era la gloria ni el amor, era una mujer vulgar.

AURELIO

No.

PEPE

Vulgar, sí. ¿Quieres saber porqué te engañaste? Es muy sencillo. Recuerdo que yo conocí aquí mismo, en Madrid, á una muchacha francesa, corista de una compañía de opereta.

AURELIO

Deja esas historias. ¡Qué relación!

PEPE

Escucha. Todo se relaciona. La conocí, y como á ti, la dama aristocrática me pareció una mujer distinguidísima, inteligente, elegante. Y ¿sabes porqué? Porque era francesa, y yo nunca he estado en Francia. Toda su distinción consistía para mí en que su vulgaridad no era la vulgaridad que yo podía apreciar. Pero en cuanto la traté un poco y la fuí descubriendo... Créelo, una *golfa* como las nuestras, solo de París. Era toda la diferencia. Dime ahora si tu historia no es la misma. Una mujer elegante, inteligente, que ha viajado mucho, que ha leído á *Bourget*. ¿Cómo no ha de parecer algo superior, ideal, al que nunca ha tratado mujeres de esa clase? Y al fin... como la otra; toda su distinción, ser de una tierra ó de una clase que no conocíamos, es lo mismo.

AURELIO

Tienes razón. Fué un engaño, un sueño; pero el desengaño, la tristeza del despertar no lo son.

PEPE

Si te complaces en cultivar la tristeza... Trabaja y verás cómo olvidas. Concluye el cuadro para la Exposición, cumple con los encargos que tienes. No dejes llegar el otro plazo; sería imperdonable que por una cantidad que puedes reunir en un mes de trabajo, te veas otra vez angustiado y en manos de esa gente.

AURELIO

Sí, sí. Trabajaré desde mañana. Hoy estoy rendido. ¡No puedo más!

PEPE

¿Porqué no te acuestas? Tienes fiebre.

AURELIO

No; descansaré aquí un rato. Tengo que salir todavía.

PEPE

Descansa; yo pintaré allá dentro. Si pudieras dormir, es lo que necesitas.

AURELIO

Sí, dormir...

PEPE

Sin soñar. *(Vase.)*

ESCENA III

AURELIO y SILVIA

AURELIO

(Al verla, levantándose rápidamente.) ¡Tú!... ¡Usted!...

SILVIA

¿No ha recibido usted una carta mía?

AURELIO

¿Una carta? No... Tal vez... Sí, estará aquí. Se me pasan los días sin ver las que recibo. ¡He esperado una tanto tiempo! ¿Esta? No, no será la que yo esperaba.

SILVIA

No la lea usted. Yo le diré...

AURELIO

No era ésta. ¡Bien lo sabía yo!

SILVIA

Esa carta que usted esperaba solo podía yo escribirla en respuesta de otra...

AURELIO

¿Y qué podía yo decir? ¿Que perdonaras? Mentira. ¿Que yo perdonaba? Mentira también. ¿Que no puedo vivir sin ti? No lo creerías; ya ves que vivo... ¿Cómo vivo? Tampoco lo creerías; juzgarías por ti, y yo sé cómo vives.

SILVIA

Feliz, como siempre; felicísima. No tengo que envidiar á nadie... Tú sí que juzgas bien.

AURELIO

No, feliz no; solo faltaba que fueras feliz. Podemos matar la felicidad ajena; robarla, no. No serás más feliz porque yo no pueda serlo nunca.

SILVIA

Por favor; aquí, donde no hay un recuerdo triste

para nuestro cariño, ¿porqué hemos de recordar nosotros?... Basta de palabras crueles.

AURELIO

Menos crueles que la indiferencia, que el silencio. Aunque á mí, nunca. ¡Oh! Lo que yo daría porque alguna vez en tu vida quisieras como yo te quise, y así pudieras comprender mi cariño.

SILVIA

Cariño sin piedad, que me persigue como un odio, que me obliga á rogarte...

AURELIO

¿Rogarme?

SILVIA

Sí. Por la Condesa supe que el mismo día que recibiste el importe de mi retrato... Como era natural, yo no intervengo en las cuentas de nuestra casa, y no podía decir á nadie...

AURELIO

Bien. ¿Qué más?

SILVIA

Sé que enviaste esa cantidad para el asilo que preside la Condesa... Los comentarios de las amigas de la Junta, lo que de esto se ha hablado, debiste presumirlo y evitarlo.

AURELIO

Los artistas no podemos permitirnos el lujo de tener dignidad.

SILVIA

Y para que no se dude de ella me entregas sin reparo á la curiosidad y á la murmuración de la gente.

AURELIO

Venganza de artista... Así lo has creído...

SILVIA

No, yo nunca te he creído capaz de una infamia. Quisiste satisfacer tu dignidad ante la gente... Los artistas no saben prescindir del público... Después, sí; me han dicho... tampoco pude creerlo, que presentabas e n la Exposición un cuadro, un retrato, un recuerdo...

AURELIO

¡Ah, sí! Un recuerdo: tu retrato; el que te prometí. ¿Te acuerdas? Aquella impresión mía; tú, con el traje blanco, la gata de Angora, blanca, blanca, mimosa y traicionera que destroza por juego, como si acariciara con sus manecitas... Sí; aquí está; eres tú... Pero te engañaste. No era mi venganza, era mi cariño, que te veía presente aquí al recordarte; mi cariño, que no pudo traerte antes como ahora te trae el miedo. Y yo aún esperaba... aún creí al verte...

SILVIA

Debes creer que vine á defender mi cariño de tu locura; que pensé hallarte razonable y te hallo dispuesto á cometer nuevas imprudencias que comprometan tu porvenir tanto como mi tranquilidad... Ese retrato...

AURELIO

No tengas miedo. ¡Cómo te asusta mi cariño! Verdad es, como te parece locura... No tengas miedo. Mira este retrato... (*Borrando con un pincel.*) Ya no eres tú.

SILVIA

¡Oh! Eso no.

AURELIO

Ya no eres tú, ni para el cariño, ni para la venganza, ni para el recuerdo. Será otra mujer; pintura sin alma; un cuadro cualquiera, cualquiera, como todo mi arte y toda mi vida ya sin ti para siempre.

SILVIA

Tú lo has querido, Aurelio, tú lo has querido. ¡Siempre! ¡Nunca! Tu cariño no sabe otras palabras. Las que no perdonan, las que no olvidan. ¿Así me quieres?

AURELIO

Así te quiero. No vuelvas nunca si no has de volver para siempre.

SILVIA

Nunca... Para siempre... ¡Adiós, Aurelio!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Café-restaurant en la Exposición de Bellas Artes.

ESCENA PRIMERA

PEPE, MONCADA, RÍOS, un MOZO

(Los tres primeros, sentados á una mesa, beben cerveza.)

RÍOS

(A Pepe.) No exageres. En conjunto, no es tan mala la Exposición.

MONCADA

¿Habéis visto el cuadro de Juanito Montero?

RÍOS

Calla, chico. Agotado. La nota de siempre.

MONCADA

Pero el asunto no me negarás...

PEPE

¿El asunto? El asunto es el arte. Sentir hondo y expresar el sentimiento con sinceridad. ¿Porqué habla nadie de Juanito Montero? ¿Qué es? ¿Qué significa?

MONCADA

No exageres. Tiene su estilo, personalidad.

PEPE

¿Estilo? Ni él, ni nadie. La pintura es hoy una industria como la fotografía, como la cromolitografia. Los pintores no son artistas, son máquinas sin corazón y sin cerebro. Menos hábiles en la repetición de un procedimiento, copistas de copias... ¡Ah! Ya lo dijo el gran Leonardo. En arte hay que ser hijo de la Naturaleza, no nieto suyo.

RÍOS

Ya me contentaría con ser hijo del gran Leonardo, como tú dices.

MONCADA

Yo con ser hijo de Rothschild, para no pintar cuadros ni tener que venderlos.

PEPE

¡Sois unos imbéciles!

RÍOS

Y tú un animal... Perdona, un hijo de la Naturaleza; de modo que tienes mucho adelantado para ser un gran artista.

MONCADA

Tan grande, que no quiere medirse con nosotros.

PEPE

¡Pintar yo para Exposiciones! ¡Solicitar sufragios del vulgo y premios de un Jurado!... ¡Aceptar la clasificación de mi obra, una obra de mi alma! ¿Qué dirías tú si por votación de un Jurado cualquiera se acordase que tenías un alma de tercera clase ó un accésit de alma?

MONCADA

Procuraría vender el alma, como procuraré vender este cuadro, si me conceden siquiera una medalla, un alma, como tú dices, de tercera clase.

PEPE

Tendrás medalla y venderás el cuadro. ¡Asunto patriótico! ¡Escuela española castiza! Ahora hemos iniciado un Renacimiento nacional. ¡Mal síntoma! Cuando la gente sale poco de casa es que anda mal de ropa ó que teme tropezar con ingleses molestos. Las naciones, como las señoras cursis, cuando han venido á menos hacen vida casera y recogida.

RÍOS

¿De modo que la pintura española, nuestra pintura?...

PEPE

En arte no hay plural. Lo nuestro no es tuyo ni mío. Cuando pueda pintarse una obra maestra por sufragio universal, hablaremos del socialismo en arte. El arte es anarquista.

MONCADA

Y tú, loco de remate.

RÍOS

¿Y tu gran amigo Aurelio? ¿No le has visto por aquí todavía?

PEPE

Quedó en venir esta tarde. Anda malucho.

MONCADA

¿Quieres que te hable con franqueza? No me gusta

su cuadro. ¿Qué quiere ser aquéllo? ¿Impresionismo? ¿Simbolismo?

RÍOS

Bien pintado está. Un alarde de factura.

MONCADA

Una sinfonía en blanco. ¿Y el titulito? *La Gata de Angora.* ¿Qué nos dice con eso?

RÍOS

Ha querido decir demasiado. ¿No es verdad, Pepe? Tú lo sabes.

PEPE

¡Bah! Lo más interesante de esa historia es el cuadro.

RÍOS

Cuadro de historia.

MONCADA

(Viendo llegar á Aurelio.) ¿No preguntábamos por él?

RÍOS

¡Aurelio!

ESCENA II

Dichos y AURELIO

AURELIO

¡Hola!

MONCADA

¿Qué es de tu vida? ¿Dónde te metes?

RÍOS

¿Es el primer día que vienes á la Exposición?

AURELIO

Sí, el primero.

RÍOS

Chico, no te digo nada. ¡Obra maestra, obra definitiva!

MONCADA

Medalla indiscutible.

RÍOS

De eso hablábamos cuando llegaste. No digo que sea primera, porque el asunto... Ya sabes la rutina...

MONCADA

Pero una segunda ó una tercera no te la quita nadie.

PEPE

¡Mozo! Otra botella.

AURELIO

Para mí no.

PEPE

¿No has traído á tu hermanilla?

AURELIO

Sí, la dejé con doña Ramona y sus hijas. Yo me he cansado.

MONCADA

¿Hay mucha gente?

AURELIO

Sí...

PEPE

Es día de moda.

RÍOS

Vienen los que pueden comprar cuadros.

MONCADA

Poco se ha vendido.

RÍOS

Lo primero, el cuadro de Luís Molina.

PEPE

Ha tenido una idea genial. Pintar un San Expedito; y como es el santo de moda... tendrá que sacar copias.

RÍOS

¿No damos una vuelta por la Exposición? A mí me divierte recoger impresiones del público.

PEPE

Pues anda, párate un ratito delante de tu cuadro; ya me dirás si te diviertes.

AURELIO

Yo me quedo. Aquí os aguardo. *(A Pepe.)* ¿Vas tú también?

PEPE

No, te acompaño...

RÍOS

Hasta ahora, entonces.

PEPE

Hasta ahora. *(Salen Ríos y Moncada.)*

ESCENA III

AURELIO y PEPE

PEPE

¿Qué dices?

AURELIO

Nada..

PEPE

¿Has visto tu cuadro? No te quejarás, está bien colocado.

AURELIO

No lo he visto. No he visto nada.

PEPE

Pues vamos.

AURELIO

No. Al llegar ví á la puerta el coche de...

PEPE

¿Está aquí?

AURELIO

Seguramente. Por evitar el encuentro me entré aquí. Dentro de un rato buscarás á mi hermana y nos iremos.

PEPE

Yo no la he visto, y he dado una vuelta por todas las salas. Pero, en fin, que esté. ¿Te importa?

AURELIO

Verla, no; pero vendrá con amigos que me conocen; tendría que saludarla, hablarla... y eso sí; su voz me

hace daño; como alegre música que volvemos á oir en día triste.

PEPE

¿Has hablado con Espinosa, con los amigos?

AURELIO

No.

PEPE

¿No? Bien está. Descuídate, que te dejen sin premio, que no te compren el cuadro, y llegará la fecha y esta vez será más difícil salir del compromiso.

AURELIO

Ya pienso en todo. Mi tristeza no consigue siquiera la quietud de un pensamiento fijo. No me atormentes tú también. Ya trabajo, ya lucho crucificado á la vida; figúrate si tendré afán por librarme pronto.

PEPE

¿De la vida, quieres decir?

AURELIO

De cuanto á ella me sujeta. ¡De la vida! No sé, pero á lo menos que me consuele la idea de que puedo morir tranquilo.

PEPE

Sí; es mejor que lo dejes para entonces. Cuando puedas morir tranquilo, será señal de que vives tranquilo también, y no te correrá tanta prisa morirte. Sobre todo, ¿qué esperas? ¿A no dejar sola en el mundo á tu hermana?

AURELIO

Sé que no está sola; sé cómo la quieres.

PEPE

Vas á retrasar nuestra boda si suponemos que es eso lo que esperas; y después, ¿crees que ya no te necesitamos? Yo, más que nunca; con impedir que tú hagas locuras no me quedará tiempo para hacerlas yo...

ESCENA IV

Dichos, SILVIA, LOLA y RAFAEL

SILVIA

Aquí descansamos. Ya vendrán á buscarnos.

AURELIO

¡Su voz! Lo que yo temía.

PEPE

Entran. No salgas si no quieres tropezarte con ellos. *(Aurelio se sienta de espaldas á la puerta.)*

SILVIA

Aquí se respira.

LOLA

Sí; está muy bien esta terracita. Marea tanto cuadro.

RAFAEL

¿Qué quieren ustedes?

SILVIA

Helados, ¿verdad?

LOLA

¡Ah! Sí, un helado.

RAFAEL

Elijan ustedes.

LOLA

Yo, combinación. Arlequín. ¿No es eso? Yema y fresa.

SILVIA

Fresa.

LOLA

¿Y usted?

RAFAEL

Yo, como usted, la misma combinación. *(Al mozo.)* Ya sabes. ¿Dijeron ustedes á esos señores que veníamos aquí?

SILVIA

¡Ah! Le dimos á usted el encargo y ahora pregunta usted...

LOLA

¡Si tiene usted el don de no enterarse de nada! Pues ahora tiene usted que avisarlos.

SILVIA

Están en la secretaría.

RAFAEL

Sí, sí.

LOLA

Vuelva usted pronto, que se le va á derretir la combinación. *(Silvia y Lola ríen. Sale Rafael.)*

AURELIO

(A Pepe.) ¡Cómo se ríe!

PEPE

No vas á creer que se ríe de ti.

AURELIO

De mí se ríe, solo con reir...

PEPE

Ni siquiera nos ha visto. Ella está de espaldas á nosotros.

AURELIO

No quiero llamar la atención si salgo; busca á Josefina. No quiero estar aquí.

PEPE

Voy. ¿Me esperas?

AURELIO

No tardes. *(Vase Pepe.)*

ESCENA V

Dichos, menos PEPE

LOLA

Y ¿cómo lo has sabido?

SILVIA

Me lo dijo Isidoro, que lo sabe por amigos suyos. Ha estado enfermo, su hermana también; no trabaja, ya no tiene encargos...

LOLA

Es natural; sin protección, sin buenos amigos. ¿Qué se figuraba?

SILVIA

En fin, querida, me dió mucha lástima. Creo que debe lo imposible, que hasta ha habido días de no tener qué comer en aquella casa...

LOLA

Cuando oye una esas cosas... ¡Qué desdicha! También esas gentes hay que ver cómo viven; sin orden, gastan sin tino cuanto ganan. Pero de todos modos, da compasión; comprendo lo que has hecho.

SILVIA

Era la única manera delicada de obligarle á aceptar.

LOLA

¿Y Fernando, que no es muy aficionado á la pintura?

SILVIA

En cuanto le dije de lo que se trataba, de proteger á un artista, que después de todo llegó á Madrid y se presentó en casa recomendado por electores de mi marido, le faltó tiempo para ir á secretaría á preguntar el precio del cuadro.

LOLA

Así, adquiriéndolo vosotros, ya no dirá la gente... Es lo mejor.

SILVIA

Se ha hablado tanto del dichoso cuadro... y aunque ya no sea mi retrato, siempre hay algo en el aire.

LOLA

Has hecho bien doblemente. Yo aún no le he visto. ¿Es bonito?

SILVIA

No está mal. Y el marco va muy bien con los muebles de mi tocador.

ESCENA VI

Dichos, RAFAEL y después ISIDORO

RAFAEL

En seguida vienen.

SILVIA

Gracias, Rafael.

RAFAEL

¡Ay, mi sorbete!

LOLA

¿Se ha derretido?

RAFAEL

Y eso que no he tardado. ¡Si no se puede hacer esperar ni á un sorbete!

LOLA

¿Se compara usted?...

SILVIA

¡Y á mí que me gustan estos helados de los cafés!

LOLA

¿Tú no has ido nunca á Pombo?

SILVIA

¡Ya lo creo! ¡Y tengo un capricho por ir una noche á un café de esos con piano!...

LOLA

Cuando quieras hacemos la calaverada. Una noche nos vestimos de fachas... Rafael nos acompañará.

SILVIA

No es posible en Madrid; en todas partes hay gente que nos conoce, aunque solo sea de vista. Así tiene una que aburrirse.

LOLA

¡Aquellas escapatorias de París á los cabarets y á los teatrillos! Una noche nos acompañaba Isidoro, me acuerdo, nos tomaron por dos *cocottes*... En mi vida me he divertido más.

ESCENA VII

Dichos é ISIDORO

ISIDORO

Fernando la espera á usted; se quedó hablando con Reinoso.

SILVIA

¿Arreglaron ustedes el asunto?

ISIDORO

Al momento. Fernando quería regatear.

SILVIA

¡Qué ridiculez!

ISIDORO

Pero yo le hice comprender que tratándose del cuadro de un amigo de ustedes que se halla en una situación difícil...

SILVIA

Así le quiero á usted. Tiene usted muy buen corazón.

ISIDORO

Interpreto los buenos sentimientos del de usted.

LOLA

¿Salimos?

RAFAEL

Cuando ustedes quieran... Me parece que nos vamos sin pagar.

LOLA

Ya se le olvidaba á usted.

RAFAEL

¡Mozo! ¡Mozo!

SILVIA

(Viendo á Aurelio.) ¡Oh! ¡Si está allí!

ISIDORO

¿Quién?

SILVIA

¿No le ve usted?

LOLA

¿No es Aurelio?

SILVIA

No nos habrá visto. Hubiera saludado.

ISIDORO

¿Quiere usted que le llame la atención? Si usted quiere...

SILVIA

Pero no le diga usted...

ISIDORO

No... Amigo mío...

AURELIO

(Levantándose.) ¡Oh, señores!...

SILVIA

¡Estábamos aquí, tan cerca, y sin vernos!... ¡Y tanto tiempo sin vernos!

AURELIO

Sí, mucho tiempo.

SILVIA

Desde el día que nos encontramos en el Museo de Pinturas.

LOLA

Ibamos las dos con tu marido y aquellos señores ingleses que nos recomendaron.

RAFAEL

Y yo, y yo...

LOLA

Podía usted faltar. Pues desde aquel día.

AURELIO

Trabajo mucho, salgo poco.

SILVIA

Todos los amigos me preguntan por usted. No irá usted ya nunca, nunca, algún jueves...

AURELIO

¿Porqué no? No quisiera que extrañasen mi ausencia.

SILVIA

No se extraña, se lamenta.

ISIDORO

El cuadro que expone usted es una maravilla.

LOLA

¡Y yo que aún no lo he visto!

SILVIA

Ahora lo verás.

LOLA

¿Qué representa?

RAFAEL

Es muy original... Una mujer vestida de blanco, sentada en un silloncito de estos *modern style*, también blanco.

SILVIA

Tiene al cuello una cadena de perlas con muchos dijes y sobre la falda una preciosa gata de Angora que juega con los dijes colgantes de la cadena. Está maravillosamente pintado. ¡Ah! Se me olvidaba. Entre los dijes hay un corazón, un corazón de oro... Y esa debe ser la idea del cuadro. ¿No es así? Nadie mejor que usted puede explicarla...

AURELIO

Sí, esa es. Sí, alguna idea tiene. Pero yo solo me propuse vencer dificultades; un capricho de artista nada más.

RAFAEL

(Bajo á Lola.) Si empieza el discreteo...

LOLA

(Bajo á Rafael.) Indiscreteo, querrá usted decir.

SILVIA

No nos olvide usted.

LOLA

Enhorabuena por el éxito de su cuadro.

AURELIO

Gracias.

ISIDORO

Tanto gusto... *(Salen.)*

ESCENA VIII

AURELIO y PEPE

AURELIO

(Queda solo un momento.) (Viendo entrar á Pepe.) Vámonos, vámonos...

PEPE

¿Qué te pasa? ¿Has hablado con ella?

AURELIO

Sí. Se complace en atormentarme de ese modo, en

mostrarme sumiso ante los suyos. Ella sabe fingir sin esfuerzo; pero yo... Hablar así, cuando dentro se agolpa todo lo que he callado; lo que más pesa sobre el corazón; lo que se debió decir y se ha callado; palabras de odio, palabras de perdón, de cariño inmenso. Y cuando todo se quisiera decir con el alma, fingir, fingir, con sonrisa afable. Vaya usted por casa, no nos olvide usted... No, no me olvido; iré, iré. Y ya lo creo, iré, como he hablado aquí; como hablé otra vez y tan imposible me parecía...

PEPE

¡Bah, bah! ¿De modo que no sabes?...

AURELIO

¿Qué?

PEPE

¿No te lo figuras? Acabaron las dificultades; recogida la letra, unos meses de respiro para trabajar sin angustia; la tranquilidad que vuelve.

AURELIO

¿Y todo eso?

PEPE

Todo eso se explica con una palabra: dinero. Ya verás qué peso se te quita del corazón. Porque somos así; á lo mejor decimos: «¡Qué pena tengo! ¡No sé qué tengo!» Y es ganas de emplear el verbo tener, porque lo que tenemos, efectivamente, es... que no tenemos dinero, que es una enfermedad como las nerviosas, que se parece á todas las enfermedades.

AURELIO

¿Y crees?...

PEPE

Creo... que has vendido el cuadro; que tengo la orden para cobrarlo mañana mismo.

AURELIO

¿Y quién?...

PEPE

Un inteligente, una persona distinguida.

AURELIO

¿Quién?

PEPE

Aquí tengo su tarjeta. Pero, ¿qué te importa?

AURELIO

Trae... ¡Oh! No, no. ¿Qué ha creído esa mujer? ¿Qué has creído tú?

PEPE

¿Dónde vas? ¡Estás loco!

AURELIO

¿No ves que me insulta, que me trata como á un rufián miserable? Déjame, si eres amigo mío; si te importa que no me muera de rabia y de vergüenza.

PEPE

Está bien. Salva tu honor con un escándalo. Dile á este caballero que el haber sido amante de su mujer impide á tu dignidad... O inventa un pretexto más verosímil; da ocasión á que todos digan que ya habéis dado bastante que hablar, que ya es mucho reclamo para el artista; en fin... tú verás si tu dignidad vale más que tu conciencia.

AURELIO

Sí, con razones, con lo que llamáis razones; lo conveniente, lo práctico, ya lo sé... Venga ese dinero, acaben los apuros... Ella, satisfecha de su buena acción y de haberme pagado... Todos contentos, todos tranquilos... Y un murmullo suave á nuestro alrededor; la gente que murmura, ríe y comenta, pero sin odio, sin escándalo, como lo más natural del mundo. ¡Si mi conciencia no hablara más alto!

PEPE

No es tu conciencia. La conciencia, al contrario, habla muy bajito; y la conciencia, no tu orgullo, que grita, debe decirte que esa humillación tan dolorosa bien puede ser penitencia, y que solo tu orgullo la rechaza como si le pareciera nueva culpa.

AURELIO

No puede ser, te digo. No puede ser.

ESCENA ULTIMA

Dichos, JOSEFINA, MONCADA y RÍOS

RÍOS

Allí está.

JOSEFINA

¡Aurelio!

AURELIO

¡Oh!

JOSEFINA

Ya lo sé; me lo dijeron tus amigos.

MONCADA

Un abrazo.

RÍOS

Enhorabuena.

JOSEFINA

¿No estás contento? He venido corriendo como una loca para darte un abrazo.

RÍOS

Esto merece un convite. ¡Mozo!

MONCADA

Champagne, lo menos.

RÍOS

No se diga que los artistas somos derrochadores. Cerveza clara; con la intención basta.

PEPE

Y con la espuma.

JOSEFINA

Pero ¿no estás contento?

PEPE

Explica también á esta criatura las razones de tu dignidad.

AURELIO

No... Ven, que te sienta muy cerca de mí. Hoy más que nunca necesito saber que vivo para alguien, que hay otra vida que necesita de mí.

MONCADA

¿Está llorando?

LÍOS

¿Qué le sucede?

PEPE

Quiere mucho á su hermana. Ha luchado tanto, y hoy, es natural, ha triunfado, todo le sonríe... Llora de alegría. Vamos, Aurelio, vamos.

FIN DE LA COMEDIA

VIAJE DE INSTRUCCION

ZARZUELA EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

Música del maestro D. Amadeo Vives.

Estrenada en el Teatro Eslava la noche del 6 de Abril de 1900.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL PRÍNCIPE FRED. . .	SRTA. SEGURA (C.)
PEPITA.	SRA. SALVADOR.
OFELIA	SRTA. SEGURA (F.)
DOÑA PACA.	» ALBA.
LA DUQUESA DEL VOLGA.	SRA. BANOVIO.
EL DUQUE USBALDO. .	SR. GARCÍA VALERO.
EL BARÓN ESTEBAN . .	» GIL.
PÉREZ.	» GONZÁLEZ.
SAMUEL TARVEY	» RIPOLL.
EL DUQUE DEL VOLGA	MARINER.
MR. ADOLFO.	» RIQUELME.
UN CRIADO.	» ANGULO.

Floristas, cocottes, camareras, camareros, baile, tziganes, marineros, etc.

La acción en un puerto de la costa azul de Francia.

VIAJE DE INSTRUCCIÓN

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Sala de conversación en un hotel lujoso. Al foro puerta y ventanas, que dan á un jardín. Puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oye una banda de música que toca el himno de Alfania. Mr. ADOLFO, después PÉREZ

ADOLFO

(Saliendo precipitadamente y asomándose á la puerta del foro.) ¡Oh, imprudentes! *(Llamando.)* ¡Pérez! ¡Pérez!

PÉREZ

(Saliendo.) ¡Señor!

ADOLFO

Decid á esos condenados músicos que callen. ¡Si oye tocar el himno de su país delante del hotel!... Acabarán por incomodar al Príncipe. Apenas ha llegado, ha caído sobre el hotel una plaga de pedigüeños, de curiosos...

PÉREZ

Y de curiosas. Quinientos francos diarios me ofrecían por una habitación.

ADOLFO

¡Quinientos francos! Pero no, mientras permanezca Su Alteza en el hotel no podemos admitir más que á personas conocidas y distinguidísimas.

PÉREZ

La persona en cuestión es tan conocida como Su Alteza, y en cuanto á distinguida, yo creo que el mismo Príncipe la distinguiría en cuanto la viera.

ADOLFO

¡Ah! Es la Pepita, la hermosa Pepita. Esa bailarina española que ha revolucionado París.

PÉREZ

Paisana mía.

ADOLFO

Es verdad.

PÉREZ

¡Si usted la hubiera conocido como yo!

ADOLFO

La historia de todas. Usted la conocería niña, inocente y pobre.

PÉREZ

Pobre sobre todo. Bailaba en un café con las castañuelas prestadas... Ella ni se acordará de mí, y enton-

ces anduvimos en amores. Vea usted, si me hubiera casado con ella, cómo estaría yo ahora. No sabe uno dónde está su suerte.

ADOLFO

Es que si se hubiera casado con usted, quizás no tendría ahora tantos brillantes.

PÉREZ

Es verdad. Tendría yo algunos.

ADOLFO

Sois muy despreocupado, señor Pérez. Pero ¿qué es esto? ¿Porqué están cerradas esas ventanas?

PÉREZ

Es que hace un frío...

ADOLFO

Si desacreditamos el clima...

PÉREZ

De ningún modo. Esta mañana he colgado cincuenta docenas de naranjas de todos los árboles del jardín. El Príncipe se quedó asombrado. En su vida las ha visto más gordas.

ESCENA II

ADOLFO y el DUQUE USBALDO

DUQUE

¡Monsieur Adolfo!

ADOLFO

¡Señor Duque!

DUQUE

¿No ha regresado todavía Su Alteza?

ADOLFO

No, señor Duque. Salió en automóvil, sin más acompañamiento que su excelencia el Barón Esteban.

DUQUE

Necesito hablaros con franqueza militar. En Alfania somos soldados ante todo. El caso es que nuestra reina es tan exagerada en sus principios morales, y ha impuesto en la corte de Alfania tal austeridad, que el Príncipe Fred, único varón de la dinastía, ha llegado á los dieciocho años en una inocencia lamentable. Su Majestad el Rey comprendió que el Príncipe necesitaba viajar, adquirir experiencia del mundo...

ADOLFO

¡Pero es posible que Su Alteza!...

DUQUE

¡Le han educado de un modo!... En fin, un día dejé como por distracción en el cuarto de estudio de Su Alteza un libro de grabados. ¡Oh! un libro que había recogido la policía.

ADOLFO

Y...

DUQUE

Creyó que eran estampas de la Historia universal.

ADOLFO

Sí, no fijándose...

DUQUE

¿Qué clase de gente hay en el hotel?

ADOLFO

La distinción con que me ha honrado Su Alteza me obliga á no admitir á cualquiera que se presente. Me perjudico en mis intereses, porque podéis creer que otros años en esta estación dormía la gente en los pasillos, materialmente unos encima de otros.

DUQUE

Bueno, bueno. Su Alteza no quiere que os perjudiquéis. Yo sé que no habéis admitido á una joven acompañada de su madre.

ADOLFO

¡Ah, sí! Una artista española. La Pepita. La estrella de Folíes Bergeres y de Olimpia.

DUQUE

Podéis admitirla. Me la recomienda nuestro embajador en París.

ADOLFO

¡Ah!

DUQUE

Una artista puede alternar con las personas más distinguidas.

ADOLFO

Es una majestad á su modo. En París se anunciaba con letras muy grandes: «La hermosa Pepita, la reina del fandango»; y aunque el fandango no es un territorio...

DUQUE

Es un título. ¿Y no podríais prepararnos para esta noche alguna fiesta, cómo diría yo, una fiesta original, alegre?

ADOLFO

El señor Duque no tiene más que indicarme...

DUQUE

El caso es encontrar un pretexto para quitar á la fiesta toda apariencia de...

ADOLFO

Nada más fácil. Ya veréis, en el invernadero del hotel, una maravilla, iluminado fantásticamente, música de Tziganes, un concierto y el baile regional.

DUQUE

¿Lo baila la gente del pueblo?

ADOLFO

Lo bailan, pero sin estilo. Para los extranjeros se avisa siempre el cuerpo de baile del Casino. Cuando lo bailan en sociedad suprimen las mallas. Voy á dar órdenes.

DUQUE

Sois un hombre admirable. No me habían engañado en la embajada.

ADOLFO

¡Ah, señor Duque! ¿También soy conocido en la embajada? ¡Tanto honor! De modo que en este momento estamos trabajando por la diplomacia.

DUQUE

(Asomándose por la puerta del foro.) ¡Chist! Su Alteza llega.

ADOLFO

Perseguido por un batallón de muchachas.

DUQUE

¿Sí?

ADOLFO

Floristas, que le ofrecen rosas y violetas. Las hay muy lindas. Todos los años se renueva el personal. Hay gran exportación á Inglaterra.

DUQUE

¿Qué es eso? No las permiten la entrada. Dad órdenes de que las dejen ofrecer flores al Príncipe.

ADOLFO

Al instante, señor Duque; trabajemos por la diplomacia. *(Vase.)*

ESCENA III

El DUQUE USBALDO, el PRÍNCIPE FRED y CORO DE FLORISTAS

Música.

FLORISTAS

Son nuestras flores humilde ofrenda
de bienvenida,
sea de flores vuestro camino
en nuestra tierra siempre florida.

Rosas, azahares y violetas
con profusión,
brotan al aire libre en pleno invierno
á las caricias de nuestro sol.

PRÍNCIPE

Son vuestras flores gentil ofrenda
de bienvenida,
de vuestros campos siempre floridos
dulce caricia.
Yo vengo de regiones
sin luz, ni sol,
donde sin flores y sin sonrisas,
siempre está triste mi corazón.
En sus jardines
siempre ateridos,
pálidas flores de invernadero
mueren de frío.
Hermosas tierras
del Mediodía
donde el alma no siente
melancolía.
Mares que mecen, aires que arrullan,
sano contento del vivir,
hasta los pobres cantan sus penas
en esta hermosa tierra feliz.

DUQUE

Dejad, señor, á un lado
filosofías,
que me habéis puesto tristes
á estas chiquillas.

PRÍNCIPE

¡Mirad qué rosas!

DUQUE

¡Mirad qué caras!

PRÍNCIPE

¡Hermosas flores!

DUQUE

¡Lindas muchachas!

FLORISTAS

Rosas, azahares y violetas,
tomad, señor.

DUQUE

Esos azahares tienen
mucha intención.

FLORISTAS (*Acercándose mucho al Príncipe.*)

Decid cuál es de todas
la preferida.

DUQUE (*Aparte al Príncipe.*)

Ved que es intencionada
la preguntita.

PRÍNCIPE

¿Intencionada?
No sé porqué;
Yo entre todas prefiero
la rosa té.

DUQUE

No preguntaban eso,
¿verdad, mocitas?
(*Aparte.*) Este niño me saca
de mis casillas.

PRÍNCIPE (*Tirando unas rosas.*)

¡Ay! Me he pinchado.

DUQUE (*Aparte.*)

¡Cuánto me alegro!
Ya está en carácter,
se chupa el dedo.

FLORISTAS

¿Os duele mucho?

PRÍNCIPE

¡Bien me pinchó!

FLORISTAS

Como las rosas
es el amor.
De rosas y de amores
tengo experiencia,
no hay rosas sin espinas
ni amor sin penas;
unas punzan los dedos,
otras el corazón;
¿y quién no coge rosas
y quién no siente amor
¿Os duele mucho?

PRÍNCIPE

Ya se pasó.

FLORISTAS

Hay que coger las rosas
con precaución.

TODOS

Como las rosas
es el amor.

Hablado.

PRÍNCIPE

Retiráos; ya daré orden de que os gratifiquen. *(Salen las floristas.)*

ESCENA IV

El DUQUE y el PRÍNCIPE

DUQUE

¡Pobrecillas! Van tristes. Habéis estado muy poco expresivo.

PRÍNCIPE

¿Queríais que las abrazara? Pagadlas bien sus flores y quedarán satisfechas.

DUQUE

¡Ah, señor! No solo de pan vive el hombre. En estos tiempos, en que las clases populares...

PRÍNCIPE

Ya sabéis que me preocupa mucho la cuestión social. He estudiado á fondo las diferentes soluciones...

DUQUE

Pues creed que el abrazar es una de las más prácticas.

PRÍNCIPE

¡Ah! ¡El Barón Esteban!

ESCENA V

Dichos y el BARÓN ESTEBAN

DUQUE

¿Habéis corrido mucho?

BARÓN

Un paseo delicioso. ¡Qué país tan encantador!

PRÍNCIPE

¡Qué calles tan alegres!

BARÓN

Hemos visto muchos automóviles

PRÍNCIPE

¿Mejores que el nuestro?

BARÓN

Y en el puerto media docena de *yates* magníficos.

PRÍNCIPE

¿Mejores que el nuestro?

DUQUE

El nuestro, aunque se fuera á pique no se perdía mucho.

BARÓN

Cuando no viajemos nosotros, querréis decir.

PRÍNCIPE

El Consejo de Ministros acordó que no embarcáramos en un barco de guerra.

DUQUE

Nos perdonaron la vida. No podéis quejaros.

PRÍNCIPE

Estoy contentísimo.

DUQUE

¿Qué os parecen las mujeres de esta tierra, señor?

PRÍNCIPE

Muy bien vestidas.

DUQUE

¿Y á vos, Barón?

BARÓN

¡Oh! Para mí no existe más que una.

PRÍNCIPE

No estés triste. La Reina, que se interesa mucho por tus amores, quedó en convencer á tu padre. Te casarás

el mismo día que yo, á nuestra vuelta. Solo que yo no sé todavía con quién me casarán. No se encuentra...

DUQUE

Hay dos problemas muy difíciles en la vida de los príncipes. La elección de esposa y la elección de nodriza, y otro todavía más difícil.

PRÍNCIPE

¿Cuál?

DUQUE

El intermedio.

ESCENA VI

Dichos y PÉREZ

PÉREZ

Con permiso de Su Alteza.

DUQUE

Adelante.

PÉREZ

Monsieur Adolfo me encarga de comunicar al señor Duque que todo está dispuesto para la juerga. Perdonad, así dicen en España; para la fiesta de esta noche.

PRÍNCIPE

¿Qué fiesta es esa? Informáos bien, no vayamos á cometer una imprudencia. Ya sabéis que los franceses se complacen en desacreditar á los soberanos. Serían capaces de ponerme en caricatura.

DUQUE

(Incomodado.) Está bien; no asistiremos á la fiesta.

PRÍNCIPE

¡Duque!...

DUQUE

Escribiré á Su Majestad. Presento la dimisión de mi cargo.

BARÓN

¡Pero, Duque! *(Entra un criado y entrega unas cartas á Pérez.)*

PÉREZ

(Al Duque.) ¡Señor! El correo.

PRÍNCIPE

(Cogiendo las cartas.) Correo de Alfania. *(Al Barón.)* Esta es para ti. *(Dándole una carta.)*

BARÓN

¡De la Reina!

PRÍNCIPE

(Al Duque.) Esta para vos.

DUQUE

¡Del Rey! Me alegro.

PRÍNCIPE

(Al Barón.) Esta también para ti.

BARÓN

(Con admiración.) ¡De ella!

PRÍNCIPE

Y las restantes para mí. Del Rey, de la Reina...

PÉREZ

(Bajo al Duque.) Señor, ¿y qué digo á monsieur Adolfo?

DUQUE

Recibid órdenes de Su Alteza.

PÉREZ

(Al Príncipe.) Su Alteza ¿asistirá por fin á la juerga... al concierto?...

PRÍNCIPE

Asistiré. Pero si presenta cierto carácter, al momento me retiro con toda mi comitiva Advertirlo así.

PÉREZ

(Al Duque.) ¿Qué hacemos, señor Duque?

DUQUE

Una que sea sonada. Mucho *champagne frappé,* música alegre, muchachas alegres y... ¡qué cosas hace uno por servir al Estado!

PÉREZ

(Al salir, aparte.) Este gran señor sirve al Estado de lo mismo que yo sirvo á los viajeros muchas veces... y uno no es nadie. *(Vase.)*

ESCENA VII

El PRÍNCIPE, el DUQUE y el BARÓN

Música.

PRÍNCIPE

Siempre lo mismo,
papá y mamá
ponen á prueba
mi amor filial.
Distintos consejos
cada uno me da,
no sé qué hacer
ni qué pensar.

DUQUE

El Rey, vuestro padre,
os quiere aguerrido,
ya sois todo un hombre,
no sois un chiquillo.
La patria en mí confía,
preciso es que al volver
pueda decir á la patria orgulloso:
aquí traigo un rey.

BARÓN

La reina, vuestra madre,
solo pretende
que no olvidéis un punto
vuestros deberes.

La patria en vos espera,
preciso es que al volver,
pueda decir vuestra madre orgullosa:
este es un rey.

PRÍNCIPE

Siempre lo mismo,
papá y mamá
ponen á prueba
mi amor filial.
Dice mamá en su carta:
«Mira quién eres;
los reyes, antes que hombres,
han de ser reyes.
No se pervierta
tu corazón,
sea el estudio
tu ocupación.
Visita los museos,
las bibliotecas;
trata con gente docta
y hombres de ciencia.
Cuando vayas á París
no te entregues al placer,
vé al Louvre y á la Sorbonne
y sube á la torre Eiffel.
Puedes ir á l'Operá
y á la Comedie française,
pero que no sepa yo
que vas á Folies-Bergere».

BARÓN

No debéis ir;
dice muy bien.

PRÍNCIPE

Nunca de acuerdo
papá y mamá
ponen á prueba
mi amor filial.

BARÓN Y DUQUE

Siempre lo mismo
Su Majestad,
á prueba pone
mi lealtad.

PRÍNCIPE

Dice papá en su carta:
«No me incomodes,
los reyes, más que reyes,
han de ser hombres.
Nada en los libros
has de aprender,
estudia al hombre
y á la mujer.
Déjate de museos,
de bibliotecas,
ya sabrán tus ministros
cuanto se ofrezca.
Irás á Folíes-Bergere
cuando llegues á París,
á la Otero allí verás,
y á la Diana de Pougy.
Vé á Montmartre, al Moulin-Rouge,
al Olimpia, al Gran Guignol,
y no dejes de admirar
á la Cleo de Merode.»

DUQUE

Dice muy bien;
tiene razón.

PRÍNCIPE

Nunca de acuerdo
papá y mamá
ponen á prueba
mi amor filial.

DUQUE Y BARÓN

Siempre lo mismo
Su Majestad:
á prueba pone
mi lealtad.

Hablado.

DUQUE

Sin la carta de Su Majestad hoy mismo hubiera regresado á Alfania. Pero ahora es cuando debo permanecer á vuestro lado. Los Duques del Volga deben llegar de un día á otro.

PRÍNCIPE

¿Sí? ¡Cuánto me alegro! ¡Me quieren tanto!...

DUQUE

La Duquesa sobre todo.

PRÍNCIPE

¡Ya lo creo! Casi me ha visto nacer. No debéis haceros eco de murmuraciones de cuerpo de guardia.

DUQUE

Justamente; la Duquesa, solo del regimiento que yo mando, ha tenido relaciones con dos capitanes, tres tenientes, un coronel... Sin duda pretendía añadir un cuartel á su escudo.

PRÍNCIPE

Hay que dejaros. *(Al Barón.)* Voy á despachar el correo. ¡Vamos! *(Vanse el Príncipe y el Barón.)*

ESCENA VIII

El DUQUE y después SAMUEL y OFELIA

DUQUE

¿Qué le contesto yo á Su Majestad? ¿Y qué le diré cuando volvamos á la corte? Tendré que buscar alguna frase célebre. Las frases son un recurso para los generales fracasados. «Señor... Todo se ha perdido...» No, en este caso no se ha perdido nada. Y pensar que si en lugar de un príncipe me hubieran confiado una princesa, acaso no podría decir lo mismo... ¡Oh! Y en cuanto llegue la Duquesa del Volga perderé la poca influencia que tengo con Su Alteza. Si á Su Majestad le fuera lo mismo... Pero con la Duquesa no transige; no quiere que el Príncipe sea en todo su sucesor. *(Samuel y Ofelia han salido un momento antes.)*

SAMUEL

Con permiso... ¿Estáis al servicio del Príncipe heredero de Alfania?

DUQUE

Le acompaño en su viaje. Tengo ese honor.

SAMUEL

Bien, estáis á su servicio. Ya sé que en Europa los reyes dan títulos y distinciones á sus criados.

DUQUE

(Aparte.) Sus criados... *(Alto.)* Perdonad, pero no sé con quién tengo el gusto de hablar...

SAMUEL

Mi tarjeta.

OFELIA

La mía.

DUQUE

(Lee.) «Samuel Tarvey, expresidente de la República central de Guayabacoba, presidente del Sindicato petrolero de la misma y fundador de la gran explotación de pastos internacional. Cuenta corriente en todos los Bancos.» *(Aparte.)* Vaya un tipo. *(Alto.)* Celebro...

SAMUEL

(Presentando á su hija.) Mi hija Ofelia.

DUQUE

Bonito nombre. *(Lee la tarjeta.)* «Ofelia Tarvey, ingeniero electricista y agente universal para la adquisición de toda clase de maquinaria.»

SAMUEL

Diez millones de pesos de dote.

OFELIA

Y tres seguros de vida al fallecimiento de papá.

DUQUE

(Aparte.) Y lo dice tan fresca. *(Alto.)* Es un partido.

SAMUEL

Para el Príncipe.

DUQUE

¿Eh?

SAMUEL

Dos millones de pesos si arreglamos el negocio.

DUQUE

Señor mío, ¿con quién habéis creído que estáis tratando?

SAMUEL

¡Ah, ah! Los europeos se asustan de todo.

DUQUE

Naturalmente, de todas las atrocidades.

SAMUEL

De todo lo que tiene sentido común.

DUQUE

¿Y creéis que un Príncipe heredero de Alfania?...

SAMUEL

¡Oh!, yo puedo pagar todas las deudas del Estado de Alfania.

DUQUE

Entonces, si despreciáis de ese modo á nuestra pobre Alfania, ¿qué interés tenéis en ser suegro del Príncipe?

SAMUEL

Primero, es una fantasía de mi hija, y, como puede permitírsela, no me parece tan disparatada. Segundo, el amor al progreso. El resultado de estos enlaces es maravilloso. Las razas se vigorizan y se afinan; lo he estudiado muy bien en mis ganaderías.

OFELIA

Exacto.

SAMUEL

Estoy seguro de que el Príncipe me comprenderá mejor. Le he visto en automóvil.

OFELIA

De un sistema imperfecto y ridículo. Yo le enseñaré el último modelo.

DUQUE

(Aparte.) Este padre y esta hija valen el viaje.

SAMUEL

Por ahora renuncio á hablar una palabra más con usted. Esta noche asistiré con mi hija á la fiesta preparada en el hotel y hablaré con el Príncipe.

DUQUE

Me agrada vuestro carácter; podéis asistir á la fiesta y saludaréis al Príncipe; pero os advierto que esta se-

ñorita acaso... La fiesta tendrá cierto aspecto; asistirán artistas de cierto género...

SAMUEL

Mi hija ha viajado por todo el mundo y no se asusta de nada.

OFELIA

De nada, de nada. No hay nada extraordinario. Siempre es más lo que una se figura.

DUQUE

Bueno, bueno; al fin sois su padre...

SAMUEL

¡Oh, no! Ya es mayor de edad.

OFELIA

Mi padre es mi socio nada más.

DUQUE

Buen socio. En fin, no perdamos el tiempo como decís. Hasta la vista.

SAMUEL

Serás reina.

OFELIA

Ya lo sé. Es una cosa de tan poca importancia... *(Vanse.)*

ESCENA IX

EL DUQUE. Después PÉREZ y Mr. ADOLFO

DUQUE

Con la desenvoltura que le sobra á esta joven tendría bastante nuestro Príncipe.

PÉREZ

(Entrando.) Señor Duque, ya la tenemos.

DUQUE

¿A quién?

PÉREZ

A Pepita. En este momento se apea del coche. ¡Qué guapa está!

ADOLFO

Señor Duque, un telegrama urgente para su excelencia.

DUQUE

(Después de leer el telegrama.) ¡Esto nos faltaba! Los Duques del Volga, que han llegado de incógnito. Me lo avisa nuestro embajador. Es preciso suspender el concierto por esta noche.

ADOLFO

¿Suspender el concierto? Todo está preparado. He telegrafiado á Niza y á Montecarlo y llegarán esta noche los artistas del Casino y lo más distinguido de la colonia femenina. Figuráos el trastorno.

DUQUE

Pero los Duques se enterarán; el Príncipe no puede asistir.

ADOLFO

¡Ah! Sería un desaire en un país democrático.

DUQUE

No conocéis á nuestra reina.. Tan pronto como la Duquesa la escribiera creería que yo desmoralizaba al Príncipe.

ADOLFO

¿Pero qué tiene de particular?... Advirtiendo á esas señoritas á tiempo, os aseguro que la fiesta tendrá todo el buen tono preciso.

DUQUE

Pero tantas mujeres solas, sin caballeros que las acompañen...

ADOLFO

Improvisaremos esposos, padres, todo lo que haga falta.

PÉREZ

Con artistas del Casino y los camareros de mejor tipo, haremos creer á esos señores que asiste lo más distinguido de la colonia No es la primera vez.

DUQUE

Sí, ellos han visto muy poco mundo.

ADOLFO

¿De modo que estáis conforme? ¡Ah, señor Duque!, ya estoy en mi elemento con estas complicaciones. Ya veréis, ya veréis; como esas señoritas no vendrán preve-

nidas, hay que estar en todo. Voy á comprar veinte metros de gasa para dulcificar los escotes. *(Vase.)*

DUQUE

Sois extraordinario. *(Mutis.)*

ESCENA X

PEPITA y DOÑA PACA

PACA

Que nos sirvan aquí el café. Da gusto sentarse al sol. En aquel París de mis pecados, siempre lloviendo y nevando. ¡Madrid de mi vida!

PEPITA

¡Vaya una vida!

PACA

Sin dinero, en todas partes es mala. Pero con la mitad del dineral que gasta una en este extranjero, vamos, que no viviría una en Madrid ricamente, y, sobre todo, luciría una con los amigos y daría una dentera á más de cuatro. *(Al mozo, que le sirve el café.)* Un poco de café en esta copa. Y aquí un poco de leche. ¡Si esto no son tazas! ¡Comparación con aquel café de San Millán!

PEPITA

¡Ay, mamá, cuándo se afinará usted! ¿No ve usted cómo se ríe el mozo?

PACA

Pues que no le vea yo, por si es caso; no vaya á olvidarme de que estoy haciendo de madama. Oye, ¿y cuánto tiempo estaremos aquí?

PEPITA

¿No lo sabe usted? ¿Cuántos vestidos traigo en el equipaje?

PACA

Veintidós, sin contar los matinés.

PEPITA

A dos diarios, cuente usted doce días lo más, si las circunstancias no disponen otra cosa.

PACA

¿Y qué circunstancias son esas?

PEPITA

La fiesta de esta noche en honor del Príncipe de Alfania.

PACA

¿Pero ese Príncipe es un príncipe de verdad? Porque ha visto una tantos príncipes... Como aquel que iba todas las noches por el teatro, y todo el mundo alteza por aquí, alteza por allá, y acabó por llevarse mi antuca con puño de plata.

PEPITA

Este es un príncipe de buena familia.

PACA

¿Cómo hay que vestir para esa fiesta?

PEPITA

Usted, lo más serio que pueda.

PACA

Por tu gusto siempre iría de negro.

PEPITA

Lo negro recoge mucho.

PACA

Pues ahora no dirás que estoy gruesa. Me he quedado en la mitad. Hace dos meses, cuando me pesaba en la báscula, no corría el minutero, y ayer, cuando me pesé en la estación, dió dos vueltas. Dí que estas modas de ahora no favorecen nada, y luego en París hacen unos corsés que parecen un vasar; aparenta una el doble.

ESCENA XI

Dichos y PÉREZ

PÉREZ

¡Olé las mujeres de mi tierra! Salud á mis paisanas. ¿A que no se acuerdan ustedes de mí?

PEPITA

¿Quién?

PACA

Pepita, si es Julito, Julito Pérez. El chico de la Casiana la cambianta. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Y quién iba á pensar encontrarle aquí?

PÉREZ

¡Ya, ya! Lo que es el mundo.

PACA

¡Lo que hemos rodado!

PÉREZ

Sí; pero ustedes han rodado para arriba, y yo...

PACA

¿Qué ha sido de ti? ¿Cómo has venido á parar tan lejos?

PÉREZ

Pues hace dos años que salí de Madrid con una estudiantina: la verdadera tuna... Eramos veinte, nos vinimos á Niza á pasar el Carnaval, creyendo hacer dinero; pero lo de siempre: cuando llegamos nosotros estaban allí hartos de ver tunas. Nos corrimos á París, y nos fué peor. Después cada uno tiró por su lado. Ahora estoy aquí de camarero, y no me va mal, pero con las primeras fatigas por volverme á España y no parar hasta Madrid.

PACA

¡Ay!, no me digas. Nosotras no podemos quejarnos, porque, en buena hora lo diga, hemos caído de pie en todas partes.

PÉREZ

¡Ay, señá Paca! Usted perdone, doña Paca.

PACA

Señá Paca, señá Paca. Apea el tratamiento.

PÉREZ

¿Quién iba á decirnos que teníamos que encontrarnos al cabo de los años y de esta manera?

PACA

¡Qué remedio! Nadie es profeta en su patria.

PÉREZ

Profeta, no; pero profetisa... ¿No necesitan ustedes un secretario ó representante? Eso da mucho tono.

PEPITA

Yo no tengo secretos, y para entenderme con los empresarios me basta con mamá.

PACA

Y para entenderte con todo el mundo.

PÉREZ

Pues oiga usted, doña Paca. Esta noche voy á ser más que secretario. Voy á ser esposo interino de usted.

PACA

¿Qué dices?

PÉREZ

Se trata de hacer creer á los Duques del Volga que á la fiesta asiste la mejor sociedad, y usted debe pasar por una gran señora, con su esposo y nuestra niña. ¿Cuándo se ha visto usted en otra? Mejor dicho, en otro, ¡porque una niña se encuentra más fácilmente que un marido!

PACA

¿Y vamos á pasar por matrimonio? Mira, no es mala idea.

PÉREZ

¿Cuál?

PACA

La de nuestro matrimonio. Parecerá que estamos en la luna de miel.

PÉREZ

Eclipse usted un poco.

PEPITA

¿Pero hemos venido para esa broma? Mira que estoy muy harta de enredos.

PÉREZ

Lo creo que estarás... Yo te enteraré. *(Siguen hablando.)*

ESCENA XII

PEPITA, DOÑA PACA y MR. ADOLFO

ADOLFO

Señorita... Señora... ¿Cómo se encuentran ustedes en mi hotel? ¿Las habitaciones son de su agrado?

PACA

De sobra para nosotras. Esta, con un tocador y una alcoba tiene bastante.

ADOLFO

¡Oh! Una artista necesita sus habitaciones de trabajo, además del tocador y la alcoba. En el tocador he mandado colocar ocho espejos, de modo que puede usted verse por todos lados. Tiene dos comunicaciones y un armario grande con puerta secreta en el fondo. Es invención mía. Ha tenido un éxito extraordinario. ¿Desea usted algo más? Mi hotel está á su disposición. Por término medio tenemos dos altezas reales, tres grandes duques, lores, artistas de fama universal. El hotel faci-

lita representaciones y *soirées* para la presentación de los artistas. ¡Oh! De aquí han salido hasta matrimonios... Y la casa no cobra nada por la comisión.

PACA

(*Aparte á Pepita.*) ¡Pero cómo entienden el negocio estos franceses!

ADOLFO

Con la mayor reserva me han entregado esta carta para usted. Espera respuesta. Si es usted tan amable...

PEPITA

Espere usted. (*Abriendo la carta.*) No firma.

ADOLFO

Naturalmente.

PEPITA

Bonita letra. ¿Es del Príncipe? ¿Usted la conoce?

ADOLFO

No es de Su Alteza. La de Su Alteza es mucho más bonita.

PEPITA

¿Pero qué dice? Lea usted, mamá.

PACA

Déjame de lecturas. Ya sabes que yo esas cartas, con mucha ortografía, no las entiendo. Dime la sustancia.

PEPITA

Dice que me vaya, que no vea al Príncipe. Me ofrecen una indemnización... Que se trata de un asunto de Estado.

PACA

¿De Estado?

PEPITA

Sí, un asunto de Estado muy interesante. Es la primera vez que me ofrecen premios á la virtud.

ADOLFO

¿Contesta usted por escrito? Puedo traer á usted papeles con preciosos lemas.

PEPITA

¿Contestar? Que sí.

ADOLFO

Lo suponía. Sin embargo, me permitiré aconsejar á usted... Me interesa tanto... Convendría cierta vaguedad en la respuesta. La coquetería aconseja...

PEPITA

¿Quiere usted quitarse ya de en medio?

PACA

¡El demonio del entra y sal! Cuando la niña ha dicho que sí, ella sabrá lo que dice. Sobre todo, aquí estoy yo para aconsejarla.

ADOLFO

¡Oh, señora!... *(Aparte.)* Si no fuera por el Príncipe... *(Alto.)* De modo...

PEPITA

Que sí. Que está bien. *(Vase Adolfo.)* ¡Ya lo creo que me marcharé! A todo esto ese Príncipe no parece.

ESCENA XIII

Dichas, el PRÍNCIPE y el DUQUE USBALDO.
El Duque trae un ramo de flores.

Música.

DUQUE

Allí está con su mamá.
Acerquémonos, señor.
Allí está... ¡Qué guapa es!
Su fama no mintió.
Ofrecedla el ramo.

PRÍNCIPE

Ya dije que no.
Eso me parece
una incorrección.

DUQUE

No seáis tan... correcto.

PRÍNCIPE

¡Duque!

DUQUE

Allá voy yo.
Veréis qué pronto hago
la presentación.

(El Duque se acerca á Pepita, la saluda, la ofrece el ramo y habla con ella.)

PRÍNCIPE *(Aparte.)*

El Duque compromete
mi seriedad.
Si nos viera algún repòrter...
Si me viera mi mamá...

PEPITA *(Al Duque.)*

¿El Príncipe de Alfania
decís que es aquél?

PACA *(Aparte á Pepita.)*

Ya pareció el peine.

PEPITA *(Idem á doña Paca.)*

No meta usted el pie.

PACA

Hija de mi alma,
si eso es un bebé.
¿Cuando nos salude,
qué tengo que hacer?
¿Se le da la mano,
se le besa, ó qué?

PEPITA

No diga usted nada,
será lo mejor.

PACA

Si te oyesen pensarían
que no tengo educación.

(El Duque se acerca con el Príncipe y le presenta. Sigue la música.)

Recitado.

DUQUE

Su Alteza, admirador del arte en todas sus manifestaciones y protector del mismo en todas sus formas, tiene un verdadero placer en saludaros y en ofreceros el testimonio de su admiración.

PEPITA

Me considero muy honrada.

PACA

Muchísimo.

PRÍNCIPE

(Saludando.) Señorita...

PACA

Siéntense ustedes. ¿Quieren ustedes tomar algo?

PRÍNCIPE

¿Eh? *(Bajo al Duque.)* ¿Lo veis, Duque?

PEPITA

(Bajo á doña Paca.) ¡Mamá!

DUQUE

Nos sentaremos.

PRÍNCIPE

(Bajo al Duque.) ¡Duque!

PEPITA

(Idem á doña Paca.) ¡Mamá! *(Pausa.)*

Cantado.

DUQUE *(Bajo al Príncipe.)*

Decid algo.

PRÍNCIPE

¿Yo?

DUQUE

¡Qué buen día hace!

PEPITA

Es un día de calor.

DUQUE

Este clima es delicioso.

PEPITA

Muy buena temperatura.

DUQUE

¿Ha visto usted cuántas flores?

PACA

¿Y ha visto usted cuánta fruta?

DUQUE *(Bajo al Príncipe.)*

Decid algo.

PRÍNCIPE

¿Yo?

Que ni siento frío
ni siento calor. *(Pausa.)*

DUQUE (*A Pepita.*)

Y en España, ¿qué?

PEPITA

Como siempre, mal.

PACA

Pero hay buen humor,
que es lo principal. (*Pausa.*)

PEPITA

¿Dice algo Su Alteza?

PRÍNCIPE

¿Yo? Nada.

PEPITA

Creí...

DUQUE (*Bajo al Príncipe.*)

Decid algo.

PRÍNCIPE

¿Yo?
Nada tengo que decir.

PACA

¡Ay! (*Aparte.*) Vaya un paso.

DUQUE

Ahora corre vientecillo.

PEPITA

Yo no siento... ¿Y vos, Alteza?

PRÍNCIPE

No siento calor ni frío.
(Sigue la música.)

Recitado.

DUQUE

¿Quieren ustedes tomar algo? Un refresco... Se seca la garganta... de tanto hablar.

PACA

(Aparte.) Este tío es un guasón. *(Alto.)* No queremos nada. Tantas gracias. *(Pausa.)*

Cantado.

DUQUE *(Levantándose y aparte.)*

Hay que dejarlo por imposible.

PEPITA *(Aparte.)*

Me ha molestado su frialdad.

PACA *(Aparte.)*

¡Ay, que *asaura* de extranjeros!

PRÍNCIPE *(Al Duque.)*

Ya nos podemos retirar.

DUQUE

Decid algo antes.

PRÍNCIPE

¿Qué voy á decir?
(Despidiéndose de Pepita.)
He tenido tanto gusto...

PACA *(Aparte.)*

Ya se ve que sí.

PRÍNCIPE *(Al Duque.)*

Nos vamos ya.

DUQUE *(Aparte.)*

Guapa mujer..

PACA *(Aparte.)*

¡Qué sofocón!

PEPITA *(Aparte.)*

¡Qué soso es!
(Vanse el Príncipe y el Duque.)

PACA

¿Has visto, Pepita?

PEPITA

¡Calle usted, mamá!
Nunca me ha pasado
una cosa igual.
Esta noche, en la fiesta,

cantaré y bailaré,
y se enamorará de mí,
ó muy poco he de poder.

PACA

Si eres mujer de carácter
y tienes sangre en las venas,
vámonos de aquí en seguida,
aunque paguemos la cuenta.

PEPITA

Yo tengo sangre española
y soy mujer ofendida,
á ese hombre le vuelvo loco,
ó me ha de costar la vida.

(Las dos, á un tiempo, repiten la anterior estrofa.—Final del cuadro.)

CUADRO SEGUNDO

La serre iluminada. Las mujeres con trajes caprichosos circulan por la escena.

ESCENA PRIMERA

Invitados, camareros, Mr. ADOLFO y NINÓN. Después los DUQUES DEL VOLGA y el BARÓN ESTEBAN.

ADOLFO

¡Admirable! He aquí mi obra. Todo presenta un aspecto de buen tono. Excesivo buen tono. Hay matrimo-

nios demasiado bien avenidos. *(Dirigiéndose á una pareja.)* ¡Eh, tú, suelta del brazo á esta señorita! Más soltura. Y delante de los duques y de Su Alteza mucho cuidado con lo que se habla.

NINÓN

Yo no tengo cuerda más que para dos horas de formalidad.

ADOLFO

Te haremos pasar por una princesa rusa... Las princesas rusas son muy extravagantes. Los duques llegan: orden, por favor. Mucho orden, mucha compustura.

DUQUESA

(Al Barón Esteban.) ¿Creéis que ha sido el embajador quien ha dado aviso al Duque de nuestra llegada?

BARÓN

Seguramente, Duquesa. Todos los recursos políticos están contra nosotros.

DUQUE

¡Pobre Alfania!

DUQUESA

Y Su Alteza, ¿qué dijo al saber que estábamos aquí?

BARÓN

No pudo ocultar su alegría.

DUQUESA

¿Y podéis decirme qué clase de fiesta es esta? La so-

ciedad reunida me parece algo extraña. Adivino la mano del Duque en todo esto.

ADOLFO

(Saludando á los duques.) Excelencias. Su Alteza no tardará en honrarnos. ¿Qué les parece mi fiesta á los señores duques?

DUQUESA

Muy original.

ADOLFO

Las señoras acordaron presentarse con disfraces caprichosos, para darle más animación. Aquí estamos en Carnaval perpetuo.

DUQUESA

He notado que hay disfraces algo atrevidos.

ADOLFO

(Aparte.) Si conocerá... *(Alto.)* Lo dice su excelencia por...

DUQUESA

Trajes algo escasos.

ADOLFO

¡Ah!, vamos, escotes algo... sí; lo exige el clima, este clima incomparable. Por lo demás, la sociedad reunida es lo más escogido de la población y de la colonia extranjera. La princesa Osturusca, rusa.

DUQUESA

(Al Duque.) ¿Princesa Osturusca? No recuerdo. ¿Es de la rama imperial?

DUQUE

No. Será tal vez...

ADOLFO

Sí, es de otra rama; pero del mismo tronco. La condesa Rinaldi, una belleza célebre, primer premio en varias Exposiciones.

DUQUESA

Una condesa premiada en Exposiciones de belleza.

ADOLFO

No, señora Duquesa, de arte. Pinta en sus ratos perdidos, que son muchos. ¡Ah! Su Alteza llega.

BARÓN

(A la Duquesa.) Le advertiré de vuestra presencia. *(Vase.)*

ADOLFO

Con permiso de los señores duques, voy á dar órdenes para que empiece el baile; nuestro baile, una preciosa nota de color local. Excelencias... *(Saluda y vase.)*

DUQUESA

No paso á creer que esta gente sea distinguida.

DUQUE

¡Ah! En estos países republicanos se han perdido las tradiciones. *(Risas en un grupo.)*

DUQUESA

¡Qué risas tan vulgares! *(Se acerca al grupo y retrocede asustada.)* ¡Oh!

DUQUE

¿Qué te sucede?

DUQUESA

Me parece haber oído una frase inconveniente.

DUQUE

¿Verdaderamente inconveniente?

DUQUESA

Figuráos, aquella señorita le decía al caballero que está á su lado: Podía usted pellizcarme en otro sitio.

DUQUE

Querría decir fuera de aquí.

DUQUESA

¡Oh! Lo inconveniente era el pellizcar y no el sitio.

Música.

DUQUE

Empieza el baile. Vamos á saludar á Su Alteza.

DUQUESA

¡Pobre Príncipe! ¡Pobre Alfania! *(Vanse.)*

Baile.

ESCENA II

PEPITA, DOÑA PACA y PÉREZ. Después el DUQUE USBALDO y el PRÍNCIPE.

PÉREZ

Me parece que nuestra presentación hace efecto. Hay que ver á Pepita, y á nosotros también hay que vernos.

PACA

Y que todo lo que lleva encima mi hija es de lo mejor.

PEPITA

¿Y el Príncipe?

PÉREZ

En cuanto te vea pierde la cabeza con corona y todo.

PEPITA

(Viendo llegar al Príncipe.) Aquí viene. No mire usted, mamá, nos haremos las desentendidas.

PÉREZ

Cambio en la cabeza. Vaya un trasteo.

PACA

Cállate. Si éste no se arranca... *(Entran el Duque y el Príncipe.)*

PRÍNCIPE

Nos retiraremos en seguida; estoy mareado.

DUQUE

Bebed otra copita de Champagne y os animaréis. *(Avisando á un mozo.)* Chistt...

PRÍNCIPE

No, no. Estoy mareado. La gente, las luces...

DUQUE

(Viendo á Pepita.) ¡Oh, la hermosa española! *(Ofreciéndola una copa.)* Brindemos por España y por sus hermosas mujeres.

PEPITA

Gracias, señor Duque. Por vuestra tierra también. ¿Y el Príncipe, no brinda?

DUQUE

(Ofreciéndole una copa.) Señor...

PRÍNCIPE

Venga una copa.

PEPITA

(Al Duque.) ¿Qué le sucede? ¿Está siempre así?

PACA

(Al Príncipe.) ¿Qué le ha parecido á Su Alteza el baile?

PRÍNCIPE

Curioso.

PACA

Calle usted, Alteza. Donde están los tangos y los zapateados de mi Pepita, aquello es alegría...

DUQUE

(*A Pepita.*) En la intimidad es otra cosa.

PEPITA

Pero ved, el Príncipe ni siquiera mira.

DUQUE

Habla con mamá; ¡tenéis una mamá tan encantadora! Alteza, un nuevo brindis. (*A Pepita.*) Ofrecedle otra copa. (*Pepita ofrece una copa al Príncipe.*)

PRÍNCIPE

¿Está helado?

PEPITA

¿Tenéis miedo á un enfriamiento?

PÉREZ

(*A doña Paca.*) ¿Qué le ha dicho á usted el Príncipe?

PACA

Calla, hijo. Si parecía que estábamos jugando á las prendas. Tres veces sí, y tres veces no.

ESCENA III

Dichos. Los DUQUES DEL VOLGA y el BARÓN

PRÍNCIPE

(*Dirigiéndose á saludar á los Duques.*) ¡Duquesa, duque! ¡Cuánto me alegro de vuestra llegada! ¿Y sus majestades? ¿Y todos los que allí me quieren?

DUQUESA

¡Oh, Alteza! No sabéis cuánto sufre su majestad la reina con vuestra separación. Os encuentro muy desmejorado. *(Al duque Usbaldo.)* Duque, ¿porqué está el Príncipe desmejorado?

DUQUE

Aprensiones de vuestro cariño. No se ha desmejorado nada.

DUQUESA

(Observando á Pepita y á doña Paca.) ¿Quién os acompañaba? ¿Qué señoras son estas?

PRÍNCIPE

Apenas conozco... El Duque es quien...

DUQUE

Voy á presentaros. *(Llamando á Pepita y á doña Paca.)* ¡Señoras, señoras!

PACA

(A Pepita.) Que es á nosotras.

DUQUE

(Presentando.) La condesa Antolini, de la más alta nobleza italiana. Su hija Giussepina y... ¿vuestro esposo, condesa?

PACA

(Llamando á Pérez.) ¿Dónde se ha metido? ¡Julito, Julito, Pérez!

PÉREZ

(Acercándose.) ¿Quién? ¡Ah!

DUQUE

(Presentando.) El conde Antolini. Los duques del Volga.

PRÍNCIPE

(Bajo al Duque.) Es una burla indigna.

VOLGA

(Al Duque.) ¿Conde Antolini? Debe ser título reciente.

DUQUE

Recientísimo.

VOLGA

(Observando á Pérez.) Yo conozco esta cara.

DUQUE

Demos una vuelta por la *serre*... *(Al duque del Volga.)* Dad el brazo á la Condesa. *(El duque del Volga da el brazo á doña Paca.)* Alteza, el brazo á la *signorina*.

PRÍNCIPE

(Bajo.) Duque...

DUQUE

(A Pérez que está distraído.) Vos á la duquesa... Conde, conde.

PÉREZ

Va.

DUQUESA

(Cogiéndose del brazo del barón Esteban.) Tengo que hablar con el Barón. *(A Pérez.)* Perdonad.

PÉREZ

(Al Duque.) Me ha conocido. Claro, como que esta mañana le serví el desayuno.

DUQUE

¿Y porqué no lo dijísteis antes?

DUQUESA

¿Cuándo podré hablar á solas con el Príncipe?.

BARÓN

Esta noche tan pronto como termine el baile.

PACA

Le daré á usted mucho calor, ¿verdad, señor Duque? ¿Qué daría yo por perder unas pocas de carnes? Pues no crea usted que soy de mucho comer. Pero me luce.

VOLGA

(Aparte.) ¡Qué gente esta! ¡Oh! ¡Estos países republicanos! *(Vanse todos menos el duque Usbaldo.)*

ESCENA IV

SAMUEL, OFELIA, el DUQUE USBALDO y después el PRÍNCIPE

DUQUE

Pero mi querido Tarvey...

SAMUEL

Nada, nada. Me dísteis palabra de presentarme al Príncipe. ¿Tendré que presentarme yo solo?

DUQUE

No. Yo os presentaré en cuanto haya ocasión.

SAMUEL

¿Qué os parecen las joyas de mi hija? ¿No son verdaderamente regias?

DUQUE

No valen tanto como vuestra hija, sin embargo.

SAMUEL

¡Oh, eso no! Mi hija está asegurada en dos millones de pesos, las joyas en cuatro.

PRÍNCIPE

¡Duque! ¡Duque!

SAMUEL

He aquí la ocasión.

DUQUE

Tened paciencia.

PRÍNCIPE

No puedo más. He conseguido escaparme. Me retiro á mis habitaciones. ¿Sabéis cuántas copas de Champagne he bebido?

DUQUE

Eso es bueno.

PRÍNCIPE

Esa española me ha mareado.

DUQUE

Eso es mejor.

PRÍNCIPE

Estoy cansado, aburrido. Quiero volver á Alfania, ¿lo oís? Quiero volver mañana mismo.

DUQUE

¡Imposible! El rey...

PRÍNCIPE

Me tenéis secuestrado. Soy vuestro juguete, me ponéis en ridículo. Soy el Príncipe. ¿Creéis que he emprendido el viaje para esto? ¡Quiero volver á Alfania mañana mismo! ¡Quiero volver! *(Se echa á llorar.)*

DUQUE

(Aparte.) ¡Ay! El Champagne. La tomó llorona. *(Alto.)* ¡Príncipe, Alteza!

SAMUEL

(A Ofelia.) Nos presentaremos nosotros.

OFELIA

Es lo mejor.

SAMUEL

Alteza.

DUQUE

(Aparte.) No hay remedio. *(Alto.)* Alteza, os presento...

PRÍNCIPE

No quiero ver á nadie. Dejadme en paz con vuestras presentaciones. Vuestro papel es indigno. Estáis haciendo de...

DUQUE

No me lo digáis, Alteza. Demasiado lo sé.

SAMUEL

¿Qué le pasa al Príncipe?

OFELIA

Alteza, calmáos. Tomad mi frasco de sales. Son las mejores que se fabrican en el mundo. El perfume es exquisito.

DUQUE

(Aparte.) Esta señorita es una anunciadora.

PRÍNCIPE

Gracias.

OFELIA

Descansad un momento. ¿Queréis que os dé aire? *(Abanicándolo.)*

PRÍNCIPE

Gracias. *(Levantándose bruscamente.)* ¡Ay!

DUQUE

¿Qué sucede?

PRÍNCIPE

¡Cosa más rara! ¡He sentido una sacudida!

DUQUE

¿Sí? ¿Es posible? *(A Ofelia.)* Señorita, ¿qué poder misterioso hay en vuestro abanico?

OFELIA

¡Oh! Una pila eléctrica. Es el último modelo para flirtear.

DUQUE

¡Caramba! Permitid... pues es verdad. *(Aparte.)* Esto es cazar á los hombres con torpedo.

ESCENA V

Dichos y Mr. ADOLFO. Después PEPITA, DOÑA PACA, PÉREZ. Coro general.

ADOLFO

Señores, una grata noticia. Los Duques del Volga se han retirado á sus habitaciones. *(Murmullos de satisfacción.)*

DUQUE

Ya era hora.

ADOLFO

Reinen la alegría y la franqueza. A bailar, señores.

PRÍNCIPE

Yo me retiro. Duque, vámonos.

DUQUE

Esperad todavía.

PEPITA

(Entrando seguida de Doña Paca y de Pérez.) Allí están. *(Al Duque.)* Ya habéis visto que el Príncipe me ha dejado plantada. No esperéis que baile ni cante. Ahora mismo me retiro.

DUQUE

Pero...

PEPITA

(A Ofelia.) La dejo á usted su Príncipe incólume... Buen provecho.

OFELIA

¡Oh, impertinente! ¡Dejarme á mí nada una bailarina!

PEPITA

¿Qué dice esa cursi eléctrica? ¡Ea, se acabó! Ya tengo ganas de peinar á una.

PACA

¡Pepita! ¡Pepita!

PRÍNCIPE

¡Vamos, Duque, vámonos! (*Pepita y Ofelia se pegan. Todos gritan y tratan de separarlas. Gran confusión.—Final del cuadro.*)

CUADRO TERCERO

Sala de paso en el hotel. Puerta al foro que conduce al exterior, y á derecha é izquierda, foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

DUQUE y PEPITA. El Duque trae del brazo á Pepita.

DUQUE

Pero qué geniecito tenéis.

PEPITA

Y agradezca que me acordé á última hora de donde estábamos.

DUQUE

Y tan á última. La verdad, la he tomado á usted miedo.

PEPITA

No es para tanto. Ya ve usted, después de lo ocurrido se empeña usted en que he de cantar y bailar en las habitaciones del Príncipe, y aquí estoy. En cuanto suba Pérez con la guitarra y mamá con el mantón de Manila...

DUQUE

Su Alteza debe haber subido antes que nosotros. Le perdí de vista en la confusión. *(Llamando.)* ¡Alex, Alex! *(Aparece un criado en la habitación del Príncipe.)*

CRIADO

Excelencia.

DUQUE

¿Está Su Alteza en sus habitaciones?

CRIADO

No, Excelencia.

DUQUE

Preguntad á la servidumbre si han visto á Su Alteza. *(Vase el criado.)*

PEPITA

Bueno, ¿y qué? ¿Es ese todo el afán que tenía el Príncipe por oirme.

DUQUE

Calma, hermosa Pepita. Pasad á mi habitación, yo mismo iré á buscarle. Y, en último caso, suponed que nos dejan solitos.

PEPITA

Valiente broma. ¿Sabe usted lo que pienso? Que el

Príncipe no viene, y que á estas horas estaríamos mejor acostados.

DUQUE

¡Ay, quien lo duda!

PEPITA

No lo dije por tanto.

DUQUE

Hermosa Pepita, esperad un instante. Os lo ruego.

PEPITA

Bueno. *(Entran en la habitación del Duque.)*

DUQUE

Yo la encierro, si no se me escapa. ¿Pero dónde andará Su Alteza? *(Al salir ve llegar á Ofelia por la puerta del foro.)* ¡Una mujer! ¿Qué buscará esta loca?

ESCENA II

El DUQUE y OFELIA.

OFELIA

¡Cómo me fastidia encontraros!

DUQUE

Con franqueza.

OFELIA

Pero es lo mismo.

DUQUE

Sí, ¿qué importa?

OFELIA

Vengo en busca del Príncipe. Necesito hablarle.

DUQUE

La hora no es muy á propósito.

OFELIA

Para mí sí.

DUQUE

Lo creo.

OFELIA

¿Dónde está el Príncipe? Tengo que hablar con él seriamente esta misma noche, cueste lo que cueste.

DUQUE

Esperadle. No tardará en venir.

OFELIA

¿Dónde le espero?

DUQUE

Donde queráis. *(Aparte.)* Se la endosaremos al Baroncito. *(Alto.)* En esta habitación.

OFELIA

¿Hay periódicos? ¿Libros? ¿Fonógrafos? ¿En qué me entretengo mientras llega?

DUQUE

Sí, hay un fonógrafo.

OFELIA

¿Con muchos cilindros?

DUQUE

Ya, ya encontraréis algún entretenimiento. *(Entra Ofelia en la habitación del Barón.)* No, á ésta no la encierro. Esta no se escapa. Está escapada hace mucho tiempo. *(Entra un criado.)*

CRIADO

Su Alteza no parece por ninguna parte. Nadie sabe dónde se halla.

DUQUE

¿Es posible? ¿Se tratará de alguna conspiración? ¡Oh, los Duques del Volga son capaces de todo! Decid al Barón Esteban que suba al momento. Y á los Duques y al dueño del hotel. ¡El Príncipe perdido á estas horas! No me proponía yo tanto.

CRIADO

Su Excelencia, la Duquesa del Volga, llega en este momento.

DUQUE

Tanto mejor.

ESCENA III

DUQUE y la DUQUESA DEL VOLGA.

DUQUESA

No es posible dar un paso sin tropezar con vos. ¿Dónde está Su Alteza?

DUQUE

Su Alteza no parece por ninguna parte. *(Pepita dentro canta una canción española.)*

DUQUESA

¡Una mujer que canta!

DUQUE

(Aparte.) ¿Qué hace esa otra loca?

DUQUESA

¡Oh! Allí está el Príncipe. No lo neguéis. Abrid esa puerta. ¡Pobre Príncipe! ¡Encerrado con una mujer! ¡Esto es indigno, indigno!

ESCENA IV

Dichos y PÉREZ con una guitarra
y DOÑA PACA con un mantón de Manila al brazo.

PÉREZ

¿Llegamos á tiempo?

DUQUE

A lo mejor.

DUQUESA

Nuestros condes. Un conde con guitarra.

PEPITA

(Dentro.) ¡Mamá, mamá!

PACA

¿Qué es eso? ¿Dónde está mi hija?

PEPITA

¡Abra usted! ¡Abran ustedes!

PACA

¿Encerrada? ¿Qué atropello es este?

DUQUE

Ninguno, señora; salga usted. (*Abre la puerta de su habitación y sale Pepita.*)

PEPITA

¿Pero es que iba yo á pasarme ahí sola toda la vida?

PACA

¿Sola?

DUQUESA

¿No está el Príncipe?

DUQUE

No está.

PEPITA

Claro que no. Entonces no hubiera yo gritado.

ESCENA V

Dichos, Mr. ADOLFO, el BARÓN ESTEBAN y SAMUEL TARVEY

DUQUE

¿Ha parecido?

ADOLFO

No.

BARÓN

Por ninguna parte.

ADOLFO

¡Oh! El crédito de mi hotel. ¡Tal vez un atentado!

DUQUESA

¡Un atentado!

PACA

Pero ¿no parece el Príncipe?

PEPITA

No parece.

SAMUEL

¡Ah! ¡El Príncipe! ¡Mi hija importa más! También anda perdida y no me asusto.

DUQUE

¡Qué ha de perderse! Ahí la tiene usted. ¡Señorita, señorita! Esta no tiene prisa por salir.

OFELIA

(Saliendo.) ¿Qué ocurre?

BARÓN

¡En mi habitación!

SAMUEL

¡Ah! ¡En su habitación de usted! ¡Mi hija en su habitación! ¡Usted la ha comprometido horriblemente!

BARÓN

¿Yo?...

OFELIA

Estoy horriblemente comprometida.

SAMUEL

(Al Barón.) Tiene usted que casarse con mi hija.

BARÓN

¡Imposible!

SAMUEL

No hay nada imposible. ¡Le mataré á usted!

OFELIA

Estoy horriblemente comprometida.

PEPITA

Pero ¿no estaba sola? ¿Porqué chilla?

PÉREZ

Por eso.

DUQUE

(Al Barón.) Evitad un escándalo. Decid que sí.

BARÓN

¡Imposible! ¡Mi Beatriz!...

OFELIA

¿Es casado?

DUQUE

No, no. Se casará con usted. *(Bajo al Baron.)* ¡No seáis majadero! Es riquísima. ¡Está asegurada qué sé yo cuantas veces. Ya veis si son ventajas para un marido.

SAMUEL

¡Oh! ¿Queréis á otra? Dentro de dos meses podéis divorciaros. Mi hija tiene bastante para reparar su reputación.

DUQUE

Ya veis, un matrimonio eléctrico.

OFELIA

A las dos meses, libres. Seré divorciada. ¡Oh, es mejor que ser reina!

PEPITA

Pero ¿se casan?

PACA

Si yo hubiera sido tan exigente con más de cuatro...

SAMUEL

Ahora, arreglados mis asuntos, no se asusten por el Príncipe. Yo sé dónde está.

TODOS

¡Sí! ¿Dónde? ¡Decid!

DUQUE

¡Me gusta la calma!

SAMUEL

El Príncipe se ha embarcado en un *yatte* y se dispone á regresar á Alfania.

DUQUE

¿Es posible?

DUQUESA

¿Lo veis? ¡Huye de vuestra opresión! ¡Viejo libertino!

DUQUE

¡Duquesa!

DUQUESA

Corro á comunicárselo á mi esposo. A telegrafiar á nuestra reina.

ADOLFO

Yo corro á hacer la nota. *(Vanse.)*

BARÓN

¡Corro también á embarcarme con él si aún es tiempo!

SAMUEL

¡Eh!, olvidáis un pequeño detalle. Vuestra mujer. Podéis llevárosla ahora mismo. En el primer puerto os casaréis. Ofelia, para mayor seguridad, toma. *(La da un revólver.)*

DUQUE

Consejos paternales.

OFELIA

Sí, iremos á Alfania. Me presentarás en la corte y allí nos divorciamos.

PEPITA Y PACA

¡Buen viaje!

OFELIA

¡Adiós, papá! No descuides el asunto de los motores. *(Vanse Ofelia y el Barón.)*

DUQUE

Y ¿qué hago yo ahora? Mi carrera política, mi prestigio... ¿Cómo vuelvo yo á Alfania? ¿Cómo me presento ante el rey?

SAMUEL

Dejad vuestras lamentaciones. El Príncipe no se ha embarcado en su *yatte*. Yo sé dónde está, y os lo entrego.

DUQUE

¿Cómo?

SAMUEL

Ya vísteis que Su Alteza estaba algo... diremos mareado, durante la fiesta. La falta de costumbre. Le cogí de un brazo, le saqué al jardín, le metí en un coche. Llegamos al muelle y le embarqué en mi *yatte*, donde le dejé dormido como un tronco. ¿Queréis proseguir

vuestro viaje libremente? Mi *yatte* está á vuestra disposición. ¡Oh, para mí es un gran reclamo!

DUQUE

Acepto. ¡Qué demonio! Telegrafiaré á Su Majestad. Después de todo, cumplo sus órdenes.

SAMUEL

Pueden acompañarnos todos los que quieran. Todo corre de mi cuenta.

DUQUE

Hermosa Pepita, ¿no se embarcará usted conmigo?

PEPITA

¡Quién dijo miedo! ¿Qué te parece, mamá?

PACA

Hija, ya puesta á correr el mundo, que no nos quede nada por ver.

SAMUEL

¡Oh!, son las dos mujeres más inteligentes de Europa. En marcha.

DUQUE

En marcha.

PÉREZ (*A Doña Paca.*)

Señá Paca, yo no me separo de ustedes. ¡Qué bien hizo usted en no dejarme casar con Pepita! Ha sido la suerte de todos.

PACA

Es que ya me lo daba el corazón.

PÉREZ

Pues mire usted, á mí también me lo daba. *(Vanse todos.—Final del cuadro.)*

CUADRO CUARTO

La cubierta del «yatte» de Samuel Sansón.

ESCENA FINAL

El DUQUE, PEPITA, DOÑA PACA, SAMUEL, PÉREZ, coro de mujeres y después el PRÍNCIPE

Música.

CORO

Barco más lindo
ni más lucida tripulación,
por esos mares
nunca se vió.
No es barco de guerra,
á la vista está.
Nuestros cañonazos son los taponazos
de alegre Champagne.
Marineritas, marineritas,
naveguemos sin temor
por los mares del placer
hacia las playas del amor.

Recitado.

PRÍNCIPE

¿Qué es esto? ¿Cómo me han traído aquí?

DUQUE

Un poquito mareado.

PRÍNCIPE

¿Volvemos á Alfania? Pero este no es nuestro barco. ¡Duque!...

DUQUE

Alteza, nuestro barco, viejo, inservible, se ha hundido en el mar esta noche. Navegáis en un barco á la moderna, alegre, ligero, como conviene á un príncipe de estos tiempos. *(A Samuel.)* ¿Qué os parece el simbolito? En mi país tengo fama de gran orador.

SAMUEL

En un país civilizado seríais un gran anunciante.

PRÍNCIPE

¿Y volvemos á Alfania?

DUQUE

No. Cumplimos las órdenes de vuestro padre. Proseguimos vuestro viaje de instrucción.

PRÍNCIPE

¿Y estas señoritas?

SAMUEL

Son la tripulación.

DUQUE

Y las provisiones.

Música.

CORO

Marineritas, marineritas,
naveguemos sin temor
si merece vuestro aplauso
este viaje de instrucción.

FIN

POR LA HERIDA

DRAMA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Novedades, de Barcelona,
el día 15 de Julio de 1900.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FELISA.	Sra. Pino.
MERCEDES.	» Tovar.
LA MARQUESA DE SAN SEVERINO.	» Alvarez.
UNA DONCELLA	» Mata.
FEDERICO	Sr. Thuiller.
MANUEL.	» Echaide.
UN CRIADO.	» Porredón.

La acción en Madrid.

POR LA HERIDA

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA y un CRIADO

CRIADO

Estoy seguro de que no se ha levantado todavía, señora Marquesa. Pero como para usted está siempre la señorita, si quiere la señora Marquesa avisaré á la doncella.

MARQUESA

Sí, avísela usted; pero que no despierte á la señorita. Yo creí que estaría levantada. ¿Salió anoche de casa?

CRIADO

Estuvo en el Teatro Real.

MARQUESA

¿Y el señorito?

CRIADO

El señorito no comió ayer en casa; se vistió en el Club, y...

MARQUESA

No ha vuelto en toda la noche... *(Con intención.)*

CRIADO

¿Es que la señora Marquesa sabe?...

MARQUESA

Sí... Usted también...

CRIADO

Los criados del Club lo dijeron...

MARQUESA

Y la señorita...

CRIADO

No creo que sepa nada. Se acostó tan tranquila.

MARQUESA

¡Parece imposible!... Los periódicos de anoche, sin citar nombres, decían bien claro... y todo Madrid lo sabe... y qué sé yo... esas cosas deben conocerse en la cara de las personas que nos hablan...

CRIADO

Ayer no recibió visitas la señora. Ni á las personas de confianza.

MARQUESA

¿Y el señorito antes de salir de casa?...

CRIADO

Almorzó con la señorita y estuvo de muy buen humor...

MARQUESA

Avise usted á Joaquina.

CRIADO

Al momento, señora Marquesa. *(Va á salir y entran Mercedes y la doncella.)*

ESCENA II

Dichos, MERCEDES y la DONCELLA

CRIADO

Aquí están.

DONCELLA

(A Mercedes.) Ahora mismo la llevé el desayuno. Si quiere usted pasar al tocador...

MERCEDES

No; esperaré aquí... ¡Ah, Pilar! *(Viendo á la Marquesa.)*

MARQUESA

¡Mercedes! Has venido, como yo...

MERCEDES

Sí... A enterarme... A prevenir... Ya sabes...

MARQUESA

¡Oh! ¡No me digas! En toda la noche he podido pegar los ojos... deseando que amaneciera, porque yo no suponía que Felisa no supiera nada.

MERCEDES

¿Cómo? ¿No sabe?...

DONCELLA

Nada, señorita. ¿Digo que están ustedes aquí?

MARQUESA

¿Qué hacemos? Es un asunto muy delicado...

MERCEDES

¡Y tanto! ¡Pero también si ocurre una desgracia!...

MARQUESA

Lo extraño es que no haya ocurrido ya.

MERCEDES

Federico tiene mucha calma. *(A la doncella.)* Diga usted que esperamos aquí.

DONCELLA

Si quieren ustedes que prepare la noticia...

MERCEDES

No... ¿Quién sabe lo que habrá ocurrido? Si podemos evitar que lo sepa...

MARQUESA

Me parece imposible. En fin *(á la doncella)* no diga usted nada. *(Salen la doncella y el criado.)*

ESCENA III

La MARQUESA y MERCEDES

MARQUESA

¿Cuándo lo supiste?

MERCEDES

Anoche, en el teatro... Felisa estaba también con Paca Giráldez. Felisa muy nerviosa, sin quitar los gemelos del palco del Club... Ni Federico ni Carlos parecieron por el teatro.

MARQUESA

Para ella Federico era lo de menos... Pero Carlos...

MERCEDES

Por eso, y porque Paca estaba enterada de todo, y ya sabes que no puede callar nada, supuse que Felisa lo sabía á estas horas... Se marchó antes de concluir el segundo acto.

MARQUESA

Pues por lo visto, Paca ha pecado de discreta por una vez...

MERCEDES

Por pecar de todo... Mejor hubiera sido que se lo hubiera dicho... porque yo, la verdad, no sé qué hacer...

MARQUESA

Todavía Felisa tiene más confianza contigo; pero conmigo jamás se ha franqueado. No sabe ella lo que la quiero... ni yo soy de las que asustan... ¡Sabe Dios si al-

gunas veces la hubiera aconsejado bien; porque Felisa en estos últimos tiempos estaba desatinada!... *Elle s'affichait.*

MERCEDES

La madre de Federico habló conmigo en la conferencia el otro día, y la buena señora estaba horrorizada, dispuesta á llamar la atención de su hijo. Yo procuré convencerla de que todo ello eran más bien habladurías de la gente...

MARQUESA

¿Habladurías?... Créeme, aún no habla una de la mitad de las cosas que ocurren en Madrid...

MERCEDES

Como que no hay tiempo...

MARQUESA

Y el desafío parece que es serio... á pistola.

MERCEDES

Lo extraño es que Federico no haya dado antes un escándalo con Felisa.

MARQUESA

Federico es un hombre muy bien educado... El pretexto del lance ha sido un discurso político... ¡Figúrate! ¡Pero es el secreto del polichinela! ¡Un duelo entre Federico y Carlos! Aunque fuera otro el motivo, todo el mundo diría: «el marido, que se ha enterado de todo».

MERCEDES

Y yo creo que no quede aquí... Habrá separación, por lo menos amistosa.

MARQUESA

Si no ocurre una desgracia... El duelo es muy serio... Me lo ha dicho Ricardo... disparaban con bala...

MERCEDES

Es posible una cosa así... Ya ves qué disgusto para Felisa... cualquiera de los dos que sea... Federico al fin es su marido.

MARQUESA

Y no hay que darle vueltas; por muy extraviada que ande una mujer, el marido es siempre el marido... Por algo nos educan cristianamente...

MERCEDES

Y Felisa no podrá tener queja de Federico... En sociedad pasaba por un marido modelo.

MARQUESA

Eso sí... Nunca ha puesto en ridículo á su mujer. Cuando se encaprichaba con alguna de esas... se la llevaba una temporada á París. ¡Oh! *Il n'y a pas à dire,* es un hombre distinguidísimo.

MERCEDES

Educado por su madre con mucha severidad y muy cristianamente...

MARQUESA

A un hombre que vive en sociedad no se le va á pedir que sea un santo... ¡Figúrate si unas más, otras menos, no sabemos algo de nuestros maridos.

MERCEDES

¡Y por eso va una á decir que son muy malos!...

MARQUESA

¡Y á creerse desgraciada toda la vida!

MERCEDES

¡Como si los hombres fueran unos mejores que otros!

MARQUESA

Compara á Federico con Carlos; Carlos ni siquiera es un hombre de nuestra sociedad. Al contrario; porque tiene dinero y buena figura se complace en demostrar que valemos menos que los suyos. Y ha comprometido á Felisa, estoy segura, por vanidad más que por cariño.

MERCEDES

¿Quién lo duda? Unas relaciones de esa clase, que es una cosa tan delicada.. y parecían dos novios de quince años. Donde ella iba, él siempre detrás; á paseo, al teatro, sin dejar de mirarse... Llevaba ella flores... á los dos minutos ya lucía él una... la más llamativa... En fin, chiquilladas...

MARQUESA

No les ha faltado nada más que enseñarnos el *trousseau*.

MERCEDES

Así han llegado á este punto tan desagradable para todos.

MARQUESA

Para todos, tienes razón; porque la gente en seguida generaliza y habla de todas nosotras por igual... Lo merecemos, eso sí. Los que necesitan de tolerancia nos han hecho creer que la tolerancia es bondad, buena educación, espíritu distinguido, y con esa virtud tan débil, que parece un vicio, hemos convertido nuestra so-

ciedad y nuestra casa... en lo que llaman los franceses con exactitud... casas... de tolerancia. Hace mucho tiempo que debimos advertir á Felisa que iba por mal camino.

MERCEDES

Tú lo dices; y ahora, que no hay otro remedio, no sabemos cómo advertírselo...

MARQUESA

Y si la esperamos las dos, será más difícil, porque tendrá más reparo en declararse. Por eso me parece mejor dejarte sola con ella; tú la inspirarás más confianza.

MERCEDES

No sé porqué.

MARQUESA

Os habéis tratado más... habéis viajado juntas... tu carácter es más parecido al suyo...

MERCEDES

Lo dirás sin intención.

MARQUESA

¡Hija, por Dios! Tú sabes hacer las cosas; mejor dicho, sabes no hacerlas. Oigo la voz de Felisa; si te pregunta por mí, la dices...

MERCEDES

Comprenderá en seguida...

MARQUESA

No dejes de pasar por casa á enterarme de todo lo que ocurra...

MERCEDES

Descuida. Hasta luego.

MARQUESA

Hasta luego, Mercedes.

ESCENA IV.

MERCEDES y FELISA

MERCEDES

¿Cómo estás?

FELISA

¿Porqué no has pasado al tocador? Mi *toilette* no tiene secretos. Si tiene alguno me lo has recomendado tú... Y tienes razón: para la luz eléctrica no hay más remedio que darse un poco de color; los blancos son imposibles; anoche me fijé en el teatro... ¿Y Pilar? ¿No estaba contigo?

MERCEDES

Sí... tenía prisa...

FELISA

¿Qué os ha traído tan de mañana? Algún asunto de la conferencia ó del beneficio...

MERCEDES

No... es asunto más serio.

FELISA

¡Jesús! ¡Qué cara pones!

MERCEDES

Sin rodeos, Felisa; he procurado que Pilar nos deje solas para que no tengas que violentarte al oirlo... Yo no vengo por curiosidad, como pudieran venir otras que se llaman amigas tuyas... Yo te quiero y soy tu amiga de corazón... No lo habrás dudado nunca.

FELISA

¿Qué vas á decir? No me tengas asustada.

MERCEDES

Debiste ser más franca conmigo... Yo hubiera podido advertirte á tiempo...

FELISA

¡Advertirme! ¿De qué?

MERCEDES

Ya no es ocasión de esperar á que tú hables... ¿No sabes lo que ocurre?

FELISA

¿Qué?

MERCEDES

¡Federico y Carlos han debido tener un duelo á estas horas!

FELISA

¡Jesús! ¿Y eso es verdad? ¿Y no sabes?... ¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¡Oh, no! ¡No me digas nada! No quiero saberlo... no quiero desear nada...

MERCEDES

Todavía no puede saberse... Federico, ¿no habló contigo ayer? ¿Nada notaste?

FELISA

Nada... Apenas hablamos. No sé si le miré siquiera... Pero es increible... ¿Estás segura de que ese duelo?... Federico sabe...

MERCEDES

¿Podía haber otro motivo? ¡Ay, Felisa! ¡Si tú supieras las locuras que has hecho! ¿Es posible que no te hayas dado cuenta?

FELISA

De nada... Era dichosa y era atrevida... ¡Ay, Mercedes de mi alma! Dices bien. Debí ser cobarde. Era demasiado provocativa mi felicidad y habían de envidiarla todos los que por miedo no se atreven á ser dichosos... Alguien, sin duda, le habrá dicho á Federico...

MERCEDES

¡Por Dios, Felisa! ¿Quién iba á decirle?... Es que con tu modo de proceder tenía que enterarse todo el mundo, y ya no faltaba más que tu marido. Ahora lo que importa es que estés prevenida, suceda lo que suceda. Dicen que el duelo era muy serio... Es lo que menos me asusta; eso se dice, pero ni los padrinos ni ellos mismos han de consentir una atrocidad... No hay que pensar en tragedia... Pero de todos modos, tu marido tomará una determinación; querrá saber... Comprende que una vez dado el escándalo, porque á estas horas no se habla en Madrid de otra cosa, debes estar prevenida, resuelta para todo.

FELISA

Y ¿qué quieres que piense? ¿Qué quieres que resuelva? ¿Tú crees que en un instante, de un golpe brutal, puedo darme cuenta de lo que sucede? No; piensa tú por mí, resuelve... Yo solo pienso que quiero á Carlos con toda mi alma... le quiero... le quiero... antes, ahora, siempre, suceda lo que suceda... Ese es mi único pensamiento.

MERCEDES

¡Por Dios, Felisa! Temo tus arrebatos... Ante todo, es preciso que rompas sus cartas; porque las guardarás, de seguro... y retratos... y flores... como una colegiala... ¡Válgame Dios! Vaya, no tardes. No des lugar á que tu marido encuentre... Sin una prueba evidente siempre puedes negar, disculparte.

FELISA

¡No! No quiero negar, no quiero mentir... Que lo sepa todo, que me mate.

MERCEDES

¡Ya no se mata! Pero puedes evitar otros disgustos... ¿Quién sabe lo que pensará tu marido? Vamos, no seas loca, dame esa llavecita... ¿Prefieres que esas cartas anden de mano en mano?

FELISA

¡Oh, eso no! Toma... allí están... pero no las rompas, guárdalas tú. *(Le da una llave y señala un secrétaire.)*

MERCEDES

Sí... en eso pienso.

FELISA

No... le diré todo; no quiero mentir. No quiero la vida entre mentiras.

MERCEDES

¡Silencio, por Dios! ¡Viene gente! *(Mercedes cierra el secrétaire.)*

ESCENA V

Dichos y MANUEL

MERCEDES

¡Ah! Es Manolo, tu primo.

FELISA

¿Qué ha sucedido?

MANUEL

¿Sabes ya?...

MERCEDES

Sí. ¿Qué ocurre?

MANUEL

Nada grave, cálmate. Ni á uno ni á otro; una herida leve, nada.

FELISA

¿Un herido?

MANUEL

No es nada, no te alarmes. Federico, antes de verte, me ha encargado...

FELISA

¡Ah! ¿Es Carlos? ¿Y Federico quiere verme?

MANUEL

Sí; está muy disgustado y arrepentido... Comprende que lo sabrás todo.

MERCEDES

¿Eh?

FELISA

¿Arrepentido?

MANUEL

¡Ah! Ha sido una locura. Federico comprende lo ridículo del lance por una mujer de esa clase.

FELISA

Pero ¿qué dice? *(A Mercedes.)* ¿Esa mujer?...

MANUEL

Un capricho... una tontería... Carlos tiene la culpa. Quiso molestar á Federico... Federico le encontró con ella...

FELISA

Pero ¿qué estás diciendo? ¿El duelo era por esa mujerzuela amante de Federico... por esa?... ¿Oyes, Mercedes, oyes? ¿Estás seguro, Manuel?

MERCEDES

¿Es cierto?

MANUEL

¡Ah! Yo no podía darme por entendido, querida prima... ¿Le viste? No. Cuando te digo que Federico me ha enviado á implorar tu perdón...

MERCEDES

(Aparte á Felisa.) No vale el susto que nos han dado. De todos modos, rompo esas cartas.

FELISA

Ahora, sí.

MANUEL

(Aparte á Mercedes.) ¿De modo que tú creías?

MERCEDES

Y todo el mundo.

MANUEL

¡Ya, ya! No puede darse mayor ridículo que el de Federico. Conque, Felisa, ¿perdonas?

FELISA

¿A quién? No te burles de mi dolor.

ESCENA VI

Dichos y FEDERICO

(Federico entra en silencio.)

MANUEL

(A Federico.) ¡Federico!

FELISA

¡Ah! Déjame. Dejadnos solos á los dos, os lo suplico.

FEDERICO

Sí, dejadnos solos. *(Salen Mercedes y Manuel.)* Felisa, ya te diría Manuel... Yo nada te digo. Estoy avergonzado. ¿Me perdonas?

FELISA

¡Ah! No te acerques. ¿Le has herido, verdad? ¿No le mataste? Claro, por una mujerzuela no valía la pena; pero por mí, por tu mujer... Toma, lee. (*Arrojándole el paquete de cartas.*) Por mí, ya es otra cosa; vuelve y mátale; mátale si no quieres que todos se burlen de ti como yo me he burlado.

FEDERICO

¡Felisa! ¿Estás loca? ¿Qué es esto?

FELISA

¿No valgo yo más que esa mujer? ¿No os disputáis su cariño?

FEDERICO

¡Ah! (*Avanzando amenazador hacia Felisa.*)

FELISA

No, no eres capaz de matarme. ¿Para qué? Los tres valemos lo mismo.

FEDERICO

¡Sal de esta casa! ¡Sal de aquí!

FELISA

Ahora mismo.

FEDERICO

No. ¡Quieta! No demos un escándalo.

FELISA

Ya le diste. Déjame salir.

FEDERICO

¡Quieta, digo! ¡Mercedes, Mercedes! *(Aparece Mercedes.)*

FELISA

¡Ay! ¡No puedo más!

FEDERICO

Acompañe usted á Felisa á su habitación. *(Salen Felisa y Mercedes.)* *(A Manuel.)* Manuel, avisa á mi madre que venga en seguida. *(Sale Manuel. Federico se sienta y revuelve las cartas, que habrán quedado sobre la mesa.)*

TELÓN

INDICE

Págs.

Cuento de amor (The night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo.. . . . . : 7
Operación quirúrgica (comedia en un acto).. 83
Despedida cruel (comedia en un acto).. 109
La Gata de Angora (comedia en cuatro actos). . . . 127
Viaje de instrucción (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives. 221
Por la herida (drama en un acto). 297

TEATRO COMPLETO

DE

JACINTO BENAVENTE

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro). *Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (The night or what you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto). *Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV (en prensa).—*Modas.—Lo cursi.—Sin querer. Sacrificios.—La gobernadora.*

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabo la impresión de este tomo III, en el Establecimiento tipográfico de Fortanet, el 31 de Mayo de 1904.

BINDING SECT. JUL 9 1974

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.3
c.1
ROBA